

Mi sol, mi luna

Calista Sweet



Click
EDICIONES

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)

[Epílogo](#)
[Biografía](#)
[Créditos](#)
[Click](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Calista Sweet
Mi sol, mi luna

Click
EDICIONES

CAPÍTULO 1



Cuando aquella noche decidí seguirlos, obedecí a un impulso. Un sentimiento fiero e inesperado sobre el cual no era capaz de ejercer el más ínfimo control. Más tarde me preguntaría a qué se debería. Si fue efecto del alcohol, de las ganas de prolongar la fiesta, o si hubo, bajo la apariencia de locura, una necesidad inopinada y hasta entonces desconocida. Fuera lo que fuese lo que me llevó a subirme en la motocicleta y recorrer varios kilómetros en pos de mi hermano y su recién descubierta amiga, fue tomando el disfraz de juego conforme avanzaba, temerario, entre los coches.

A la altura de la circunvalación noté que Román, espoleado por la determinación de poner distancia entre los dos, azuzaba la máquina, justo en el instante en que el disco de uno de los semáforos de la vía me cortaba el paso. Me pareció que un abismo se abría entre nosotros. No podía sospechar que aquello no era más que una metáfora de lo que a partir de esa noche sería nuestra relación. En aquel momento llevaba la venda del justiciero sobre los ojos. Eso me impedía ver más allá de la carretera que nos separaba, más allá de un rostro enmarcado por un par de morenas trenzas y unos labios rojos como las cerezas que clamaban por un rescate. En mis oídos resonaba un imaginario *¡Sálvame!*, que venía a confundirse con la brisa nocturna, en una suerte de lenguaje poético, susurrante. Nunca he sido un superhéroe, y probablemente aquella chica no necesitaba de ningún libertador que la hundiría más si cabe en ese posible pozo adonde yo quería creer que era conducida. Mi buena voluntad era mucho más prisión para ella que las traviesas garras de mi hermano.

Quizás y, por otra parte, ella anhelase ser envuelta entre esas garras. ¿Querría la chica de la túnica disfrutar las mieles de la aventura? ¿Estorbaría yo la posibilidad de que ella se arrojase a los brazos de Román? La sola imagen me produjo ardor en la boca del estómago. ¿Era un placer o una

condena estar a punto de perderse en un mundo de caricias con fecha de caducidad? ¿Sería ella consciente? ¿Aceptaría un amor sin ataduras?

Yo no podía estar seguro, y tampoco es que debiera importarme. Pero el caso es que el azar me había puesto en su camino, y ahora me sentía, por algún extraño motivo, obligado a responder a todas aquellas preguntas. Se lo debía a sus ojos, a aquellas insólitamente grandes y perfectamente redondeadas oquedades.

Así que me limité a murmurar una maldición, mientras me ajustaba como podía el casco sobre mi martilleada cabeza. Copas y euforia no son combinaciones recomendables. Me sentía como Denzel Washington en *The Equalizer*: comprometido con la causa y dispuesto a todo. Ahora el primer obstáculo se me oponía: Román tomaba ventaja con cada segundo avanzado. Hasta entonces no había sido consciente de que se había percatado de mi presencia. Nada lo había hecho notar. Lo odié y admiré a partes iguales. Era un tipo astuto, mi hermano pequeño. Por un instante experimenté una oleada de orgullo, en parte me sentía responsable de su modo de afrontar la vida. Por algo yo había ejercido de maestro. Luego una idea se clavó en mi conciencia como una flecha venenosa: quizás lo sucedido constituía una señal. Una advertencia de que lo más sensato era regresar a casa. Olvidarme de un asunto que, a la postre, no era mío. Dormir hasta al alba aplacando los dolores de mi alma lacerada.

Con todo, decidí ignorar cualquier escrúpulo y deambulé durante los siguientes minutos sin rumbo fijo, esperanzado en encontrar una pista que me condujera hasta los huidos amantes. No dudaba de que Román no desaprovecharía la oportunidad para hincarle el diente a tan tierna y apetecible compañera. «¿Quién podría resistirse?» Y ese pensamiento me arañaba los nervios igual que si me los tocasen con un destornillador.

No obstante mi empeño, finalmente tuve que admitir que mi hermano me había ganado la partida. Dondequiera que hubiese llegado, estaría disfrutando del doble gusto de satisfacer a un tiempo su apetito sexual y su ego. No podía tratarse de su apartamento, puesto que el peligro de que yo acechara era inminente. Si habían ido hasta la casa de ella o a cualquier otro sitio, la batalla estaba perdida. Dar con ellos sería tratar de hallar un grano de sal en medio de la playa.

Me estrujé el cerebro tratando de recordar si la dulce Pocahontas había hecho referencia a alguna zona en concreto, porque estaba resuelto a recorrerla de cabo a rabo. Un *pub*, una sala de fiestas. ¿Mencionó a algún

amigo? ¿Un local popular? Sin embargo, por más atento que yo hubiese estado a cada palabra que salió de sus delicados labios, no conseguía dar con el cabo para tirar del hilo. Si a eso le sumábamos la dificultad de encontrar a alguien que no quería ser encontrado, la misión adquiría tintes de imposible.

Había dos opciones, en definitiva: volver por donde había venido o probar suerte en el apartamento de Román. No medí las consecuencias. Decir que en aquellos momentos pensaba sería como adjudicarle a un mosquito el cerebro de un elefante. El aire helado de la madrugada me golpeó el rostro mientras dirigía la motocicleta hacia el norte de la ciudad. Pero yo no sentía frío, mi piel ardía bajo la ropa como brasas en un horno de leña.

CAPÍTULO 2



—¿A qué ha venido eso? ¿Te has vuelto loco? ¡Por poco tenemos un accidente, capullo!

Román tiene muy malas pulgas cuando se contraría. Tampoco podía culparle por sentirse molesto. Yo había cruzado ciertos límites y debía responder por ello. Así que soporté con estoicismo los empujones que me propinaba. Cuando hubiera satisfecho su sed de justicia, podría plantearle mi propuesta. Antes no.

Después de estacionar el vehículo junto a la acera, Román se había acercado dando grandes zancadas que no presagiaban una conversación precisamente amistosa. Yo aún me sentía confuso. Me había despabilado el ruido del motor aproximándose. Me incorporé como un resorte, miré el reloj, que revelaba que llevaba tres horas agazapado en el portal del edificio de apartamentos donde reside mi hermano. Román no estaba en casa cuando llegué. Había estado a punto de fundir el timbre, de modo que si hubiera estado dentro, se habría preocupado por poner el mecanismo a salvo. En cambio, había sido una anciana vecina quien se había visto obligada a recordarme que las tres y media de la mañana no era una hora «apropiada» para armar escándalo. Me dejé convencer por sus razones antes de despedirme de la mujer, haciendo ademán de marcharme.

Al doblar la esquina me mantuve oculto hasta asegurarme de que la anciana volvía a introducirse en el edificio. Luego regresé a la puerta para quedarme. Las mejillas me ardían, pero no tanto como la sangre. Sentía un flujo abrasador recorriéndome las venas. Al sentarme en el escalón noté que mi cuerpo se desvanecía. El cansancio acumulado hacía mella. Dejé que los párpados cayeran, igual que telones de un teatro para cuya función había pagado una costosa entrada. El sueño me redimió durante las siguientes horas,

pero el pecado seguía ahí cuando el runrún del infatigable compañero de viajes de Román me zarandeó la conciencia.

Comprobar que mi hermano no había regresado de inmediato al apartamento me volvió loco. No hacía falta ser Descartes para deducir lo que había estado haciendo durante todo ese tiempo. Mis buenos propósitos se esfumaron, al igual que mi sonrisa.

—¿Por qué vuelves tan tarde? ¿Dónde estabas metido?

El puño de Román se elevó y flotó durante unos segundos frente a mis ojos. Esquivé el golpe, pero no pude hacer lo mismo con sus reproches.

—¿Me haces el numerito de la persecución y ahora pretendes que te dé explicaciones sobre mi vida? ¿Qué es lo que te pasa, hermano? —Su tono era el de un león herido.

—¿Qué has hecho con la chica, adónde la has llevado?

En la cara de Román se dibujó una mueca de incredulidad.

—¿Y a ti qué cojones te importa?

—Me importa. Porque la has traído a casa de mamá. La has metido en la familia, Román. Ahora no es solo problema tuyo.

Sus facciones se relajaron momentáneamente, en tanto su ceja se erguía conformando una mueca inquisitiva.

—Cada semana llevo al chalet a una chica distinta. En los últimos meses puedo haberte presentado cientos. —En sus ojos bailó una chispa de orgullo que me hizo evocar al gato que se relame después de haber engullido una polilla—. Las invito a alguna fiesta, aprovecho lo que puedan ofrecerme. Entre nosotros las cosas siempre están claras. Desde el primer momento. ¿Por qué con esta habría de ser diferente?

Un repentino acceso de ira se apoderó de mi ánimo.

—Ella no se merece que la trates como a una más de tus conquistas.

Ví como su boca se alargaba hasta dibujar una sonrisa sarcástica y por un instante me sentí arrepentido.

—¿Ah, no?! ¿Y por qué no?

—Porque es distinta —lo dije sin pensar, pero enseguida fui consciente de la certeza de mi afirmación.

Román se puso repentinamente serio.

—Tenía mis dudas. Te he estado observando durante la barbacoa —advirtió—. Todo el tiempo. Has estado raro, Nahuel. Comportándote como un idiota.

—¿Eso crees? —lo desafié con una mirada llena de promesas vindicativas.

—Eso creo, sí. Te lo he permitido porque no pensaba que llegarías tan lejos con la bromita. Pero te diré una cosa, hermano —pronunció esta última palabra casi con desdén—: métete en tus asuntos y deja que yo haga con los míos lo que me salga de los huevos.

Dicho esto, Román pasó junto a mí y se lanzó sobre la puerta de entrada, dando por zanjada la cuestión. Me inundó una desesperación salvaje.

—¿Piensas volver a verla?

Se giró, y en sus ojos descubrí un brillo de diversión.

—Te gusta Luna, ¿eh? —aseveró, acusándome con un dedo.

Un latigazo me recorrió la columna vertebral al ponerle nombre al rostro que, desde hacía horas, me torturaba el pensamiento. Hasta aquel momento no me había parado a pensar por qué me interesaba lo que pudiera pasarle a aquella chica. La chica de ojos canela y mirada melancólica.

—Me ha caído bien. Eso es todo —me apresuré a responder—. Además, tengo mi sensibilidad. No me gustaría que te pasaras con ella.

Román se agarró el estómago y forzó una carcajada.

—¿Sensibilidad tú, que te comportas como un orangután en celo? ¡Tu cinismo no conoce límites! ¿En serio pretendes que me trague esa paparrucha?

No podía pretenderlo cuando incluso a mí me costaba creérmela. Así que me quedé mudo, sin saber qué decir. Siempre tengo una respuesta para todo, aunque mi verborrea decae al amanecer cuando las horas en vela entran en conflicto con mi rapidez mental. Recordé que en pocas horas debía abrir el bar y experimenté náuseas. Lo sensato habría sido salir por patas, darme un baño, meterme unas horas de sueño y un Alka-Seltzer; pero una fuerza superior a mi voluntad me impedía dar un solo paso. Estaba allí parado, pensando en una manera de salir del atolladero en el que yo mismo me había metido. Y no se me ocurría nada. Por suerte, mi hermano se me adelantó.

—Veo que te has quedado sin argumentos. —Sacudió unas llaves frente a mí—. Yo me piro. Estoy cansado. Si no tienes dónde pasar las próximas horas, estás invitado, a pesar de todo —recalcó.

Pero al notar mi reticencia me tendió una mano.

—Sin rencores, hermanito.

Se la estreché, todavía confuso, pero añadió:

—Eso sí, olvídate de Pocahontas porque todavía no he acabado con ella, ¿eh?

—No seas imbécil.

—Mírate, Nahuel. Tres horas a la intemperie, todo por una chica. ¿Quién es el imbécil?

Le dirigí una mirada dubitativa.

—¿Sabes? —continuó sin ambages—. Cuando te he visto aquí, esperándome, me he sentido molesto. Me has jodido la noche. Tenía bonitos planes que incluían a una preciosa chica de largas trenzas. Y con la que has montado me he quedado con las ganas... Pero después de lo que he visto y oído, siento que me has dado motivos para estar contento. Esa conducta tan patética requiere de un estudio pormenorizado.

Era una amenaza que no me pasaba inadvertida, si bien apenas podía tenerla en cuenta porque una oleada de excitación me estaba recorriendo el cuerpo de arriba abajo.

—¿No habéis pasado la noche juntos? —quise saber, ansioso.

—Digamos que no estaba demasiado motivada.

Me sentí otra vez optimista.

—Deberías ver la cara que se te ha puesto. Te ha calado hondo, ¿eh? El duro de Nahuel...

—Pero ¿qué dices? Solo me hace gracia que se te haya escapado viva una de tus presas.

—No dudes que será mía, antes o después —aseguró con una mueca burlona estirándole los labios.

—¿La quieres para usar y tirar?

—Mi vida sexual no es un asunto para poner sobre la mesa. Aunque seas mayor que yo, me debes un respeto, hermano.

Se giró, y estaba a punto de darme con la puerta en las narices cuando decidí echar mano de mi última baza.

—¡Te la apuesto! —La proposición quedó flotando entre los dos mientras las pupilas de Román se encendían con un brillo belicoso.

CAPÍTULO 3



Ajena al acuerdo que se estaba concertando en el otro extremo de la ciudad, Luna trataba inútilmente de darle reposo a su mente alborotada. Tumbada en la cama, se sentía capaz de desgastar el techo de la habitación con solo mirarlo.

Confundida. Así es como se había sentido desde el mismo instante en que había cruzado su mirada con la del hermano de Román. Había algo en sus ojos, en su modo de mirarla, que la dejaba sin aliento. Como si fuera capaz de desnudarla por fuera y por dentro. Nunca antes había experimentado una sensación parecida. El dichoso Nahuel había conseguido captar su atención durante la práctica totalidad del tiempo, haciéndola sentir vulnerable, pequeña, y única al mismo tiempo.

Tuvo que hacer un esfuerzo por ignorar su presencia al notar que Román parecía advertir cierta conexión entre ellos. Tener a Nahuel sentado enfrente mientras conversaba con su hermano no contribuyó a su tranquilidad. Incluso ahora, se notaba extrañamente excitada por lo acontecido, a pesar del cansancio que le había supuesto debatirse durante horas entre la necesidad de atender esa llamita que incendiaba su curiosidad y la fidelidad que le debía al chico que la había invitado a conocer a su familia.

Nunca se había mostrado tan atento Román como aquella noche. No es que resultara desconsiderado, pero Luna tampoco podría asegurar que en el tiempo que llevaban viéndose hubiese manifestado un interés excesivo por ahondar en su relación. Más bien lo notaba en todo momento algo distante. Como si se empeñara en ofrecer una imagen de sí mismo acorde a lo que se esperaba de él. Su fama de conquistador lo precedía y Luna sabía que no debía esperar más de Román de lo que él estuviera dispuesto a ofrecerle. Y, para ser honesta, ni siquiera estaba segura de desear algo más.

No era, además, de la clase de mujeres que necesitan obtener la rendición del oponente para dar satisfacción a su ego. No le interesaba abanderar una lucha para obtener una victoria que, en caso de ganarse a costa de someter la voluntad del otro, solo podría resultarle amarga. Luna quería que la quisieran por ella misma, anhelaba sentirse deseada. Y eso es, justamente, lo que Nahuel había conseguido cada vez que sus ojos se resbalaban por su cuerpo.

Lo ocurrido aquella noche había resultado el revulsivo que necesitaba para someter a estudio sus emociones. ¿Era justo para Román continuar jugando a aquel juego? Y ¿lo era para ella misma? ¿Cómo se sentiría ella en caso de claudicar a los más bajos instintos de ambos? Algo que ocurriría antes o después. No estaba enamorada, pero Román era un chico atractivo. No era difícil adivinar qué habría sucedido entre ellos en caso de haber sucumbido a sus avances horas atrás. Pero Luna no era del tipo de chicas dispuestas a pasar un buen rato sin complicaciones, cuando se trataba de cuestiones de piel, no podía evitar que sus sentimientos se viesan involucrados.

Por otra parte, la visión de Nahuel a lomos de su Harley la había desestabilizado para el resto de la noche, acentuando la necesidad de poner distancia entre Román y ella. Nahuel le había parecido un demonio alado, luchando contra el viento, subido en aquella máquina que, estaba segura, era una prolongación de su propio cuerpo. Con aquellos faros que tenía por ojos encendiendo la oscuridad que lo retaba, poniéndosele por delante. Había una chispa de desafío latiendo en sus pupilas mientras avanzaba temerario entre los coches, ejecutando piruetas imposibles para cortarles el paso. Erguido, cruel y bello al mismo tiempo. Era un misterio para Luna, quien no había podido refrenar las ganas de resolverlo. Varias veces se habían apoyado sus dedos en el tirador, primero con timidez, luego con tranquila resolución. De no ser por el riesgo que suponía bajarse de un vehículo en marcha, estaba segura de que, más temprano que tarde, habría terminado accionando el mecanismo para abrir la puerta y lanzarse hacia aquel abismo, que era desconocido y atrayente a la vez. Tal era el hechizo que aquel tipo era capaz de ejercer sobre ella.

Unas veces amable, otras hiriente. Nahuel había sido dulce con ella durante todo el tiempo, pero había un lado amargo en su modo de actuar, de dirigirse a los demás, que no le había pasado inadvertido a Luna. Tan pronto reía como permanecía serio, contemplándola en silencio desde algún rincón, con la promesa de maquinaciones perversas inundándole el rostro. Nahuel estaba lleno de contradicciones y eso lo hacía fascinante a los ojos de Luna.

Tenía cierto magnetismo, un sentido del humor inteligente y una personalidad inquietante, algo parecida a la de Román, pero mucho más madura y al tiempo peligrosa.

Sea como fuere, ella había estado cómoda con él desde el comienzo. Se había sentido protegida, cubierta por una especie de manto privado que les pertenecía solo a ambos. La había colmado de atenciones, preocupándose en todo momento porque estuviera a gusto. Se había dejado envolver por sus bromas y disparatadas propuestas, intentando no sonar tan entusiasmada como se sentía cuando Nahuel la incluyó en algunos de los planes del grupo para los siguientes días.

—No puedes negarte, ahora que formas parte de la familia. —Román carraspeó antes de esbozar una protesta, pero él consiguió ignorarlo. Sus ojos atraparon los de Luna en tanto aguardaba una respuesta.

Luna tuvo que contener el estremecimiento que aquellos focos azules proyectaron hacia su columna vertebral. ¿Era impaciencia lo que se leía en ellos?

—Iré encantada... si a Román le parece bien, claro —murmuró, apartando por fin la vista para conseguir dirigirla hacia el contrariado aludido.

Más tarde se preguntó si no habría aceptado la propuesta con demasiada ligereza. Sabía que sacaba ficha en un juego peligroso. Por mucho que pretendiera engañarse y apoyarse en el pretexto de que se trataba de una inocente reunión entre amigos, la sonrisa satisfecha de Nahuel y el vuelco que experimentó su propio estómago le confirmaban que había, bajo aquella capa de superficialidad, algo mucho más intenso de lo que estaba dispuesta a admitir.

Luego vinieron la ronda de chistes y el karaoke. Siendo como era terriblemente tímida, no podría explicar cómo se había atrevido a representar aquella pantomima de Pocahontas, la princesa india, suscitando los unánimes aplausos de toda la familia. Sus ojos habían buscado el beneplácito de Román, pero este se mostraba más interesado en bromear con sus hermanos que en ofrecerle apoyo. Nahuel, en cambio, le dirigió una mirada de aprobación. Fue un gesto fugaz que dio paso a una mueca inescrutable, obligando a Luna a dudar sobre si no habría sido un producto de su imaginación.

Era una familia extraña la de Román, pero acogedora a su manera. No trataban de aparentar, se mostraban tal cual eran: extravagantes, ingeniosos, originales y deslumbrantes. Uno podía sentirse completamente integrado de un modo engañoso, porque lo cierto era que se trataba del tipo de gente que no

entrega su corazón a cualquiera. Luna lo supo al punto, aquel era un rasgo de los Ramírez que había identificado en Román y ahora hacía extensible al resto del clan: podías tener una parte de ellos, pero solo te ofrecerían el todo por el todo una vez que te hubieran aceptado sin reservas. Conformaban una especie de club con reglas propias.

De un modo irracional, Luna deseó que la incluyeran en él. Y ese deseo se acrecentó después de que Nahuel le dedicara su último número de malabares.

—Este va por la chica de largas trenzas y ojos de color canela.

Román se removió en la silla; acto seguido, una mano posesiva se alargó para agarrar la suya. A Luna le sorprendió aquel espontáneo gesto. Román no era especialmente cariñoso, mucho menos en público. Sus mejillas se encendieron al notar que Houda, la cuñada de Román, era testigo de la escena, que evaluaba con expresión calculadora.

La despedida resultó más brusca de lo que le hubiera parecido correcto. Su intención había sido concretar aquella próxima cita con todos. Sentía la necesidad de asegurarse de que volvería a verlos pronto, y de hacerlo al margen de Román. Como si él no fuese el eslabón *sine qua non* para participar en la vida del grupo. Pensándolo después, desde la objetividad que brindan la distancia y el tiempo, se juzgó un poco traidora, excusándose enseguida en el desinterés que Román manifestaba respecto a poner nombre a lo que habían iniciado unas semanas atrás. «Tengo derecho a sacar mis propias castañas del fuego», se dijo. «No tengo por qué esperar a que ningún hombre me dé el lugar que merezco.»

No se detuvo a analizar por qué ese lugar debería estar, precisamente, en torno a la familia Ramírez. Presintió que la vía más rápida de reunirse con ellos era Nahuel, y hacia este dirigió su atención. Nahuel había colmado sus expectativas haciéndola protagonista de un truco de cartas.

—¿Dónde la has escondido? —quiso saber Luna, refiriéndose al as de picas que él acababa de hacer desaparecer.

Nahuel la sacó de dudas, alargando una mano hasta su oreja. A Luna le pareció que sus dedos se entretenían más de lo preciso entre los mechones de su trenza y su corazón experimentó una sacudida. Pero no tuvo ocasión de estudiar el porqué, ya que la voz de Román la devolvió al centro del jardín.

—Te llevo a casa. —Sonaba áspera y Luna no pudo evitar preguntarse si no habría traicionado de algún modo su confianza—. La noche se está haciendo demasiado larga.

Tenía el ánimo encogido cuando se acomodó en el asiento del copiloto, preguntándose cuándo sería la próxima vez que disfrutaría de unas horas como aquellas, llenas de intensidad, risas y emociones. Anheló más que nunca tener una familia, aunque fuera la mitad de loca que la de Román.

Permaneció muda durante los primeros minutos de trayecto, y apenas fue capaz de responder con monosílabos a la batería de preguntas de su acompañante. Aunque visiblemente molesto, Román se empeñaba en prolongar la noche. En sus ojos había una intención guerrera, que se acentuó al escuchar el sonido del motor de la Harley de su hermano. Luna recuperó el pulso que había perdido después de abandonar la fiesta y ahora sus venas eran recorridas por un torrente de sangre ardiente. Distinguió por el retrovisor la silueta de Nahuel, pero decidió que lo más sensato sería hacer como si no se hubiese percatado de que era él quien los seguía. Luego experimentó un ataque de locuacidad y abrumó a un silencioso Román con comentarios sobre las cuestiones más disparatadas.

—¡Maldito puto loco! —Román estaba resuelto a darle esquinazo a su hermano, y por fin logró su objetivo apurando los últimos segundos de un semáforo.

Luna observó cómo Nahuel y su motocicleta se hacían cada vez más pequeños maldiciendo por lo bajo. Una extraña competencia se había desarrollado ante sus ojos y, de alguna manera que le escocía, se sentía protagonista. No se decidía: ¿estaba halagada o molesta? Todavía tenía el corazón desbocado cuando Román detuvo el vehículo en una zona apartada.

—Llévame a tu piso, Luna. —Era la primera vez que la llamaba por su nombre, fue apenas un susurro, pero pudo distinguir en el tono dos claros matices: la falta de emoción y una necesidad imperiosa de obtener una victoria en una batalla en la que ella se había convertido en el disputado trofeo.

—Vayamos poco a poco, Román. —Dejó caer un beso rápido sobre sus labios. Román hizo amago de atraerla para prolongarlo. Pero aquel contacto no había logrado provocar en Luna el placer de anteriores ocasiones, y con ternura pero firmeza lo apartó.

—Mañana te llamo. —Era algo novedoso, porque Román pocas veces adelantaba sus intenciones. Más bien rehuía cualquier posibilidad de concretar algo.

Pero es que muchas cosas habían sido nuevas aquella noche. Cosas que merecían un análisis exhaustivo por parte de Luna, quien resolvió posponerlo,

por su propio bienestar y en favor del sueño que amenazaba con dejarla sola hasta el día siguiente.

Con todo, permaneció todavía despierta durante la siguiente hora, y para cuando consiguió que sus ojos se cerraran con vocación de continuidad, lo hizo viendo ante ellos una sonrisa capaz de hacer que un rostro entero resplandeciera. Y una mirada turquesa con más fondo que el foso de las Marianas.

CAPÍTULO 4



No me lo iba a poner fácil. Lo supe desde el comienzo. Lo que no esperaba era que jugara sucio. Tal vez debí haberlo sospechado cuando me tendió aquel papel garabateado. Sus ojos brillaban divertidos, pero lo atribuí al hecho de que me adjudicara una especie de enamoramiento a primera vista.

—Puedes ir a buscarla si te atreves. Para que empieces tu luchita, hermano —añadió en tono condescendiente.

No dudé en encomendarle a mi Harley su última misión para el día que se apagaba a marchas forzadas. La puse rumbo a la dirección que Román había anotado en el papel. Era bastante lejos, en las afueras, de hecho, pero ya había dado por perdido el sueño y necesitaba quemar ese último cartucho.

Ni siquiera me detuve a pensar qué le diría una vez que la encontrara allí. ¿Me atrevería a golpear su puerta? ¿Qué excusa podría ofrecerle? Decidí improvisar cuando la tuviera enfrente. La sangre circulaba por mis venas con un nuevo impulso, como la llama que prende la mecha, dándome nuevas energías para llevar a cabo mi descabellado plan.

Tardé casi una hora en alcanzar mi destino y, cuando por fin me detuve, en medio de un descampado, me quedé unos segundos bloqueado, aturdido por el desconcierto. Había una casa al fondo, lo que parecía ser un club de alterne destartalado y sórdido como el alma de mi hermano. Lo maldije cien veces antes de apretar el acelerador y alejarme de allí a toda pastilla, igual que alma que lleva el diablo. Por suerte, a tiempo todavía de ignorar los requerimientos de algunas de las chicas del club, que se hallaban rondando la entrada a la caza de cualquier incauto que, como yo, equivocara su camino.

Sentí repugnancia y rabia. Ellas no eran culpables de mi frustración, pero las odié, porque representaban la distancia que me separaba de Luna. En comparación, además, ella era la pureza, mientras que aquellas mujeres encarnaban el pecado que yo mismo abanderaba aun a pesar mío. Me sentí

sucio, yo no estaba a la altura de esa chica y eso es lo que Román había querido ponerme de manifiesto. Pero tampoco lo estaba él y, si no era capaz de deducirlo él mismo, alguien tenía que sacarle la venda de los ojos.

Enfurecido, volví sobre mis pasos dispuesto a exigir justicia. No había sombra de duda: Román me había estado esperando. No se había desvestido y se mostró complacido al recibirme.

—No creerás que te la voy a servir en bandeja —admitió con una sonrisa burlona—. Tendrás que dar una buena pelea.

Luego cerró la puerta sin darme derecho a réplica, y permanecí unos instantes golpeando inútilmente la madera y lamentándome por el hecho de haber puesto el ojo en una chica que, en parte, le pertenecía a mi hermano. Porque estaba seguro de que ese hecho abriría una brecha insalvable entre nosotros.

El trabajo apenas ejerció de anestesia para disimular una inquietud que había hecho presa de mi ánimo. Me sentía irascible. No es raro ver a un cocinero neurótico, aunque aquella jornada yo superé cualquier expectativa. Mi humor tenía el color de una cucaracha oriental.

—¿Por qué no te tomas un descanso, jefe? Yo puedo ocuparme de todo.

Naim es mi socio y mi mano derecha en el restaurante, además se ha convertido en uno de mis mejores amigos. Tal vez el único.

—¿Tanto se me nota?

—Como a una monja un lápiz de labios rojo.

Le hice caso, aun sabiendo que se trataba solo de un arreglo temporal. Volví a mi apartamento y me obligué a descansar, pero en mi mente se sucedían los momentos, pasajes de una tarde y una noche embriagadoras que tenían como hilo conductor la dulzura de unos ojos canela. En vez de dormir, me entretuve planeando los siguientes pasos, y tantas veces me dije que se trataba sencillamente de ganar una apuesta que hasta yo mismo terminé por creérmelo.

Luego los días fueron pasando mientras yo esperaba con una paciencia ajena a mi modo de ser el momento de reencontrarme con Luna. Aun cuando tuviera que conformarme con las migajas que el imbécil de mi hermano se dignara a dejarme. Más de una vez Román me había enviado mensajes. Con palabras distintas venía a decirme lo mismo: que avanzaba de forma positiva, lo que se traducía en una clara ventaja en la conquista de la chica de las largas trenzas.

Aquello no hacía más que confirmarme en mi propósito de arrebatársela. Tenía dos motivos fundamentales: el primero, no permitir que me venciera. El juego es una seña de identidad de mi familia y una apuesta es una apuesta. Aunque tomemos la vida a broma, los Ramírez somos serios para esta clase de retos. La segunda razón era evitarle a aquella chica el obligado trago del abandono. No estaba seguro de hasta dónde se encontraba Luna enganchada a mi hermano, no la conocía lo suficiente, aunque anhelaba que su prudencia fuera superior a su curiosidad. Tenía fe en su inteligencia, y alimentaba la esperanza de que aguantara lo bastante como para que Román no lograra subirla a la palma de una de sus manos... para después aplastarla con la otra.

Habíamos hablado de coincidir en la exposición que coordina Saúl, el hermano artista de la familia. Saúl ejerce de guía turístico en el museo y acababan de adjudicarle aquella muestra para que la presentara. El acto se inauguró sin contar con la presencia ni de Román ni de su tímida amiga. Confié en que asistieran al cóctel que se desarrollaría *a posteriori*, y en vano tuve la puerta del local en mi punto de mira durante la siguiente hora y media.

Por fin mi hermano hizo acto de presencia, pero lo hizo solo y con una sonrisa triunfal que empezó alojada en su boca hasta instalarse de forma definitiva en sus ojos. En cuanto logré que nos dejaran solos, le di la oportunidad de regodearse.

—En esta ocasión tan familiar no me apetecía compañía femenina —se apresuró a aclarar cuando lo asalté con la previsible pregunta.

—Tal vez estés madurando, hermanito —quise bromear, aunque el tono de mi voz me traicionaba, manifestando justamente lo contrario de lo que afirmaban mis labios.

—En eso tú tienes un doctorado, así que has de saberlo bien.

Luego hice un titánico esfuerzo por soportar sus ironías y chanzas durante media hora más, con la secreta esperanza de que su imprudencia lo traicionara, dejando caer alguna pista para la localización de mi objetivo. Me alié con el champán, sabedor de que Román se pierde por una buena copa. Pero todos mis esfuerzos fueron en vano, porque ni todo el alcohol de una destiladora le hubiera aflojado la lengua.

Una vez que consideró haberme torturado lo suficiente, se despidió de mí, y yo me quedé pasmado, con la mirada fija en su espalda y sin recursos. Con solo un nombre de pila y un aspecto físico donde lo único destacable hubieran sido sus trenzas de Pocahontas, no había demasiadas posibilidades

de triunfo. Ni cien Sam Spade hubieran dado con su paradero en una ciudad donde conviven más de siete millones de habitantes.

Me sentía desolado, vencido, y justo cuando comenzaba a resignarme a confiar en la providencia, se cruzó en mi trayectoria un rostro familiar.

—Esa cara sería no te pega —afirmó Houda a modo de saludo—. ¿Es que no te alegra ver lo bien que lo ha hecho Saúl?

Me habría gustado decirle que lo que en verdad me alegraba era haberla encontrado allí, tan firme y segura como una isla en medio del océano. Me sentí como el naufrago que después de la tempestad alcanza la orilla mientras ocultaba tras una sonrisa las preguntas con las que asaltaría a mi cuñada durante los próximos minutos.

CAPÍTULO 5



—Te has fracturado la muñeca. —Se quedó mirándome embobado, como si en vez de un juicio clínico acabara de anunciarle que había sido agraciado con el premio gordo de un sorteo—. ¿Te han explicado los cuidados que debes tener? —Se encogió de hombros, y su expresión se volvió tan cómica que por un momento tuve la impresión de que se estaba quedando conmigo.

Resignada a enfrentar lo que fuera, me adentré en una explicación científica sobre la lesión y su posible evolución. Después de un rato tomé aire y noté que las siguientes palabras se quedaban atravesadas en mi garganta. Nahuel fingía escucharme con atención, pero sus pupilas seguían el contorno de mis labios como si exploraran un camino desconocido a la par que excitante. Tenía una sonrisa peligrosa mientras llevaba a cabo el escrutinio. Se me aceleró el pulso, y traté de disimularlo entreteniéndome más de lo necesario en el yeso.

—Tendrás que mantenerla inmovilizada durante un mínimo de cinco semanas. —Noté que su sonrisa se desvanecía y sus ojos, de un azul verdoso combinado al cincuenta por ciento, abandonaban la línea de mi boca para posarse directamente sobre los míos. Me pareció que me veía por primera vez. Aquella mirada me provocó un estremecimiento involuntario, por la cólera que encerraba.

—¿Cinco semanas? ¡No puedo estar tanto tiempo inoperativo! Soy cocinero, ¿sabes? —En su voz distinguí un matiz de reproche que me incitaba a sublevarme. Llevo ocho años trabajando como enfermera y estoy más que acostumbrada a enfrentar todo tipo de pacientes. Los aprensivos, los hipocondríacos, los dóciles y los rebeldes. Los reincidentes, los «experimentados», los olvidadizos, los empáticos... Nahuel era del tipo «la vida se detiene si yo no la muevo». Estos son de los peores, no saben estar enfermos y necesitan culpar de sus males al resto del mundo.

—Deberías haberlo pensado antes de subirte a esa moto que tienes —le reprendí—. Te he visto, y no eres precisamente prudente. —Manifestó auténtica sorpresa ante mi exabrupto. Suele ocurrirme, soy pequeña, callada, y por eso aparento una fragilidad engañosa. Pero cuando cualquier cosa me indigna, no puedo evitar hacerle frente. Con todo, rehuí mirarlo directamente a los ojos para que mi discurso no perdiera fuerza ante el fulgor que desprendían.

—¡Vaya! Así que te has fijado... —Esbozó una mueca y me arrepentí enseguida de mi arrebató—. Sí, supongo que no soy uno de esos buenos chicos. —Noté que su mirada buscaba la mía y permanecí inmóvil. ¿Esperaba acaso mi aquiescencia? Durante unos segundos, el silencio se alargó entre nosotros y experimenté la necesidad de salir huyendo—. Eres una enfermera muy diligente, ¿sabes? Pero debes conocer algún truco. Una especie de atajo, para evitar la rehabilitación y todo ese rollo. —Lo observé de hito en hito. No podía creer que hablara en serio—. Dirijo un restaurante, no puedo pasarme tanto tiempo fuera de juego —añadió para justificarse.

Sentí ganas de gritarle que en la vida no todo es una cuestión de juego.

—Háblalo con el doctor, pero si trabajas con las manos, yo te recomendaría que sigas a pies juntillas las recomendaciones médicas. Una complicación podría suponer tener que someterte a cirugía. A partir de este momento, la curación depende de ti. —Me giré, dispuesta a dejarlo allí, pero me detuvo agarrándome con la mano que le quedaba sana.

—¡No te vayas! Por favor...

Miré hacia el lugar donde sus dedos se apretaban contra mi carne, en una suerte de solicitud de auxilio, un ruego desesperado que también se reflejaba en sus ojos. Una corriente eléctrica se había desatado y el hormigueo se propagaba a marchas aceleradas hacia cada una de mis terminaciones nerviosas.

—No tengas miedo —lo exhorté, esforzándome porque la voz sonara firme—. Espera al doctor, que querrá ver cómo ha quedado la escayola. Vendrá enseguida.

—Pero ¿y tú?

—Debo atender a otros pacientes. —Me lanzó una mirada suplicante y sentí que me transformaba en un trozo de gelatina—. Estamos en urgencias —expuse en voz alta, casi recordándomelo a mí misma.

—¿No puedes quedarte un poco más?

Sacudí la cabeza.

—Me temo que no. —Yo lo sentía más que él. Llevaba días soñando con un reencuentro y, aunque mil veces había tratado de convencerme de que lo más prudente sería mantenerme lejos, ahora me daba cuenta de que por un solo rato cerca de Nahuel valía la pena el riesgo. Nunca antes alguien me había acelerado el corazón con solo mirarme, era una realidad aplastante, terrorífica a la par que alentadora.

—Pero volveré a verte, ¿verdad?

Deseaba y temía al mismo tiempo aquella propuesta. Desde la barbacoa, no había tenido oportunidad de volverlo a ver. Ahora me daba cuenta de que tal vez hubiese sido lo mejor. Nahuel provocaba en mí sensaciones vertiginosas. No estaba segura de estar preparada para iniciar lo que quiera que fuera con él. Presentía que aquel chico me lanzaría a un universo desconocido, excitante y peligroso por partes iguales. Luego estaba Román, con quien no me había visto en los últimos días, pero que persistía con sus mensajes, dispuesto a no darme tregua.

—Ya sabes que soy amiga de tu hermano —anuncié, ansiosa por interponer una barrera que me protegiera del brillo azulado que amenazaba con derribar mis defensas—. Es probable que volvamos a encontrarnos —aventuré, resuelta a zanjar el asunto.

—Voy a celebrar una fiesta, por lo del brazo.

Se me escapó una risa. Así que era cierto.

—Lo celebráis todo, ¿verdad?

—Me queda un brazo sano —expuso levantándolo—. La vida nos ofrece incontables motivos de celebración. Cosas buenas, cosas malas. Hay que aprovecharlas todas. —Me guiñó un ojo, y me pareció que a mi alrededor el mundo giraba.

—Si Román quiere que lo acompañe, allí estaré —aseguré, haciendo un titánico esfuerzo por ocultar el temblor de mi voz. Luego le dirigí una mirada de advertencia, se imponía marcar distancia, aunque mi alma se aferrara a la posibilidad de un reencuentro igual que un moribundo a su última bocanada de aire. Pero Nahuel se sobrepuso de inmediato, como un halcón frente al ataque de un cuervo.

—Te estoy invitando yo.

—Muchas gracias, Nahuel. Si tu familia quiere que esté allí, puedes contar conmigo —insistí.

Se echó hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Vaya si eres tozuda! Está bien, puedes apelar a la unidad familiar, a todas las generaciones de Ramírez si te apetece, con tal de que aparezcas por allí, ¿vale?

Estaba siendo condescendiente y no es que me entusiasmara su actitud, pero el aire resultaba ya irrespirable y urgía salir cuanto antes de la sala. Aunque tuviese que comprometer mi agenda para los dos próximos meses.

—Aplicamos severos castigos a los que osan traicionarnos. Y ya lo has hecho una vez —me advirtió. Me estrujé el cerebro, aunque no conseguí descubrir a qué se refería—. La exposición de Saúl, ¿te acuerdas? Te esperábamos. Y, debes creerme, mi hermano se sintió realmente decepcionado.

—¡Pero si apenas hemos intercambiado un par de palabras!

—Sin embargo, lo tienes en el bolsillo. —Enarcó las cejas, y una expresión traviesa recorrió su rostro—. Nos has conquistado a todos, pequeña Luna. —Mi nombre en sus labios era como la miel en la boca del oso. Un dulce aperitivo del que no podría ni querría saciarme nunca. Pensaba en ello cuando comprendí que me retaba con la mirada, como si sus ojos quisieran hacerme llegar el mensaje que su boca callaba. Aquel desafío me provocó un estremecimiento, aunque me obligué a recomponerme.

—En serio, debo irme.

—Confío en que te preocuparás por tu paciente.

—Con el doctor Meroño estarás en buenas manos.

Salí, cerré la puerta y me apoyé sobre la madera. Una corriente de energía me recorría el cuerpo. Habría pasado toda la noche allí pegada, custodiando al hombre que conseguía que el suelo se deslizara bajo mis pies con solo amagar una sonrisa.

Me llevé una mano al pecho, que bajaba y subía al ritmo de una estampida de búfalos. Después de un rato logré acompañar el ritmo de la respiración y pude por fin encarar el pasillo, que se me antojó eterno hasta alcanzar el punto de control.

—Date prisa, Luna. Ha habido un accidente de tráfico. Dos heridos en la sala de trauma. —Era Antonio, un compañero al que apodamos «el balas» por la rapidez con la que dispara sus argumentos—. Lunita..., ¿te encuentras bien? Tienes cara de haber visto un fantasma.

Estuve a punto de responderle que los fantasmas no resultaban tan atractivos, y tampoco tenían el peligro que arrastraba el chico que acababa de dejar unos metros atrás. Tenía la sensación de que, a fuerza de pensar en él, había conseguido atraerlo hasta mí. Lo sentía por su muñeca y también por su

trabajo, pero hay casualidades que constituyen auténticos regalos. Nahuel no era un espíritu, aunque sí una especie de visión materializada. Y estaba vivo y coleando. Con un par de sonrisas como la suya, la que corría el riesgo de caer fulminada era yo.

—¡Luna! Estás como ida, chica —dictaminó Antonio, mientras agitaba una mano frente a mis ojos.

No andaba desencaminado, parte de mí se había quedado en la sala de curas, pegada a unos ojos capaces de deslumbrar al mismísimo sol. Sacudí la cabeza, en un intento por obligarme a centrarme. Por suerte, el turno de noche le dispara la adrenalina a una roca. Puede resultar divertido si eres algo temerario o te va la marcha, como es el caso de Antonio. Yo soy más tranquila, pero si no me ponía las pilas, el turno se me iba a hacer más denso que una conferencia sobre teoría del derecho.

Salí disparada hacia triaje, dejando atrás a un sorprendido Antonio.

—¡Te dejas la orden, cabeza hueca!

CAPÍTULO 6



No había calculado los estragos de una caída de tamaña envergadura. Llevaba días buscando la manera de propiciar un encuentro y no medí las consecuencias. Houda me había facilitado la información que necesitaba para localizarla: Luna trabajaba como enfermera en el hospital general. A partir de entonces estuve barajando posibilidades hasta llegar a la conclusión de que era preciso arriesgar. Presentarme allí sin una excusa me hubiera colocado en una situación comprometida. No quería parecer un baboso. Ser tan obvio la hubiera puesto en guardia, y no me convenía que se replegase antes de darme la oportunidad de aproximarme a ella.

Escogí una vía más original y mucho más estimulante para salirle al paso: salté sobre mi Harley, irreemplazable colega de excursiones nocturnas, y forcé un movimiento brusco para dejarme caer sobre el asfalto. Me dolía el daño que iba a infligirle más que si lo sufriera en mi propio cuerpo. Al margen de las chicas de mi familia: mi madre, Estela; mi hermana, Carolina, y mi cuñada, Houda, mi moto era la única mujer de mi vida. Con ella sentía conocer el auténtico significado de la palabra *amor*. Lanzarla contra el suelo fue una prueba dura, pero el golpe fue suavizado por la imagen de unos ojos, bellos y profundos como una tarde en soledad. Los ojos de la chica de la túnica.

—Esta vez te has pasado, *brother*. —Naim es como un jarro de agua helada después de una noche de fiesta. Ofrece su opinión sin paliativos—: Si querías volver a ver a la chica, hubiera bastado con pedirle el número de teléfono.

—¿Con mi hermano ejerciendo de perro sabueso? —protesté.

—No sé en qué estabas pensando, pero buscarte una lesión en plena temporada no es lo más inteligente que has hecho en la vida.

«Tal vez no estaba pensando», reconocí para mis adentros. A veces peco de apasionado, no mido las consecuencias, es verdad. Odiaba que mi socio

tuviera razón: me había excedido con la bromita. Creía tenerlo todo bajo control, pero no había contado con la mancha de aceite que provocó que la simulación deviniera en un accidente tan auténtico como la misma vida. Me hubiera bastado con unos rasguños y un parte de urgencias; en cambio, ahora tendría que bregar con unas cuantas semanas de parón laboral. Me ponía frenético no hacer nada, estando acostumbrado a mantenerme activo y teniendo en cuenta que se avecinaban fechas de gran afluencia en el restaurante.

—No puedo permitir que mi hermano me gane la partida —me defendí, sin mucha convicción.

Naim elevó los ojos al cielo.

—¡Cuántos buenos propósitos echados a perder por enarbolar la bandera de los machotes! —Naim es homosexual, y no desaprovecha cualquier oportunidad para echarnos en cara a los hetero ciertas conductas prejuiciosas.

—¿Piensas que me voy a dejar vencer por un mico que hace apenas unos años andaba en pañales?

Cruzó los brazos sobre el pecho y, escudriñando mi mirada, preguntó:

—¿Realmente es por eso?

«Es por el brillo de unos ojos», chilló una voz interior. Por un pelo negro y brillante que se me antojaba un cielo nocturno cuajado de estrellas. Por un par de pupilas que se dilataban cuando una emoción las poseía. Como cuando se percató de que mi mirada se había quedado anclada en la curva sugerente de sus labios. Aparté aquella imagen de mi mente, temeroso de que Naim pudiera leer en mi rostro el rumbo errático de mis pensamientos.

—Desde luego que sí. Tú no tienes que educar un hermano.

Me miró con suspicacia.

—Tampoco tú. Esa tarea es patrimonio exclusivo de Estelita.

—Mi madre tiene cosas más importantes de las que preocuparse ahora —opuse, haciendo alusión a su última bronca con Charlie.

Enarcó las cejas, y estas se convirtieron en dos montañas oscuras y tupidas.

—Todavía no me has contado por qué no viniste a la exposición de Saúl —le dije, ansioso por cambiar de tema. Sabía que era una cuestión que le escocía y yo intuía el motivo.

—No me gustan los gais que se encierran en los armarios.

Acto seguido se quedó pensativo, y yo me felicité por haber dado en la diana. Había sido un truco sucio, pero necesario. Ví cómo se ajustaba el gorro

de cocinero antes de meter las manos en la masa. Literalmente. Y aproveché aquella tregua para acercarme a la ventana.

Llovía. Las gotas bañaban el cristal como retazos de un paisaje marino que se resquebrajara de parte a parte. ¡Cuánta poesía hay en la lluvia tras el cristal, y qué bonito sería si esa agua fuera capaz de arrastrar consigo el lastre de nuestras almas! Tenía la sensación de que la mía acababa de ser atada con un nudo. Un nudo del que escapaba una cuerda que me ligaba al otro extremo de la ciudad. Justo al punto donde el hospital tenía su sede. Pensaba, con sarcasmo, que el olor a éter que durante toda mi vida me había causado repulsión había sido suave y sutilmente relevado por un perfume frutal que combinaba con su propietaria como un niño con una sonrisa. Un perfume que era embriagador como el canto de las sirenas. No me costaba evocarlo, porque me lo había llevado en la piel, y ahora me transportaba hasta los momentos compartidos en la sala de curas. Era una suerte de hechicera mi querida Luna. Con sus artes mágicas me había embrujado los sentidos. «Y, hablando de brujas...»

—¡Joder! Esto es una pesadilla. —Di un salto atrás y corrí a ocultarme bajo el mostrador—. Ni se te ocurra decirle que estoy aquí —le advertí a Naim.

Sonó la campana de entrada.

—Voy a pensar en diferentes modos de cobrarme el favor —susurró Naim, y antes de que tuviese oportunidad de llegar hasta la puerta, esta había sido ya empujada hacia el interior.

Se escuchó un taconeo, enseguida ahogado por una voz femenina.

—¿Cómo está, qué le ha pasado?

—Incólume.

—¿Estás seguro? Un pajarito me ha dicho que el accidente ha sido gordo. —Me mordí los labios. Ese pajarito tenía la lengua demasiado larga y unas ganas muy impertinentes de buscarme pareja. Me prometí que, una vez que lograra escapar al asalto de Diana, le estrujaría el cuello a mi madre con mis propias manos.

—Si te miento, que Chris Martin sufra una afonía crónica. —Me imaginé a Naim cruzando los dedos y reí por lo bajo. Los chicos de *Coldplay* son dioses para él, cada vez que tiene que comprometerse con una causa, pone a alguno de sus componentes de por medio. Esa es la mejor garantía de su palabra, si bien esta vez estaba jurando en falso, conforme exigían las circunstancias.

Visualicé la cara de Diana, que en aquel momento debía ser una mezcla perfecta de suspicacia y contrariedad. Estaba un poco loca, pero no era tonta. No iba a darse por vencida a la primera de cambio.

—No te creo. Dile que quiero verlo —exigió con aquel tono chillón tan característico, capaz de hacer que todo el pelo de un conejo de angora apuntase al techo.

—Se ha tomado unas vacaciones. Ya sabes, por prescripción médica. Estaba demasiado acelerado.

—¡Es un hijoputa acelerado! —bramó Diana, y me pareció que el suelo temblaba bajo mis pies—. Vive para este antro... y esa moto del demonio, que le va a costar la vida.

Naim carraspeó, seguramente para ocultar las ganas de reír. Nuestro gastrobar es uno de los más reputados de la ciudad, pero no se le puede pedir a alguien para quien la *Guía Michelin* es un libro de consejos para recuperar la línea que valore lo que significa ser distinguido con tres estrellas.

—Bueno, desembucha, ¿dónde se ha escondido? —exigió expeditiva.

—Es un secreto incluso para mí.

—¡No te creo!

—Si no me crees, pregúntale a Estela.

—Pues mira, sí. Eso es precisamente lo que pienso hacer.

Salió dando un portazo y Naim chasqueó la lengua. Conté hasta diez antes de asomar la cabeza.

—¿Pregúntale a Estela? Si me hubieras puesto una diana en el culo, habría sido más difícil localizarme.

—¿Qué querías que le dijera? Ya sabes cómo es. Habría sido capaz de someterme al tercer grado.

—Acelerado e hijo de puta. Yo no diría que le parezco precisamente atractivo. Entonces, ¿por qué no me deja en paz?

—¿Quién entiende a las mujeres...?

Naim volvió a los fogones, y yo me quedé parado en medio del bar, con la adrenalina a tope y sin saber qué hacer. Inútil como una mariposa con el ala rota.

—Y ahora que te he librado de esa psicópata. ¿Podrías acercarme un par de cebollas?

—¿Es que no tienes piernas? —ladré, y Naim fingió sorpresa.

—Deja, ya voy yo. Pero te regalo un consejo, Nahu: te conviene controlar ese mal humor. Cinco semanas es mucho tiempo. —Se acercó al cajón, sacó

las cebollas y volvió a la mesa, con una mueca divertida en el rostro.

—No necesito tus consejos, imbécil.

Me lanzó una cebolla, pero logré esquivarla a tiempo.

—Algún día vas a tener que pedir perdón, ¿sabes? O te vas a quedar más solo que un cocinero poco higiénico.

Me encogí de hombros. Los chistes malos de Naim me dejaban sin argumentos. Además, no era mi mejor día, Diana había interrumpido el idilio que comenzaba a fraguarse en mi imaginación. Era mejor tomar las de Villadiego, antes de que mis malas pulgas convirtieran a Naim en el blanco de mis pullas. Puedo resultar muy incisivo cuando me lo propongo, y no quería tener que lamentar una cosa más.

Antes de salir por la puerta lo escuché gritar a mis espaldas:

—Y ojalá que esa chica que te trae de cabeza sea la que te obligue a hincar las rodillas.

CAPÍTULO 7



Dejé que la lluvia me calara los huesos. Lo necesitaba. Luego avancé unos pasos en dirección a ninguna parte. Antes de doblar la esquina me di la vuelta, para comprobar que Naim permanecía allí, entregado a su trabajo. Como si no acabara de soportar sobre sus hombros el peso de un alma atormentada como la mía.

No me guardaría rencor, jamás lo hacía. Él me comprendía y respetaba esos momentos en los que necesitaba estar solo, encontrarme conmigo mismo y poner en orden mis pensamientos.

Caminé sin rumbo fijo, disfrutando de la sensación del agua empapándome la ropa. Sentía la necesidad de gritar, de correr, de liberar ese estado que se había apoderado de mí como un demonio abrasador. Me quemaba la sangre no poder coger mi Harley y perderme en las entrañas de la noche. Atravesar la ciudad de parte a parte, para dar la bienvenida al amanecer sentado sobre mi amor al borde del mirador de la colina.

«Cinco semanas», había asegurado. Cinco puñeteras semanas. En aquel momento, todo mi odio se había dirigido hacia la chica de las trenzas, porque por su culpa me encontraba inútil, inservible para hacer las dos cosas que más amo en la vida: conducir mi motocicleta y meterme en la cocina.

—¡Maldita sea la jodida Pocahontas! —refunfuñé por lo bajo. Debía tratarse de una suerte de justicia poética, un castigo por poner los ojos en la chica de mi hermano. Era antinatural y reprobable. Pero no podía evitarlo, cuanto más la conocía, más honda se me clavaba la flecha.

Después de pasar por el hospital había descubierto cualidades que, me decía con vanidad, con toda probabilidad ni siquiera Román había tenido ocasión de vislumbrar. Él era demasiado joven, demasiado inexperto como para bucear en los secretos del alma femenina. Nunca apreciaría la sensibilidad exquisita de Luna, la ternura que sus dedos ponían en la ejecución

de su trabajo. No encontraría en el rubor de sus mejillas indicios de un espíritu honesto que se conmueve ante la injusticia.

La había dejado explicarme los cuidados que debía contemplar para una recuperación satisfactoria de mi lesión; tenía una idea de lo que debía hacer, pero escucharlo de sus labios me parecía una posibilidad sugerente que no estaba dispuesto a pasar por alto. Así que la dejé hablar. Escuchaba jirones de su discurso mientras me debatía entre lanzarme sobre sus labios, jugosos como un trozo de melón, o arrancárselos a besos. Noté que ella estudiaba mi rostro como si buscara alguna pista en él. La fuerza con que exponía sus argumentos, esa arruga que le fruncía el ceño una vez que decidió ponerme en mi sitio. Todo era nuevo y fascinante a un tiempo.

Cuando mi insistencia en reintegrarme al trabajo la rebeló, la fierecilla que lleva dentro afloró, imprimiendo carácter a su personalidad. Me pareció encantadora, y tuve que reprimir el deseo de acariciarla, de asegurarle que sería un chico obediente si ella se mostraba dispuesta a ofrecerme algo a cambio.

Pero como yo persistía en hacerme el ofendido, decidió dejarme en manos del doctor. Al final tuve que detenerla, y una súplica escapó de mis labios como una letanía dolorosa: «No te vayas, por favor». Casi dio un respingo al sentir mi mano sobre su brazo y sus ojos se abrieron desmesuradamente. Sin duda leía dentro de los míos una necesidad y yo comprendí, asustado, que un fuego líquido me recorría las venas. Quisiera que mi piel hubiese quedado anidando en la suya por mucho tiempo, pero ella también lanzaba una súplica, una súplica silenciosa que hablaba de mantenerse lejos.

Menos mal que decidió rehuir mi mirada, porque de haberla enfrentado, estoy seguro de que me habría perdido dentro de sus ojos.

Yo quería hacerlo, pero sabía que ella aún no estaba preparada. Tampoco yo lo estaba, teniendo, como tenía, el corazón en la garganta. Hube de recurrir a un par de bromas para que el aire volviera a circular entre nosotros, todavía un poco denso.

Luego, en un alarde de poca sutileza, le pedí que volviéramos a vernos. Y entonces aprovechó para golpearme con un puño en la boca del estómago.

—Soy amiga de tu hermano —me recordó. Y, ¿cómo podría yo olvidarlo? Mi hermano era la línea que nos unía y a la vez nos separaba.

Tenía que improvisar una excusa, algo que incluyera, a mi pesar, a Román. Y se me ocurrió una fiesta. Sabía que apelar al vínculo de cariño que

la une a la familia la obligaría a comprometerse.

«Es el momento de concretar esa celebración», resolví, al tiempo que mis dedos sacudían el agua enredada entre mis cabellos. Iba a resultar interesante compartir el espacio con Román. Igual que dos concursantes de un *reality* peleando por el trofeo que les otorga la victoria. «Él solo quiere jugar con ella, incorporarla a su larga lista de conquistas», me convencí. Mientras que yo me sentía en el derecho de dejarme redimir por su sonrisa, cálida como un rayo de sol en invierno. La misma sonrisa con la que me obsequió antes de marcharse.

Tuve que reprimir mi contrariedad al escucharla despedirse. Era un momento ineludible, pero no por ello menos doloroso. Porque ante mí se abría un camino de incertidumbre. Podría montar guardia en la puerta del hospital, abalanzarme sobre ella y rogarle que me diera una cita. Pero no estaba en mi naturaleza ni en mi estilo. Luna, por otra parte, no hubiera aceptado ese acoso. Se imponía ser cauto y aguardar la oportunidad de volver a tenerla enfrente. Aunque en el ínterin sintiera que se me iba apagando la vida.

CAPÍTULO 8



—¡Hey, Pocahontas! ¿Dónde te llevo?

Días atrás me habría cortado un dedo de la mano por encontrarme a Román en la puerta del hospital, apoyado sobre la puerta de su coche sonriéndome como si yo fuese un refresco en medio del desierto. En cambio, ahora, lo único que me apetecía era apartarlo de mi camino. Llegar lo antes posible a casa para abrazarme a la almohada y descansar cuerpo y mente durante horas.

—¿Y esas flores?

Levantó las manos, como si estuviera apuntándole con una pistola.

—Un detalle tonto. Pensé que te gustarían.

Deseaba preguntarle a qué venía ese gesto, tan poco característico de él. Pero notar cierta decepción en el tono de su voz me detuvo.

—Sí, me gustan —le aseguré, tomando el ramito entre mis manos—. Es que estoy un poco cansada, ¿sabes? Voy saliente de turno, después de toda la noche. —Sentía la necesidad de justificarme, después de haberme mostrado tan agria. Lo cierto es que me desconcertaba aquella nueva actitud, tan atenta, tan predispuesta. Cuando antes evitaba cualquier situación que pudiera comprometerlo de alguna manera y hacía auténticos esfuerzos por recordarme, de palabra u obra, que solo podíamos ser amigos—. Huelen muy bien —mentí, acercándome las flores a la nariz. Eran unas margaritas algo pochadas, pero no se trataba de juzgarlo por el gusto, sino por la intención.

—¿Me he ganado entonces el privilegio de acercarte a casa?

Lo estudié por un momento, tratando de descubrir en su rostro un propósito.

—Iba a coger el metro. Me vendrá bien que me lleves, si te viene de camino. Así llegaremos antes, y podré dormir unas cuantas horas seguidas.

Noté que luchaba consigo mismo por contener una protesta.

—Directamente a casa. —Se llevó una mano a la sien—. ¡Y yo que traía una lista interminable de propuestas! —expuso, mientras daba la vuelta al vehículo para colarse dentro. Sentí que mi corazón se encogía y me derrumbé en el asiento del copiloto—. Te estás volviendo un poco esquiva, Pocahontas —aseveró, y noté que un hilito de rebeldía me impelía a repudiar aquel apodo, que en algún momento pudo llegar a resultarme divertido—. No consentiste en acompañarme a la exposición de Saúl, ahora te niegas a tomar algo conmigo...

—No es eso, he tenido una noche agotadora.

—Un té calentito te vendrá fenomenal, créeme. —Arrancó el motor, dando por zanjado el asunto. Comprendí que era inútil discutir, de modo que me entregué deliberadamente a la observación de la calle, apoyando la mejilla contra el cristal.

Por las aceras discurrían los noctámbulos, últimos vestigios de una noche que se despedía para no volver.

—A ver si te vas a quedar dormida antes de que lleguemos al bar.

«No podría», habría querido decirle. Cierto que es lo que me habría apetecido más, pero un impulso combativo comenzaba a cabalgarme la sangre. ¿Por qué siempre acababa haciendo lo que los demás querían? ¿Por qué me resultaba tan difícil decir que no, ser asertiva? Y ¿por qué terminaba en todo caso acomodando mi opinión y mis deseos a los ajenos, sin importar a lo que yo tuviera que renunciar?

—Hoy hemos atendido a tu hermano en urgencias —le anuncié, deseosa de infligirle un castigo que intuía eficaz.

Noté que su espalda se envaraba y sus manos se ciñeron al volante como si deseara estrangularlo. Así que había tocado diana.

—¿Nahuel ha visitado tu hospital?

No me pasó por alto la alusión personal. Había tres hermanos más, ¿por qué referirse en concreto a aquel?

—Yo no diría que se tratara de una visita de cortesía. Tu hermano se ha fracturado la muñeca y hemos tenido que inmovilizarle el brazo —le expliqué, esforzándome porque mi voz no revelara emoción alguna.

—¡Pobrecito, Nahuel! —exclamó, aunque la expresión hostil que se había alojado entre sus cejas denotaba todo lo contrario a la compasión—. ¿Le habéis puesto un yeso? Deberías haberle colocado una camisa de fuerza, en cambio. Es un puto loco, el muy cabrón.

Me abstuve de contradecirlo. La imagen de Nahuel montado en su Harley, persiguiéndonos por buena parte de la ciudad, estaba muy fresca en mi

cerebro.

—Seguro que se la ha pegado con la moto. Ya se ha dejado los piños más de una vez. Pero a él le gustan los desafíos: cuanto más difícil sea el reto, mayor será su interés.

La alarma que había escuchado otras veces en mi interior volvió a rugir. Román me miraba directamente a los ojos, y yo me sentía el ciervo en medio de una batida de caza.

—Pues sí, es verdad, se ha caído de la moto. Si no tiene cuidado, se va a meter en problemas. Podría haber sido mucho peor.

—¡Como si se parte la cabeza!

Lo miré horrorizada.

—¡Román, es tu hermano! Creía que os llevabais bien.

—Y nos llevamos bien, Pocahontas —aseveró soltando un bufido—. Es solo que a veces alguien tiene que recordarle que no siempre tiene la razón. Ser el hermano mayor no le otorga todos los derechos, ¿sabes? Debería aprender a respetar. —Dio unos golpecitos en el volante, como si necesitara controlar la conmoción que le había producido la noticia. Tuve la sensación de que tras aquel sencillo argumento se ocultaban razones mucho más poderosas.

—Estoy segura de que solo quiere lo mejor para ti —aventuré.

—¿Y tú qué sabrás? —murmuró con desprecio.

Experimenté una sacudida de rabia.

—Claro, yo no tengo familia. No podría saber mucho de esa clase de relaciones. Pero sí sé que es muy triste estar solo. Deberías valorar lo que tienes.

Esperaba una disculpa, pero se había puesto de mal genio.

Durante los siguientes minutos mantuvo la vista al frente. Parecía concentrado en la carretera, pero en su ceño se amontonaban las arrugas, claro reflejo de la tormenta que se había desatado en su interior.

De repente detuvo el vehículo. Habíamos llegado a casa.

—Pensé que te apetecía tomar algo —dije mosqueada.

—He recordado que tengo algo que hacer.

Agarré mi bolso, y dejé que todo el oxígeno que había contenido en el último rato escapara por mi boca antes de abrir la puerta.

—Nos vemos otro día, Román.

Me agarró por el brazo, y no pude evitar comparar aquel momento con el que unas horas atrás había compartido con su hermano. Esperaba sentir otra vez el cosquilleo, pero este no se produjo. Su mano no dejaba un rastro

indeleble sobre mi piel y el corazón bombeaba a su ritmo, y no con la velocidad que Nahuel le había impuesto al tocarme.

—Te dejas las flores, Pocahontas. ¿Es que no te han gustado?

—No es eso, yo...

Me miró a los ojos y descubrí en los suyos un atisbo de compasión.

—Me he pasado contigo.

—No pasa nada, de todas formas es mejor que me vaya a descansar. Te agradezco que me hayas traído a casa.

—Agradécemelo con un beso.

Negué con la cabeza.

—Ya lo hablamos la última vez, Román. Debemos ser solo amigos.

Ví como su boca se alargaba, forzando una sonrisa que no alcanzaba a sus ojos.

—Está bien. Solo amigos. —Me ofreció la mano, fingiendo que claudicaba, y yo alargué la mía dispuesta a sellar nuestro pacto.

Pero él se la llevó a los labios igual que un galán trasnochado.

—Nos queda mucho camino por recorrer. —Lo miré de hito en hito—. Voy a convencerte, Pocahontas, aunque sea lo último que haga en esta vida.

Me bajé del coche con una incómoda sensación sacudiéndome el cuerpo.

Antes de cruzar la calle me giré. Román se marchaba, pero antes me dedicó un saludo. Me pareció vislumbrar en su mirada un destello de furia. El brillo amenazador de un perro rabioso antes de abalanzarse sobre su presa.

CAPÍTULO 9



Román 1, Nahuel 0. El mensaje de mi hermano no dejaba espacio para la duda. Deseé que el teléfono móvil fuera una de esas bolas de papel que lanzábamos durante las clases cuando éramos niños. De buena gana se lo habría estrellado en la cara, para quitarle ese aire de victoria que debía tener justo en aquel momento.

Sabía lo que aquello significaba, pero no cuánto. Román había logrado un avance en la partida, pero ¿hasta dónde había llegado? Yo le había lanzado el guante y él, gustoso, lo había recogido.

Si conocía bien a mi hermano, y me jactaba de que así era, estaba resuelto a llegar hasta el fondo. Otras veces le había planteado desafíos, como una forma de contribuir a su educación, de obligarlo a madurar. Me divertía ver cómo se esforzaba por superarlos uno a uno, demostrándome que estaba a la altura. Esta vez era distinto, porque experimentaba la sensación de que yo mismo tenía por delante un reto, mucho más complicado y profundo que el de mi joven hermano.

Me pregunté en qué momento habría conseguido quedar con ella y casi me volví loco. Me aventajaba en muchos aspectos: la conocía antes que yo, sabía dónde localizarla a cualquier hora, tenía su número de teléfono y, sin duda, mucha más afinidad. Ambos eran demasiado jóvenes, demasiado ingenuos, y si salían juntos debía ser porque Luna habría sabido descubrir ese dulce encanto que Román desplegaba con toda chica que se cruzaba en su camino. Experimenté una oleada de rabia, ella no debía ser como todas, yo se lo iba a demostrar a mi hermano aunque tuviera que darle una lección que jamás olvidaría.

Anhelé volver a estar sano, disponer de ambos brazos para volar a través de la ciudad a lomos de mi Harley. Pelearme con el viento, dejarle arañar mi rostro con sus helados dedos. Salir airoso de aquella batalla, y celebrarlo en

la colina contemplando una puesta de sol. La lesión era un fastidio, pero a la vez me proporcionaba una excusa inestimable. Esa que necesitaba para marcarme otro tanto.

Era el momento de aparcar las quejas y sacarle provecho a la adversidad. Me vestí, escogiendo un atuendo informal pero elegante. Luego me acerqué a la ducha, abrí el grifo y extendí el brazo para dejar que el agua me calara el yeso. No era una sensación agradable, pero tampoco lo es pisar el lodo con los pies descalzos, y a veces resulta necesario para llegar al otro lado del camino.

Desplazarme en metro le robaba parte del encanto, pero una vez que atravesé las puertas del hospital rumbo a la sala de urgencias olvidé cómo había llegado hasta allí, centrándome en lo que en verdad importaba: localizar a Luna, darme la oportunidad de volver a mirarme en sus ojos. El corazón me latía desordenadamente. Me sentía como un niño que esconde la mano después de una travesura.

—Tiene turno de noche. Pero puede atenderte cualquier otro compañero.

Negué con vehemencia.

—Esperaré.

El tipo me miró igual que si acabara de decirle que la Tierra es plana. Era de estatura media, aunque sus piernas, más bien cortas en proporción al resto, y una clara tendencia a ensanchar de cintura para abajo le conferían el aspecto de un duendecillo. Sus ojos eran pequeños e inteligentes, y tenía la nariz afilada. Llevaba un bigote fino, compuesto por un montoncillo de pelos castaños.

—Son las doce de la mañana. Luna entra a las doce la noche. Son muchas horas, ¿no crees? —Sonrió, mostrando unos dientes blancos y puntiagudos que me obligaron a compararlo con una musaraña. Un animalillo aparentemente sociable, aunque siempre dispuesto a aplicar su mordedura venenosa si las circunstancias lo exigieran.

«Es, exactamente, mediodía», quise responderle a aquel listillo. Pero no me habría importado esperarla toda una semana, con tal de pasar aunque solo fueran cinco minutos con ella. De ahí que tuviera ganas de pedirle al enfermero que se metiera en sus asuntos, aunque refrené la lengua. Armar un alboroto en el centro de trabajo donde Luna tenía su puesto no era la mejor declaración de amor.

—Daré una vuelta. Y volveré más tarde.

—¿Con el yeso empapado?

La expresión desafiante de su rostro invitaba a una réplica. Pero una de las lecciones que mi madre nos ha inculcado es que es mejor un silencio a tiempo que un exabrupto a destiempo. Porque aunque hay quien asegura que las palabras se las lleva el viento, hay rachas capaces de provocar serias incidencias.

—¡Bajo tu responsabilidad! —gritó a mis espaldas, al ver que comenzaba a alejarme por el pasillo.

Me encogí de hombros. Aquel enfermero era de la clase de gente que siempre tiene que decir la última palabra.

Al llegar al vestíbulo me hice el remolón, el tiempo suficiente para asegurarme de que el entrometido regresaba al interior de la sala y se olvidaba de mí. Luego salí a la calle, compré el diario en el quiosco de la esquina y volví al hospital. Me hice un discreto hueco en uno de los sillones, el que daría albergue a mi cuerpo durante las siguientes horas.

Me despertó un murmullo de voces entrecortadas. Abrí un ojo, había anochecido, las luces artificiales brillaban con mayor intensidad y afuera, en la calle, la oscuridad lamía las aceras. El periódico yacía sobre mis rodillas. Muy cerca, vislumbré la silueta de Luna y, junto a ella, la del enfermero «musaraña». Cerré el ojo y procuré no moverme, aunque un estremecimiento me recorría el cuerpo a causa del cambio de temperatura.

—¿Lo conoces? Lleva horas ahí sentado, hasta se ha quedado sopa.

En el silencio que siguió, imaginé que Luna asentía.

—Le ofrecí atención sanitaria, pero por cabeza tiene un melón.

—Yo me hago cargo, no te preocupes —lo tranquilizó Luna; aunque su voz era apenas un susurro, no me costó evocar la dulzura que siempre imprimía a cada palabra.

—Es atractivo, pero tiene pinta de follonero. No te involucres, ¿vale?

—Ssshhh, ¡Antonio! —No pude resistirme a abrir un poquito el ojo. Luna se había llevado ambas manos a las mejillas, como si buscara aplacar el calor que las encendía—. Es el hermano de Román —expuso a modo de explicación. Sentí que me ataban un nudo en las tripas. ¿Hacía falta recordarlo constantemente?

—Ahí lo tienes, todo tuyo. Me voy a atender al señor «Garbanzo», tu paciente. Tiene otra de esas brechas que le deja de regalo su mujer.

—¡Pero no tenemos pruebas de eso!

—¿Quieres más pruebas que esa expresión culpable?

Supuse que la señora aludida debía estar haciéndome compañía en la sala de espera. Pero la prudencia venció a la curiosidad, y mantuve los ojos bien cerrados. Fue una decisión acertada; de otra forma, no hubiera tenido la oportunidad de sentir la mano de Luna sobre mi piel.

—Nahuel —me llamó, deslizando los dedos sobre mi pierna igual que si esta fuese un trozo de cristal. La reacción de mi cuerpo fue instantánea y agradecí estar sentado, porque la evidencia de mi entusiasmo podría haberla asustado.

—¡Por fin, Luna! —exclamé abriendo los ojos. Luna estaba en cuclillas frente a mí. Sus pupilas, oscuras como el chocolate negro, quedaron atrapadas entre las mías. Fue apenas un momento, pero el aire dejó de circular en el pequeño espacio que habitábamos los dos.

—Acompáñame a la sala de curas —propuso mientras se ponía en pie con lentitud.

Me incorporé y la seguí por el pasillo. Me pareció demasiado blanco y demasiado largo. Caminamos en silencio; comprendí que Luna tenía algo que reprocharme, porque adivinaba en su perfil la tensión que le contraía el gesto.

—¿Te parece que está bien mojar te el yeso? —explotó al fin una vez que la puerta de la sala de curas se cerró tras nosotros—. Me parecía haber sido muy clara cuando te expuse los cuidados que debías observar: mover los dedos para ejercitar las articulaciones —me recordó—, no cargar objetos pesados, transportar o empujar con el brazo lesionado. Pero, ante todo, no ensuciar ni mojar la escayola.

Me entraron ganas de abrazarla. Hasta enfadada tenía ese puntito dulce que invitaba a protegerla. No podía explicarle que, dos noches atrás, mientras ella largaba toda esa retahíla de consejos, yo me dedicaba a dibujar corazones en el aire igual que un colegial.

—Así es imposible que te cures.

«Un beso me curaría», clamó mi voz interior. Me di cuenta de que me miraba con asombro y temí por un momento haber expuesto mis intenciones en voz alta.

No había sido así y, mientras me cambiaba la escayola, escuchó el relato de un remojón accidental con la paciencia dibujada en la mirada. No era más que una burda mentira que escondía una verdad inconfesable: la necesidad de encontrar una excusa para volverla a ver.

—No quiero verte más por aquí, Nahuel. —Se me congeló hasta el alma. Dejar en manos del destino o de mi hermano la posibilidad de disfrutar de un

solo segundo cerca de Luna era como pedirle a un recluso que renuncie a su primer permiso—. Debes cuidar ese brazo o vas a tener que cambiar el trabajo de cocinero por uno de futbolista.

—Con el cariño que le has puesto a esta escayola, la muñeca va a quedar mejor que nueva —aseguré intentando cambiar de tema. Noté un leve rubor en sus mejillas, que fue enseguida sustituido por la determinación.

—Cualquiera lo habría hecho igual, e incluso mejor que yo. No hacía falta que esperaras por mí, Nahuel —dijo, obligándose a mantener la mirada fija en las tijeras.

—¿Te he metido en problemas?

—Nada que no se arregle con un favor entre compañeros.

—Pero te debo una —insistí—. Por haberte expuesto, por haber sido mi enfermera en exclusiva.

—No me debes nada. No he hecho más que mi trabajo.

—Me gustaría hacer el mío —expuse, atrapando con la mano que me quedaba sana la suya—. Te invito a mi restaurante.

—Está bien, algún día pasaré por allí.

—Algún día no —opuse—: mañana.

—Pero mañana es lunes —objetó.

—Es un día perfecto.

—Mañana libre.

—¿Lo ves? Todo se confabula para que acudas —aseguré, ocultando mi regocijo tras una expresión de indiferencia—. A las nueve. Te estaré esperando. —Saqué una tarjeta y la puse entre sus dedos. Luego me incliné y dejé caer un beso en su mejilla.

Para cuando atravesé el umbral, por mi pecho transitaba una manada de bisontes. En mi retina me llevaba la expresión confundida de su rostro, en el que comenzaba a vislumbrarse la respuesta a todas mis preguntas.

CAPÍTULO 10



—La alta cocina es muy competitiva. Requiere de constante innovación.

—Es la presión con la que han de convivir los grandes chefs —apuntó Naim, desde la cocina.

Sonreí, apenas acababa de conocerlo, pero ya me caía simpático.

—No sabía que eras tan importante —le susurré a Nahuel. Todavía tenía que hacer un esfuerzo titánico para mantener la conversación, mirarlo a los ojos y conseguir que la comida pasase más allá de la garganta, todo a un mismo tiempo.

—¡Y no lo soy!

—Lo que pasa es que es un chico modesto —volvió a intervenir Naim, haciendo gala de un oído que ya quisiera para sí un director de orquesta—. Pero tres estrellas Michelin no las dan por freír huevos.

—¿Tres estrellas? ¡Debes ser un cocinero famoso! —Sentí que me encogía en la silla, apuntalada por esa sonrisa torcida, casi cínica, que Nahuel acostumbraba a regalar cada vez que recibía un halago o una crítica, indistintamente.

—Tenemos una cocina profesional, lo que requiere de aplicación y un enorme esfuerzo.

—¡Y madera de sufridor! —gritó Naim.

—Pero lo más importante —agregó Nahuel—, es contar con un buen equipo de trabajo. Gente fiel e incondicional, dispuesta a dejarse la piel haciendo lo que más les gusta. Llegar es difícil, pero aún más complicado es mantenerse en la cima. Hay que sostener unos estándares de calidad.

—Hay cocineros que no lo resisten y prefieren renunciar a sus estrellas antes que entregar el pellejo. Pero nuestro Nahuel no es de esos, él está hecho de una pasta especial —aseguró Naim, quien venía cargando otro de esos manjares con los que me venían obsequiando desde mi llegada. Me sentía la

protagonista de un cuento de hadas. Los lunes era el día de descanso en el restaurante, pero lo habían abierto exclusivamente para recibirme.

—Es que no quiero perder la ilusión, y tampoco estoy dispuesto a que el trabajo afecte a mi estado de salud. Hay cosas más importantes, ¿no crees? — preguntó mirándome directamente a los ojos. Había en los suyos una intención que hizo que se me acelerara el pulso. No tenía una respuesta para eso. Al menos no una que no me comprometiese a ahondar en cuestiones personales.

—Parecéis un par de tortolitos. —Nahuel le lanzó a su amigo una mirada de advertencia al notar que yo me ruborizaba—. Bueno, yo ya he terminado mi tarea. Solo tenéis que servirlos. Será mejor que os deje solos —concluyó, y comenzó a desatarse el delantal.

Me pareció que era yo la que me desnudaba, al tomar constancia de que estábamos a punto de quedarnos completamente solos en su restaurante, Nahuel y yo. Me sentía como una mosca atrapada en la tela de una araña. Y me asustaba constatar que deseaba que Nahuel estrechara el cerco antes que tener la oportunidad de escapar de sus redes.

—No seas dura con él, *ma petite*. Si lo encuentras un poco gruñón es porque, sin poder meter las manos en la cocina, Nahu se vuelve tan fiero como un león enjaulado. —Agarró su chaqueta, que colgaba de un taburete cerca de la barra, y se dirigió hacia la puerta—. Quizás si encontrara otro manjar donde meter las manos...

—¡Desaparece, pedazo de cabrón! —La servilleta que le lanzó Nahuel chocó contra el cristal, tras el que pudimos escuchar la risa amortiguada de Naim.

—No se lo tengas en cuenta —solicitó Nahuel, escondiendo tras una mueca las ganas de reír—. Es un romántico frustrado, tiende a fantasear y a buscar historias donde no las hay.

Casi sentí decepción ante el comentario. ¿Había esperado acaso que aquello se convirtiera en una velada de novela, con rosas y champán y un baile abrazados bajo la luz de la luna?

—Y ahora háblame de ti. ¿También eres una apasionada de tu trabajo? ¿Por qué decidiste ser enfermera?

—Siempre me ha gustado ayudar a la gente —reconocí, aliviada al disfrutar de la posibilidad de centrarme en lo que se adivinaba una conversación cordial y neutra—. Poder hacer algo para mejorar la calidad de vida de los demás me llena. Supongo que esa es la razón por la que estudié enfermería.

—¿Sabías que el San Carlos es el hospital con más brillo del mundo?

—¿Lo has leído en algún artículo de prensa o algo así? —pregunté curiosa, porque en todo el tiempo que llevaba trabajando allí jamás había escuchado que ese fuera uno de sus rasgos distintivos.

Sonrió, y ante mí se abrió un mundo de posibilidades.

—Brilla porque tiene a la estrella más luminosa —anunció, señalándome con la barbilla. Sentí que toda la sangre de mi cuerpo se me acumulaba en las mejillas. Ahora que comenzaba a disfrutar de una charla relajada, Nahuel le daba un giro inesperado e inquietante.

—Ya no tengo más apetito. —La voz salió entrecortada, a mi pesar.

—¿Y te vas a perder los famosos postres del gastrobar?

Nahuel no esperó una respuesta, se incorporó y caminó hasta la cocina, de donde salió con un plato de postre. Tenía forma de corazón y estaba rebosante de delicias azucaradas.

—Una cuchara para ti, otra para mí. —Agitó el utensilio frente a mis ojos, porque me había quedado prácticamente hipnotizada—. ¿No te animas?

—No soy especialmente golosa.

Abrió la boca y los ojos de modo exagerado.

—¡Pero eso es pecado! Ya sabía yo que tenías que tener algún defecto. Al margen de esas trenzas... —Compuse una mueca de contrariedad—. No es que no me gusten, todo lo contrario. Pero intuyo que bajo ese peinado hay una preciosa melena que te obstinas en ocultar.

Me puso el plato delante. Luego arrastró su silla para colocarse junto a mí.

—Trabajo en equipo, es la clave del éxito, ¿recuerdas?

Asentí con tanto ímpetu que mis trenzas chocaron contra los hombros de Nahuel. Cobré una torturante conciencia de la calidez y la proximidad de su cuerpo. ¿En serio pensaba que iba a poder alargar la cuchara hasta el plato, cortar un trozo de lo que fuera y llevarlo luego hasta mi boca, con sus ojos recorriéndome el rostro igual que unos rayos X?

—Prueba —ordenó, haciendo el trabajo por mí. Adelanté el mentón tímidamente. Nunca un bocado resultó tan trabajoso y a la vez tan sugerente.

—No soy muy chocolatera, pero está muy rico.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre?

Me puse colorada hasta las orejas, Nahuel me observaba con atención. Tan cerca que notaba su aliento golpeándome la piel. De haber sido capaz de sostenerle la mirada, podría haber navegado en sus ojos marinos.

Nos quedamos en silencio. Me temblaba hasta el alma. Por fin estalló en una carcajada. Tenía una risa alegre, franca. Su mano cayó sobre la mía y sentí que me quemaba al golpearme con sus dedos.

—Solo era una broma, Luna. —Me obligué a sonreír. Necesitaba demostrarle que no me afectaba constatar que una luz especial prendía en sus ojos cada vez que se mostraba contento—. Tenemos una carta con una gran variedad de platos. No pretendo que todos y cada uno gusten a nuestros clientes.

—¡Pero si me ha encantado todo, de verdad! —lo contradije.

—Eres tan dulce..., un verdadero encanto, Luna. —Su voz se había transformado en un susurro. Me estremecí, no olvidaba que su mano permanecía aún sobre la mía. Tenía, de hecho, la sensación de que ambas ardían, a punto de entrar en combustión.

Tragué saliva e intenté recuperar el control de mis emociones. Por suerte tuve la oportuna colaboración de mi teléfono móvil, que sonaba con feroz insistencia. Aproveché para apartar la mano y rebusqué en el bolso.

—Es tu hermano. —Eché la cabeza hacia atrás igual que si hubiera recibido una bofetada.

—Atiéndelo —sugirió, en un tono que desprendía tintes de hielo.

—Ya lo llamaré después. —Hubiera preferido mantener a Román fuera de aquella burbuja que habíamos creado en torno a nosotros, pero el timbre del teléfono persistía en atravesarla con una lanza de realidad.

Contemplé, desesperada, como Nahuel echaba la silla hacia atrás y se apartaba. Uno de esos extraños cambios de humor a los que apenas había comenzado a acostumbrarme hacía acto de presencia. Su expresión se había vuelto sombría, y experimenté una sensación ignota, mitad frío, mitad miedo.

—Será mejor que te acompañe a casa —propuso, dirigiéndome una mirada apagada, inexpresiva.

El teléfono había dejado de sonar, pero aquella melodía me persiguió hasta la mañana siguiente.

CAPÍTULO 11



Por las mañanas, el apartamento era un remanso de paz. No obstante, aquella, a Luna la despertó el ruido del exprimidor al mezclarse con el tamborileo de su propio corazón. Había soñado con un gigantesco dragón de ojos de mar de cuyas fauces había logrado escapar lanzándose al fondo de un precipicio.

Al poner los pies sobre la alfombra notó que le temblaban las piernas. ¡Todo había sido tan real y aterrador! Hasta el rugido de la fiera, reproducido con exactitud por el motor del electrodoméstico, se le antojaba una dolorosa metáfora de lo ocurrido durante los últimos días.

Apenas tuvo ocasión de estudiar por qué un pellizco le encogía el estómago cada vez que recordaba la forma en que Nahuel la miraba. Como si ella fuese lo que más necesitara en la vida. Como si alrededor no hubiera un mundo entero girando, con sus tragedias y comedias. Porque al irrumpir en la cocina la recibió la sonrisa más alentadora, justo la que necesitaba en aquel momento.

—Buenos días, dormilona. Estoy haciendo zumo, ¿te apetece? —Gilda sostenía una media naranja y Luna no pudo evitar pensar en el tópico de buscar a la otra media para conseguir una naranja entera. ¿Es que uno no podía estar entero sin necesidad de añadir mitades a su vida?

—Te lo agradezco, pero tengo el estómago cerrado.

—Se te nota en la carita. ¿Tienes problemas?

—Estoy cansada, eso es todo —le aseguró, resuelta a zanjar el asunto. Luna no era dada a contar detalles de su vida íntima. Se había criado sola, y aunque consideraba a Gilda y a su hermana Beca dos buenas amigas, no se sentía cómoda trasladándoles sus inquietudes—. Y tú —contraatacó, deseosa de desviar la atención hacia un nuevo objetivo, menos comprometedor—, ¿no deberías estar ya en tu oficina?

—¿En ese agujero cutre y maloliente? —negó con energía—. Me he despedido.

A Luna se le abrió la boca, pero como tampoco era del tipo de persona que emite juicios de valor, se abstuvo de comentar que a Gilda los trabajos le duraban tanto como un trozo de pan en una jaula de gorriones.

—¿Piensas volver al pueblo?

—¿Me ves cara de recluirme en ese nido de paletos retrógrados? —Compuso una mueca horrible, logrando arrancar a Luna una primera sonrisa.

—No la tienes, no —reconoció.

—Mira —apuntó hacia la página del diario que tenía abierto sobre la encimera de la cocina—. He señalado unos cuantos, los que parecen más interesantes.

Luna echó un vistazo: contable por horas, recepcionista para jornada completa, administrativo de atención al cliente, vendedora, ayudante de pastelería...

—¿Ayudante de pastelería?! —Gilda se atrevía con todo, de eso había dado constantes muestras, pero...—: ¡Si eres celíaca!

Agitó su oscura melena, haciendo que una cascada de rizos bailara alrededor de su rostro.

—No voy a comerme los dulces, solo a elaborarlos —aseveró con una sonrisa burlona.

Otra vez la dejaba sin argumentos, pensó Luna. Le fascinaba la personalidad de su compañera de piso: tan expeditiva, tan resuelta. ¡Si al menos ella fuera la mitad de firme que Gilda! Las cosas le irían mucho mejor. Pero aquello era pretender convertir un patito feo en un cisne. Y esos milagros solo ocurren en los cuentos.

El timbre de la puerta las cogió por sorpresa.

—¿Esperas a alguien?

—No. —Luna no acostumbraba a recibir visitas. Siendo, como era, forastera, los pocos amigos que tenía trabajaban con ella en el hospital.

—¿No será ese chico? —A Luna le dio un vuelco el corazón. Por un momento imaginó a Nahuel al otro lado de la puerta, con alguna bonita excusa y esa mirada capaz de traspasar una barrera de hielo—. Te ha estado enviando mensajes toda la noche. En su perfil de WhatsApp parece mono...

—¡Gilda! ¿Has estado curioseando mi móvil?

—¡Pues claro! Ese pelma no me dejaba dormir y tú roncabas como una bendita... Alguien tenía que contestarle para que se quedara tranquilo de una

maldita vez.

Luna se abalanzó sobre el bolso, localizó el teléfono, abrió la aplicación y echó un vistazo a la conversación. Con tal batería de promesas, no le extrañaba que Román se hubiera dado prisa por dejarse caer por allí.

—¡Estás como un cencerro! ¿Le has pedido que viniera a verme?

El timbre volvió a sonar, esta vez con más insistencia.

—Agradécemelo, pedazo de sosa. Por eso no te comes una rosca. Eres lenta.

—¿Cariño? ¿Querido? ¿Muero por verte? —exclamó leyendo la pantalla del móvil.

—¡Pensé que te gustaba! Tú nunca te habrías atrevido, así que... ¿No vas a abrir la puerta?

—Tú lo has invitado, ¿no? —Pocas veces se mostraba tan enfadada Luna. Corrió hasta su dormitorio y se coló dentro, dando un portazo.

—¿Y esta de qué va? —protestó Gilda mientras dirigía sus pasos hacia el vestíbulo.

Entretanto, Luna se recogía el pelo y se colocaba una de sus túnicas. Sabía que a Román le resultaba chocante aquella forma de vestir, al estilo de los indios nativos norteamericanos. «Parece que vas disfrazada», le había reprochado en alguna ocasión. Y aquella mañana se sentía especialmente combativa. Experimentaba la necesidad de espantarlo, de obligarlo a desear mantenerse lejos de ella.

Al asomarse, descubrió a Román en el umbral, charlando animadamente con Gilda, a quien dirigía miradas apreciativas. Su enojo fue en aumento: ¿es que no era capaz de confraternizar con los miembros del sexo opuesto? ¿Tenía por fuerza que desplegar esas dotes de seductor de las que solía hacer gala?

—Ya veo que os habéis presentado —gruñó.

—Gilda ha sido muy amable —sonrió abiertamente, y a Luna le pareció que sus ojos se demoraban más tiempo del preciso en su compañera de piso.

—¿No tenías una entrevista a la que acudir? —Tanto Gilda como Román la observaron divertidos. Resultaba extraño ver a Luna con esa actitud rebelde. Tenía las mejillas arreboladas, y Román se preguntó si estaría celosa.

—Sí, debería irme a hacer la ronda. En esa pastelería aún no lo saben, pero yo soy todo lo que necesitan. Mejor no me retraso. Román..., ha sido un placer.

—¿Por qué estás tan segura de que te cogerán? —se interesó él.

Gilda le dirigió una mueca autocomplaciente.

—Me encantaría quedarme y discutirlo contigo, chico. Pero ando con la hora pegada al culo. Solo te diré algo: si tuvieras oportunidad de conocerme, sabrías que siempre consigo lo que me propongo.

Se había establecido una extraña corriente entre aquellos dos mientras se medían con las miradas. Luna tuvo la impresión de que tonteaban. ¿De verdad era posible, en sus mismísimos morros?

Carraspeó. Aunque lo que más habría deseado era que Román dirigiera su atención hacia otro objetivo, un rescaldo de dignidad la impelía a poner fin a aquel interludio amoroso entre su ligue y la que hasta aquella mañana había considerado su amiga. Asistió estupefacta al guiño coqueto de Román.

—Suerte con esa entrevista, Superwoman. —A Luna no le pasó desapercibido el detalle de que Román le hubiera adjudicado un apodo.

—Aunque no la necesito, gracias. —Gilda aceptó la mano que Román le tendía—. Ya lo sabes, amigo de Luna: esta es tu casa. —Luna le clavó una mirada mezcla de incredulidad y furia. Pero su amiga la ignoró, sonriendo socarrona antes de cerrar la puerta.

—¡Por fin solos, Pocahontas! —A la enfermera le pareció el colmo del descaro, cuando tenía la impresión de haber sido el convidado de piedra en un episodio romántico, aunque se abstuvo de comentarlo. Lo único que deseaba era terminar cuanto antes con la visita y encerrarse en sus pensamientos. Había mucho que diseccionar.

—Perdona que te haya hecho desplazarte hasta aquí, Román, pero la verdad es que no me siento bien.

La contrariedad se reflejó en el rostro del chico.

—¿Acabo de llegar y ya me estás echando?

—No te lo tomes a mal. Podemos vernos cualquier otro día.

—¿En plan de amigos, o vas a llamarme otra vez *cariño*?

—En otro momento te lo explico. De verdad que no me encuentro bien.

—No mentía, tenía sentimientos contradictorios agitándole el pecho.

Román escrutó su rostro y Luna descubrió que había decepción en su mirada.

—Al final, eres como todas las mujeres: hoy te quiero, mañana no.

—Lo siento, Román. Podemos vernos, por ejemplo, el sábado —propuso, como si acabase de ocurrírsele—. ¿Te parece bien que te acompañe a esa fiesta familiar que celebráis?

Él la observó con recelo.

—¿Y a ti, quién te ha invitado?

—Houda me ha invitado. —Era una verdad a medias, pero al menos no era una mentira.

Román se quedó pensativo, valorando si sería una buena idea dejarse acompañar por Luna. Por fin resolvió que asestarle un nuevo golpe a la vanidad de su hermano pesaba mucho más en la balanza que la necesidad de demostrarle a Luna que podía reemplazarla por cualquier otra chica en el momento en que se lo propusiera.

—Pasaré por ti a las nueve —anunció. Ya habría tiempo de ajustar cuentas y cobrarse el desaire que Pocahontas le había hecho aquella mañana.

CAPÍTULO 12



En mi vida había estado tan nervioso. Ni siquiera la tarde en la que irrumpió en el restaurante el inspector de Michelin. La expectación hacía estragos en la boca de mi estómago. Me sentía igual que un niño ante la posibilidad de concretar un primer beso.

Atravesé el patio de la casa de mi madre. Al fondo distinguí a Pedro, mi hermano mayor, quien se había instalado, como siempre, junto a la barbacoa. Houda pasó junto a él, le alargó una cerveza, que Pedro agarró con una mano, y con la otra rodeó a su novia por la cintura envolviéndola en un cariñoso abrazo. Houda murmuró una protesta, aunque dejó que mi hermano le robara un beso. Nunca había anhelado una vida en pareja: soy independiente y poco proclive a compartir mi intimidad; no obstante, en los últimos días no podía dejar de añadir a mi lista mental cierto número de cosas que de repente parecían más estimulantes en compañía.

Saludé a la parejita y seguí hasta la cocina. Mi madre parecía resuelta a cubrir una media maratón entre loseta y loseta. Iba de aquí para allá, dando cabezadas y discutiendo con alguien al otro lado de su teléfono móvil. Cuando me descubrió, cortó la llamada y dejó escapar un hondo suspiro.

—¡Hola, hijo! —saludó con un entusiasmo que no se reflejaba en sus ojos.

—¿Dónde está la mami más bella? —La llevé en volandas por media cocina, logrando arrancarle una carcajada.

—Señorita psicóloga —interpeló a mi hermana, que acababa de asomar la nariz por la puerta—. Yo sé cómo tratar a mi Charlie. Y te aseguro que hablar con él no es la manera. Así que no me lo vuelvas a pasar al teléfono —le advirtió—. Mientras no comprenda que necesita ayuda, no pienso escucharlo.

—Está enfermo, mamá —alegó Carolina.

—¡Pues que se deje ver por profesionales! Estoy cansada de ser la fuerte en la relación. De tirar del carro. Yo también necesito que me cuiden, ¿sabes?

Se había puesto triste; por suerte, de la nada emergió mi hermano Raúl, quien, solícito, como de costumbre, la envolvió en un abrazo protector.

—La historia de siempre —arguyó mi hermana, tras arrastrarme hasta el pasillo. Charlie había perdido una gran suma de dinero en el casino y mamá había abandonado el piso que compartían para regresar a la casa familiar—. La verdad, me agotan los problemas de mamá. Estoy hasta el moño de prestarle mis orejas. ¡Tengo mis propios problemas!

Aquella confesión me descolocó. Carolina solía mostrarse despreocupada, alegre. Pero ahora que reparaba en su expresión, la notaba contrariada.

—Tenemos jefe nuevo en la oficina —expuso, a modo de explicación—. Y es una pesadilla.

—Todos los jefes son una pesadilla.

—Tú no conoces al mío —contraatacó—. Además, tu criterio no me sirve, porque tú eres tu propio jefe.

—Pero tengo que aguantar a un socio tan cabroncete como encantador, que también tiene lo suyo.

Saúl, que venía a sumársenos, se quedó paralizado ante la mención de Naim. Saúl es el mellizo de Raúl, pero se parecen tanto como un huevo a una castaña.

—¿Y tú? ¿Cuándo te vas a dignar a venir al gastrobar?

Me dirigió una mueca inexpresiva.

—Ya veremos.

—Te hemos invitado mogollón de veces. Si no le pones remedio, la próxima vez que coordines una exposición te vamos a dejar solito —lo amenacé.

Se escabulló hacia la salita, sin replicar. Seguro que decidido a meter la cabeza entre los libros de las estanterías.

—¿Y el peque, no ha hecho su entrada triunfal?

—No creo, porque ya sabes cómo le gusta llegar el último para acaparar su momento de gloria —resumió mi hermana.

Estaba a punto de preguntarle qué impresión le había causado su última conquista, cuando nos interrumpió Houda.

—¿No vais a salir a darle la bienvenida a la chica de Román, como la familia acogedora y educada que somos? —inquirió con ese acento tan

característico de su tierra.

Prácticamente salté al exterior. Albergaba, por un lado, la esperanza de que «la chica de Román» fuese una nueva amiga; que, como venía siendo la tónica, se hubiese ya cansado de Luna para sustituirla por otra que, a su vez, duraría el tiempo indispensable para dejarle paso a la siguiente. Y, por el otro, la ilusión de que fuese ella quien llegara colgada de su brazo. Porque si aquel era el único camino para profundizar en el secreto de sus ojos, bendita fuera la terquedad de mi hermano menor.

—La fauna de la casa me recibe con más entusiasmo que mi propia familia —se estaba quejando Román, a voz en grito—. ¿Dónde cojones os habéis metido todos?

Lo encontré en medio del patio, rodeado de perros. Los pequeños saltaban sobre él mientras que Romualdo y Clarimonda, los galgos recién adoptados de Pedro y Houda, se limitaban a olisquearlo participando, tímidos todavía, de aquella fiesta de mimos.

En un discreto segundo plano localicé a Luna. Pequeña y delgada, casi insignificante, hubiera pasado desapercibida a los ojos de cualquiera, excepto a los míos. Porque para mí deslumbraba, como la luz de una estrella en la mañana. Docenas de veces la había imaginado con la melena al viento. Una fantasía que tampoco esa noche se haría realidad: sus sempiternas trenzas, rasgo distintivo de su personalidad, volvían a enmarcarle el rostro dibujando una corona de pelo negro que contrastaba con la palidez de su piel. Llevaba cintas entrelazadas en el cabello, cintas de un rojo tan intenso como el color de sus labios. Me pareció que le otorgaban un punto de distinción extraño, en comparación con el resto de su atuendo. Otra túnica, esta vez en tonos caramelo, disimulaba el contorno de su cuerpo.

—Señora Estela —anunció en un susurro, mientras le tendía a mi madre una botella de vino perfectamente adornada con un lazo de extraordinarias dimensiones—. Esta vez he traído algo, para agradecer la invitación.

—Como la fiesta es en mi honor —me adelanté, agarrando de sus temblorosas manos la botella que ofrecía—, voy a arrogarme la prerrogativa de abrirla y servirme la primera copa.

Román se interpuso y le pasó un brazo posesivo a Luna por encima del hombro.

—Antes de tomar la copa entera, ¿no deberías catar el vino? —Me dirigió una mirada significativa—. A lo mejor no te gusta.

—Es imposible que eso suceda. —Le sostuve la mirada, y durante unos segundos nos estuvimos midiendo.

Houda asistía a aquel intercambio con interés mal disimulado.

—No te quedes ahí, Luna —la invitó—. Ya te lo advertí en la última reunión: si les sigues el rollo a esta panda de prehistóricos, jamás conocerás el auténtico significado de lo que es disfrutar de la familia.

Las vi adentrarse en la casa con un pellizco apretándome el abdomen.

—¿Les has dicho tú que se llama Luna? —Había en los ojos de Román un brillo inequívoco: el del guerrero antes de pasar al ataque.

—¡Que me registren! —exclamé, elevando las manos—. Así que tu estrategia es integrarla en el clan —concluí—. ¿Todavía no te has cansado de ella?

—¿Y perder la oportunidad de ganarte la partida?

—Estás muy seguro de tu éxito, pero apenas acaba de sonar el pistoletazo de salida. —Compuso una expresión satisfecha, y un instinto animal me royó las entrañas—. ¿Estáis oficialmente saliendo? —Era una forma de saber hasta dónde habían establecido compromiso.

—Puedo asegurarte que la tengo bien pillada, si es lo que quieres saber.

Sentí que mi corazón caía en picado hasta el suelo.

—¿Estáis juntos o no? —exigí saber.

Se tomó su tiempo antes de contestar.

—No hurgues, Nahuel. Estás jugando con fuego. Te vas a quemar los dedos si sigues insistiendo.

Comenzó a girarse, pero lo retuve.

—¿No crees que deberíamos poner unas normas?

—¿Y dejar a un lado eso de que «en el amor y en la guerra, todo vale»?

—Yo también tengo mis armas —esgrimí.

—Sí, un par de juegos de cartas, la consabida exhibición de malabares... A ver cómo te apañas hoy —señaló hacia mi brazo y estalló en una carcajada. Tuve ganas de abofetearlo y aquel sentimiento me asustó. Era mi hermano pequeño, siempre lo había protegido, ¡lo adoraba! Pero en lo que se refería a Luna, me resultaba fácil olvidar cualquier vínculo entre nosotros. Éramos solo dos hombres peleando por la misma mujer.

Me habría gustado jactarme de mis avances durante la cena en el gastrobar. Contarle que tenía unos cuantos ases en la manga para llevármela de calle. Pero un buen estratega no adelanta sus intenciones.

En vez de eso, decidí buscar el modo de acercarme a Luna. Así que pasé al interior, consciente de que necesitaría sacar la artillería pesada para adelantar ficha en el tablero.

La encontré acomodada en el sofá de la salita, entre Carolina y Houda. Me dirigió una tímida sonrisa y yo experimenté una horrible necesidad de protegerla, incluso de mí mismo.

—¿Quieres sentarte con nosotras, campeón? —Había en la propuesta de Houda una intención que apenas alcanzaba a adivinar. Dio unas palmaditas en el sofá, justo a su lado, en el rincón que quedaba libre.

—Gracias.

—¡Qué educado! —Carolina compuso una mueca de extrañeza, que se borró de su rostro en cuanto cruzamos las miradas—. Le estábamos haciendo el tercer grado a Luna.

La aludida se ruborizó de una forma deliciosa y sus ojos brillaron como haces del satélite que le daba nombre. Por un instante me faltó el aliento y fui consciente de que cada momento que pasaba a su lado, Luna se llevaba un pedacito de mí.

Pensaba aprovechar para indagar un poco más en su vida cuando irrumpió Román. Traía un par de cervezas que goteaban. Se detuvo en la puerta, mirándonos con recelo.

—Iba a esperar hasta más tarde, Pocahontas. Pero creo que el momento ha llegado. —Se acercó y dejó caer ruidosamente los dos vasos en la mesa—. Acompáñame hasta el coche. Tengo un regalo.

Luna se puso en pie con lentitud. Contemplé con rabia cómo salía de la habitación, conducida por Román.

—¡Vaya! Atento y detallista. Román parece otro. —La afirmación de Houda se me clavó igual que un puñal de traición en el fondo del alma.

—Es por la chica. Resulta encantadora. Realmente vale la pena —añadió Carolina—. Me encantaría que el peque sentara la cabeza.

No me quedé a escuchar cómo proyectaban el romance. Salí hacia la cocina, dispuesto a empaparme el cuerpo con un número suficiente de cervezas como para tumbar a un elefante.

CAPÍTULO 13



Seguí a Román hasta el coche y esperé mientras abría el maletero y sacaba una caja. No estoy acostumbrada a recibir regalos y aquella nueva emoción se mezclaba con las que llevaba conteniendo durante la última hora.

—Ábrela —me instó. La expectación se reflejaba en su cara.

La tomé de sus manos. Era bastante grande, y pesaba. Recordé las veces en que mi abuela me traía cajas de cartón llenas de viejos libros que a mí se me antojaban tesoros, y deseé que aquella pudiera trasladarme hasta la magia de esos días. Sobre mis manos sentí el calor de algo que se movía y un golpe sobre la tapa me asustó.

—¡Venga! —me apuró Román. Miré alrededor, como si necesitara que alguien más viniera a confirmarme que levantar la tapa era justamente lo que se esperaba de mí en aquel momento. Pero nos habíamos quedado solos afuera—. Significa mucho para mí —me confesó—. No suelo compartir esta clase de cosas con nadie.

Traté de apartar la sensación asfixiante que se había apoderado de mi ánimo. Román depositaba en mí cierto grado de responsabilidad, al hacerme partícipe de una parte de su intimidad que le pertenecía en exclusiva. Pero ¿quería yo aceptar lo que tuviera que ofrecerme? Y, sobre todo, ¿qué consecuencias acarrearía para los dos un acto de generosidad de tal calibre?

Apoyé la caja encima del capó y la abrí.

—Pero ¿esto qué es? —grité, dando un salto hacia atrás.

—¡No grites, la vas a asustar! —Román se lanzó hacia la caja y sacó una serpiente de aproximadamente metro y medio de largo. Era de color amarillento y tenía triángulos anaranjados con los bordes perfilados en negro.

—¿Que yo la voy a asustar?

—Ven aquí, pequeña. Eres una belleza —aseguró, mientras la enroscaba alrededor de su cuello—. Es una serpiente de maíz. Inofensiva. La he

comprado para ti, pero volverá conmigo a casa, en vista de que tú no sabes valorar un regalo.

—Yo no te he pedido nada —lo desafié, elevando el mentón, porque me sublevaba el hecho de que se mostrara ofendido. Para entonces mi alarido había atraído a algunos miembros de la familia, que habían llegado, curiosos, hasta donde nos encontrábamos.

—¿Le has traído de regalo una serpiente? —preguntó Raúl, y acto seguido estalló en una sonora carcajada. Los demás se contagiaron de su hilaridad, aunque yo era incapaz de reír. Me sentía ridícula.

—A mí me parece un detalle muy romántico —aseguró Estela.

—Hubieran bastado unas flores —arguyó Carolina.

Saúl se limitó a emitir un chasquido, mientras que Pedro empezaba a tararear una cancioncilla que hablaba de una serpiente «de tierra caliente que cuando se ríe se le ven los dientes».

Busqué a Nahuel y lo descubrí unos pasos atrás. En su mirada no se adivinaba emoción alguna. No sé por qué motivo, ante mis ojos se me apareció como el carroñero que espera su porción de carne. Un oportunista capaz de sacar ventaja de cualquier situación. De repente no me sentía a gusto allí, en medio de aquella extraña familia. Yo no formaba parte de su núcleo, me dije, ni lo formaría nunca.

—Tienes que devolverla —exigí, armándome de valor—. Debe regresar a su hábitat.

Todos intercambiaron miradas socarronas, y después fijaron la vista en mí con condescendencia.

—No voy a hacer eso, Pocahontas.

Houda se me acercó y tomó una de mis manos entre las suyas.

—Román no te ha hablado de su afición, ¿verdad? —La miré de hito en hito—. Colecciona animales exóticos.

—Su casa es un zoológico —apuntó Raúl, quien se llevó un codazo de Estela.

—¿Convives con serpientes y esa clase de bichos?

Román compuso una mueca de hastío.

—Son animales, no bichos. No le hagas caso, bonita. —Acarició la piel de la serpiente que se revolvió entre sus manos. La imaginé tragándose un ratón y sentí náuseas.

—Pero comen otros animales. ¡Animales vivos!

—Te repugna, ¿eh? Pues a mí me dan asco las personas —escupió Román.

Aquello era una declaración de intenciones e hizo que me sintiera igual que un soldado en campo enemigo. Se hizo un incómodo silencio.

—Voy a ver cómo va la carne —anunció Estela, con voz cantarina, y acto seguido se dirigió hacia la casa, escoltada por los mellizos.

—Las chicas podemos servirnos un piscochicha —propuso Carolina—. Nos lo hemos ganado.

—¿Por qué? —discutió Pedro.

—¡Por aguantaros! —bromeó Houda. Entrelazó su brazo con el mío—. ¡Vamos! Nos sentará de maravilla un vinito.

—Creo que prefiero irme —dije zafándome—. He perdido el apetito.

Nahuel se puso a mi lado y enfrentó a Román.

—¿No vas a decir nada?

—Que me parece bien. Te llevo a casa —lo dijo sin mirarme, después de besar la cabeza del reptil.

Sentí que la rabia me atenazaba. Invitarme a acompañarlo, para después despedirme con cajas destempladas.

—¿Pretendes que suba a tu coche con ese... animal? Antes volvería a pie.

—Lo tuyo es de traca, chaval —le reconvino Nahuel—. Yo te llevo.

—¡No! —estalló Román, y en su rostro se instaló el ardor de una furia intensa—. Voy a dejar a Sally en casa y volveré a por ti. Espérame —ordenó, apuntándome con un dedo—. Yo te he traído, yo te llevo.

—Como tú digas —respondí. Notaba como la indignación había prendido color en mis mejillas. Me di la vuelta, deseosa de esconder la evidencia de que el desplante de Román me había afectado.

—Tienes mucho que aprender, hermanito —escuché que le decía Nahuel a mis espaldas.

Luego avancé unos pasos, sintiendo el rugido del motor del coche que arrancaba, y terminé corriendo hasta la cocina. Dentro, Estela gimoteaba.

—Cuando Charlie decida afrontar su problema —estaba anunciando, con tono trágico—, organizaremos algo grande. —Había un par de loros sobrevolando las ollas, y un gato se encaramó de un salto a uno de los taburetes, decidido a meter la pata en alguno de los cuencos que estaban dispuestos sobre la mesa, tal vez en todos. Al parecer, aquella gente vivía en

medio de una particular selva. No soy enemiga de los animales, pero entiendo que respetar el hábitat natural de cada especie facilita la convivencia.

Así que pasé de largo y salí al patio de atrás. Había un pequeño jardín, cubierto de plantas y flores que habían sido cuidadosamente distribuidas en hileras. Unos pajarillos emprendieron el vuelo al verme llegar. Al fondo, un poco escondido tras la vegetación, encontré un banco de piedra.

Me senté, porque necesitaba recuperar el ritmo natural de mi respiración, y cerré los ojos. Román había sacado lo peor de mí, me había puesto en evidencia frente a su familia. Por su culpa debían estar odiándome. ¿Cómo se le ocurría presentarse con una serpiente y pretender que se lo agradeciera? Si se trataba de una broma, había llegado demasiado lejos. No volvería a verlo jamás, aunque ello supusiese renunciar a aquellas divertidas reuniones familiares, y a esa sensación vertiginosa que experimentaba cada vez que Nahuel estaba cerca. Si me permitía ser honesta conmigo misma, ese hombre me atraía más de lo que era sensato reconocer. Era un sentimiento nuevo y me aturdí. Me sentía indefensa ante aquellos dos faroles azules que me escrutaban sin pudor, con afán de llegar hasta el fondo de mi alma.

Unos pasos me obligaron a abrir los ojos, y me encontré frente a los de Nahuel, que me observaban. Como si al pensar en él lo hubiese atraído, allí estaba, en cuclillas. En su rostro podía leerse la preocupación. Me tendió la mano, pero yo la rechacé con vehemencia.

—Sé que estás enfadada y tienes toda la razón —me disculpó—. Román es un bruto. Pero es que a veces se comporta de un modo inmaduro. Supongo que es demasiado joven.

—Yo también lo soy, pero pienso antes de actuar.

Apretó los labios y me miró con curiosidad.

—Eso es porque, aunque tengáis la misma edad, el hecho de trabajar y tener una responsabilidad te convierte en adulta.

Ladeó la cabeza, y yo le devolví un amago de sonrisa.

—Cuando se trata de sus cosas, se ofusca.

—¿Eso es lo que vas a hacer, justificarlo?

—Solo quiero que te sientas cómoda. No quiero que te vayas, Luna. Es verdad que te conocemos desde hace muy poco, pero todos te hemos cogido bastante cariño.

Como un caballero andante, se llevó mi mano a su boca y la besó. Un escalofrío ascendió por mi brazo rumbo al corazón, que se agitó dentro de mi pecho.

—Es reconfortante saber que, a pesar de todo, no os caigo mal.

—¿Caernos mal? —Se incorporó y vino a sentarse en el banco. Me quedé inmóvil, demasiado consciente de la proximidad de nuestros cuerpos—. ¡Pero si estamos todos enamorados de ti! —dijo esto como si le saliera de modo natural, pero yo noté que luchaba por mantener la calma.

A continuación nos sumimos en un profundo silencio. Quería agradecerle su atención, pero las palabras murieron en mis labios. Era doloroso sentirlo cerca y no poder tocarlo. La necesidad se abría paso, echando a un lado cualquier vestigio de culpa. ¿Hasta qué punto suponía una traición sentir algo por Nahuel? ¿Qué grado de compromiso había adquirido yo con Román? Ni siquiera se esforzaba por ganarse mi respeto, más bien insistía por una cuestión de orgullo. Me sentía incapaz de girar la cabeza, aunque sabía que Nahuel había vuelto la suya hacia mí. No necesitaba verlo para saber que sonreía.

—Luna, yo... —Su voz era engolada, estaba llena de afectación. Se inclinó y su aliento me acarició el cuello. Un escalofrío me recorrió la espalda.

Una vocecilla se superpuso al impetuoso latir de mi corazón: «Quiero bañarme en sus ojos. Pero sé que corro el riesgo de ahogarme en ellos. No puedo sucumbir. No debo sucumbir».

Mientras me repetía aquel mantra, su mano me acarició la cara, obligándome a enfrentarlo. Y sus labios cayeron sobre los míos antes siquiera de darme la oportunidad de cuestionarme si aquello era correcto.

Algo se derritió en mi interior mientras su boca se movió junto a la mía. Tenía una sensación vertiginosa y embriagadora en la boca del estómago. ¿De verdad se trataba de un simple beso? Era una catarata entera, y con cada embestida de sus labios mi timidez y mis dudas daban paso a una Luna desconocida. Una mujer ávida de perderse en aquel mar de sensaciones que Nahuel despertaba en mí.

Animada por mi propia audacia, dejé que mi lengua se lanzara al encuentro de la suya. Respondió de forma instantánea, apretándose más contra mí y dejando a su vez que la suya invadiera el interior de mi boca. Había pasado de la dulzura a la sensualidad, y de esta a la violencia. Me estaba rodeando con la mano que no tenía escayolada, y me asusté por la intensidad de su abrazo, que iba en aumento.

De repente me apartó. Abrí los ojos, confundida, para comprobar lo atractivo que estaba con aquella mirada ardiente y las mejillas encendidas. En

sus ojos brillaba el desconcierto.

—Dentro tenemos bebidas para vosotros. —Houda estaba parada a una distancia prudencial de nosotros y me pregunté cuánto tiempo llevaría allí.

Me obligué a mirar a Nahuel, su semblante se había nublado y un viso de desconfianza había anidado en sus pupilas.

Me dejé arrastrar por Houda hasta el interior de la casa; pretendía mostrarse locuaz, pero una sombra de duda oscurecía sus ojos.

CAPÍTULO 14



—¿Te parece bonito hacerle algo así a tu hermano?

—No te inmiscuyas, Houda, sabes que te quiero, pero no voy a permitir que nadie me juzgue —le aseguré, imprimiendo al tono de mi voz suficiente acritud como para detener un avance militar.

—¿Qué te está pasando, Nahuel? No te reconozco. Entre vosotros había un código. Os teníais respeto.

Forcé una risa cínica.

—No sé si hay respeto. Lo que sí tenemos es un acuerdo. Pero es algo entre Román y yo. —Levanté las cejas de forma sugerente.

—¿Un acuerdo? ¿Un día tú y otro día Román, en eso consiste vuestro jueguito? Me parece horrible, ¿sabes? ¡Esa chica está en el medio!

Iba a pedirle que se metiera en sus asuntos, pero me contuve. Estaba de un humor de mil demonios. Después de besar a Luna, mis sentimientos andaban enmarañados. Tenía el sabor de sus labios en mi boca, y era tan adictivo como una droga. Tras haberlo probado, mi cuerpo pedía más.

Fue un beso cálido y exigente, y al mismo tiempo persuasivo, así que Luna no pudo resistirse. Mis labios se movieron con decisión sobre los suyos, exigiendo la paz que mi corazón requería. Respondió instintivamente y yo dejé de controlar la situación en el momento en que ella dejó entrever que era capaz de encenderse con una pasión inusitada. Sentí una punzada de deseo en la boca del estómago. ¿Qué escondían aquellos ojos castaños? Bajo su piel ardían las brasas de un fuego incontrolable. ¿Sería yo capaz de prender esa llama para siempre?

De no haber pensado en Román, y en el hecho de que estábamos rodeados de un montón de gente en la casa de mi madre, no sé hasta dónde habríamos podido llegar. Pero en mi mente estalló el recuerdo del pacto al que había

llegado con mi hermano y me aparté con brusquedad. Aquello no era justo para Luna.

Noté que ella respiraba entrecortadamente. Temblaba y parecía asustada. Yo también necesitaba poner mis emociones bajo control, por eso comprobar que habíamos sido descubiertos por Houda aumentó mi enfado. Si no había tenido tiempo de analizar los sentimientos que me agitaban el ánimo, ¿cómo iba a afrontar el interrogatorio de mi cuñada?

—No creo que Román la merezca, eso es todo —reconocí, resuelto a dar por zanjada la cuestión. Houda no es de las que se dan por vencidas. Necesitaba un motivo, y yo estaba dispuesto a dárselo—. Y hasta que no se lo haga comprender, no pienso parar.

Eché la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¿Tal vez tú la mereces más que él?

La aparición de mi madre, convocándonos a pasar adentro, me salvó de improvisar una respuesta.

—Voy a estar vigilándoos a los dos —me aseguró mi cuñada, justo antes de incorporarnos al salón.

Más que una amenaza resultaba un bálsamo: ahora que había alguien más involucrado, experimentaba alivio. El hecho de que Houda compartiese aquel secreto me hacía sentir menos culpable. Ella era el súmmum de la honradez y sabría poner límites a nuestra locura.

El resto de la velada se desarrolló entre bromas y juegos, lo usual en nuestras convocatorias familiares. Con todo, planeaba sobre todos nosotros la sombra del enfado de Román, quien después de más de una hora no había regresado.

Yo me felicitaba secretamente, ya que eso prolongaba la ocasión de acercarme a Luna, charlar con ella y conocerla mejor. Por desgracia, el momento compartido en el patio y la irrupción de Houda la habían vuelto menos locuaz. Se había enconchado y apenas respondía con monosílabos a mis interpelaciones. Me evitaba a propósito, repartiendo su mirada de forma alternativa entre los miembros de mi familia y la puerta. Sentí un arrebato de celos. ¿Esperaba acaso a Román? ¿Se habría arrepentido de besarme y necesitaba ahora volver con él a casa para redimirse?

Varias veces la busqué para comentar lo sucedido. Tenía la esperanza de llegar a alguna parte con su ayuda. Pero, bien me rehuía, bien éramos interrumpidos por la perseverante Houda, que parecía empeñada en levantar una barrera entre nosotros.

Por fin el ladrido de los perros anunció la llegada del turismo de Román sacándonos de aquel letargo en el que parecíamos sumidos. Casi agradecí un cambio de ritmo. Se escuchó un silbido y todos nos asomamos al vestíbulo.

—Ya estoy de vuelta, Pocahontas. ¿A que adivino que me habéis echado de menos? —Me lanzó una mirada envenenada y yo le devolví una sonrisa cómplice.

—¡No te imaginas cuánto! —suspiré de forma teatral.

Iba a acompañar mi representación con una reverencia, pero me detuvo el sonido de la puerta del copiloto que se abría, tomándonos por sorpresa a todos.

—Mirad a quién me he cruzado por el camino —anunció Román, girándose para tender una mano a Diana, que en ese momento asomaba la cabeza—. Le he pedido excusas en tu nombre, Nahuel. Olvidaste mandarle una invitación para la fiesta.

—¡Yo no necesito invitación! —chilló ella.

Acto seguido correteó con sus tacones por el césped hasta ponerse a mi altura y se me colgó del cuello. Literalmente.

—¡Querido! Ya estoy aquí.

—¡Qué bien! —ironicé—. Pero ten cuidado con el brazo, por favor —le pedí, ansioso por encontrar una excusa para quitármela de encima.

Era un golpe bajo. Román sabía que Diana era la última persona a quien me habría gustado incorporar a la fiesta, o a cualquier otra parte.

—Hola, Diana —mis hermanos fueron saludándola uno tras otro.

—No te preocupes, no te has perdido nada todavía. ¿Verdad, Nahuel? —Houda arrugó los ojos.

—Lo mejor está por llegar —afirmé sin convicción.

—Y esta, ¿de qué va disfrazada? —preguntó Diana al llegar adonde Luna se encontraba, en un discreto segundo plano.

Tuve ganas de teparle la boca con un buen bofetón.

—Esta es mi chica, Pocahontas. —Hizo las presentaciones Román.

Esperaba una reacción de Luna, pero parecía petrificada.

—El nombre le va al pelo —sentenció Diana, mirando a Luna como si se tratase de una cucaracha susceptible de ser aplastada.

Sentí que ardía por dentro. Era un modo deleznable de tratarla, y Román parecía más complacido que ofendido por el exabrupto de la recién llegada.

—Pues yo soy la novia de Nahuel —anunció Diana, dirigiéndome una mirada desafiante. Abrí la boca para protestar, pero ella se apresuró a agregar

—. Estamos pasando una mala racha últimamente, pero uno no debe rendirse a la primera de cambio, ¿no crees? —Entrelazó su brazo con el mío y sentí que mi cuerpo entero reaccionaba como si la «bacteria asesina» tratase de colarse dentro.

Miré desesperado a Luna pero ella parecía más interesada en escuchar lo que quiera que mi hermano le estuviera susurrando al oído.

—Todavía prefiero volver a casa. Estoy cansada y mañana tengo una dura jornada de trabajo —se excusó.

Evitaba mirarme a los ojos, aunque no consiguió ocultarme que estos se habían oscurecido, impregnados de una emoción imposible de definir.

—¿Ahora que esto se pone interesante? —objetó Román. Los demás se habían apartado y ahora rodeaban la barbacoa donde Pedro había comenzado a disponer los primeros trozos de carne asada en bandejas.

—Es lo que deseo —perseveró Luna—. Pero si tú quieres quedarte, puedo pedir un taxi. —Se había puesto insólitamente seria. Me apenó su actitud. Sentía que había mucho que explicar y la oportunidad de hacerlo se desvanecía sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Estaba atado de pies y manos.

De modo que al final la vi alejarse, acomodada en el asiento del copiloto del coche de mi hermano. Parecía vulnerable como una flor. Hasta se había hecho más pequeña, escondida tras la ventanilla obligándose a no mirar atrás.

Antes de que el coche emprendiera el camino de regreso pude interceptar su mirada. Había en ella dos emociones, cristalinas como el agua del lago Tahoe: una era el reproche, la otra, una profunda tristeza. La pregunta había estado allí, prendida de sus ojos, pero ¿estaba yo preparado para darle una respuesta? ¿Qué podría haberle dicho, que todo se trataba de una apuesta, que la estábamos usando para satisfacer nuestros egos y demostrarnos lo machos que éramos los dos? ¿Era esa la verdad, o había algo mucho más profundo que yo mismo era incapaz de reconocer?

Una hora más tarde también yo estaba de vuelta. Tenía el calor de los labios de Luna sobre los míos y un nudo en las entrañas. Yo había tenido una parte de ella por un instante, pero a Román le pertenecía por completo. Un críptico mensaje de mi hermano recondujo el hilo de mis pensamientos, que iban por derroteros amargos. Mi espíritu combativo volvió a ponerse en pie de guerra.

Recuerda que cualquier logro en la vida es una carrera de fondo. No importa lo atrás que salgas, sino que aguantes hasta alcanzar la meta; le

respondí.

Luego me fui a la cama, sabedor de que el sueño no me alcanzaría en toda la noche.

CAPÍTULO 15



Nahuel dejó de contar las veces que visitó el San Carlos durante los siguientes días. Era la única manera de acceder a Luna, pero parecía que a esta se la hubiera tragado la tierra. Aquel enfermero lenguaraz y poco amistoso, con el que parecía condenado a encontrarse en cada ocasión, tampoco sirvió de gran ayuda. La información que le suministraba era confusa y parecía divertirse con ello. No podía ser casual el hecho de que Luna acabara de salir de su turno cuando él pasaba a buscarla, y comenzaban a agotársele las excusas. Las enfermeras no veían la necesidad de recolocar el yeso ni tampoco de comprobar si los dedos de la mano perdían movilidad a causa de la inactividad. Y más de una llegó a mirarlo de forma compasiva cuando Nahuel se interesó por los miembros del equipo de enfermería. De forma educada trataron de hacerle comprender que facilitar datos de carácter personal sobre los compañeros de trabajo era motivo de infracción.

Desesperado, tuvo que admitir que había sido un estúpido al perder la oportunidad de pedir a Luna su número de teléfono o localizar el lugar donde vivía cuando la tuvo a mano. Se le agotaba el tiempo y también los canales para sus pesquisas. Houda aseguraba no tener idea. Si mentía era algo intrascendente, pues Nahuel sabía bien que, si su cuñada se lo proponía, podía resultar más cerrada que una ostra.

Entretanto, Román no aflojaba ni desperdiciaba ocasión de recordarle que avanzaba en la conquista. Nahuel se preguntó si ese avance sería algo más que físico. Su joven hermano tenía cualidades más que suficientes para enamorar a cualquier chica, si bien se empeñaba en ocultarlas. Evitaba adrede cualquier clase de compromiso, por lo que pronto sacaba a relucir sus defectos para mantenerlas lejos. ¿En qué momento haría eso con Luna? ¿Pensaba comprometerla para luego abandonarla con el corazón roto? Y a él,

¿por qué le importaba tanto en qué estado pudiera quedar el corazón de Luna?
¿Acaso no era también su intención jugar con ella?

Llegó a la conclusión de que, al margen de lo que hubiese planeado junto a Román, él le debía a la chica de las trenzas una explicación por lo ocurrido en la fiesta y quería dársela. Necesitaba dársela. Tenía varias ideas para comenzar lo que debía ser una conversación ilustrativa para ambos; sin embargo, con aquella actitud obstinada, Luna no le daba ocasión de hacerlo.

Después de cinco semanas, Nahuel se convenció de que era una egoísta. Él también soportaba la agonía del desconcierto, ¿es que Luna no se daba cuenta de que se quebraba por dentro? Había invertido gran parte de sus energías en ella, poniendo en riesgo muchas de las cosas que más le importaban en la vida. Sufría y ni siquiera tenía el desahogo del trabajo, o el que suponía cualquier viaje a lomos de su Harley. La maldita lesión lo había convertido en un inútil: estorbaba en el restaurante y el único deporte que podía practicar sin peligro era caminar. Se sentía como un anciano reumático cada vez que salía a dar un paseo.

Por suerte, el tiempo es el jarabe más potente contra los males del espíritu. Va poniendo las cosas en su sitio, y así es como llegó el día en que la vida de Nahuel regresaría a su punto de partida. Luna se iba desdibujando, de ella quedaban apenas el recuerdo de unos ojos castaños y unos labios temblorosos que se rendían a la pasión compartida. Pero el resto de cosas que formaban parte de su día a día volvían a perfilarse con más fuerza que nunca. Y a ellas se aferró Nahuel la mañana en que debía cumplimentar su cita para deshacerse del yeso. El yeso, la única tarjeta de entrada al hospital que le quedaba. La última excusa. Era un alivio y a la vez un desconsuelo.

Arrastró los pies hasta la sala de curas, esperando en encontrar allí a la causante de sus desvelos. Se sentó en la camilla y esperó. Y esperó. Por fin el ruido de unos pasos y el sonido de la puerta que se abría le hicieron recobrar la ilusión. Cerró los ojos, aferrándose a esa imagen que volvía a proyectarse en su mente como una luz en medio del túnel. Conseguiría una cita, aunque tuviese que entregarle su alma al diablo; le expondría las razones de aquel beso, que había significado nada y todo, que podía cambiar muchas cosas si ella lo quisiera.

Pero al abrirlos comprobó que una mujer rubia de mediana edad le sonreía. Sintió que aquella sonrisa era un nuevo ataque contra su autodomínio y tuvo ganas de gritarle que se fuera. Ella no era Luna, sino una impostora. Otra barrera con vocación de separarlos, un nuevo obstáculo para mantenerlos

lejos. A pesar de todo, se contuvo. La realidad acababa de caerle encima como un jarro de agua helada: la última puerta al corazón de Luna se le cerraba sin que Nahuel hubiese tenido acceso a la llave.

Antes de salir definitivamente del hospital volvió la vista atrás: el pasillo era un hervidero de gente, pero entre la muchedumbre no pudo reconocer a la única persona que le habría gustado identificar.

Luna, quien se obligaba a esconderse cada vez que distinguía la inconfundible figura de Nahuel avanzando por el pasillo, no estaba mejor. Era una cuestión de necesidad mantenerse lejos de aquella familia. Con ellos se había sentido acogida y, al mismo tiempo, envuelta en un mar de enredos. La atracción que ejercían sobre ella la hacía querer convertirse en alguien que no era. Notaba que una Luna en cierto modo rebelde, capaz de reaccionar ante ciertos estímulos, comenzaba a aflorar. Una mujer osada, deseosa de experimentar, alejada de la niña que muchos se empeñaban en pretender que fuera. Se resistía a admitirlo, pero en el fondo estaba ávida por descubrir hasta dónde podrían llevarla aquellas nuevas sensaciones, por poner a prueba su cuerpo y su alma.

Los Ramírez, y entre ellos en especial un miembro de mirada turquesa, estaban poniendo su mundo patas arriba. Si no marcaba distancia, la tranquilidad que había ganado con tanto esfuerzo se evaporaría. Nahuel, más que ningún otro hombre en el mundo, lograba despertar en ella emociones que creía dormidas. Todo esto la estimulaba y asustaba a la vez.

Hubo una etapa, tiempo atrás, en que creyó sentir algo parecido al amor. Un deseo prohibido, una relación que le estaba vetada desde el comienzo y que solo podría haberle acarreado daño. Era apenas una adolescente en aquel momento, pero se sentía lista para sucumbir a la pasión. Una cita a escondidas, una primera vez para todo... Habían sido descubiertos y recriminados, y ella había pagado demasiado caro su capricho, teniendo que regresar a España a estudiar enfermería, lejos de su abuela, la única persona que la amaba sin condición y que significaba algo para ella. La habían arrancado de su lado ocasionándoles un daño irreparable a ambas. Y todo por un amor que no valía la pena.

Desde entonces se había negado a amar. El miedo a perder la había atenazado, impidiéndole involucrar su corazón. Le había resultado fácil mientras se tratara de relacionarse con chicos como Román, incapaces en apariencia de sucumbir a las flechas de Cupido. Aunque él no podía

sospecharlo, a Luna no le había interesado ganarlo para sí. A veces, por una cuestión de orgullo, había deseado que él quisiera dar un paso más. Pero hasta que Nahuel no había mirado dentro de sus ojos, el deseo de sentir había permanecido dormido. Ahora la asustaba todo lo que él removía en su interior. Y por eso había escogido evitarlo a propósito.

—Es una monada —le había asegurado Pilar—. No sé por qué no has querido atenderlo, ha estado preguntando cosas... ¿Es tu novio, os habéis peleado?

A Luna le habría gustado poder decirle que sí, que era su novio. Era una sensación agradable imaginarse aquella posibilidad, apartar cada prejuicio, cada duda, y soñar no le estaba vetado. En cambio calló. ¿Cómo decirle a su compañera que Nahuel no era más que el hermano del que se suponía que era su chico, que además no podía ser su novio aunque fantaseara con la idea porque ya había otra que ostentaba el título? ¿Cómo explicarle que, a pesar de todas estas objeciones, Nahuel la había besado, y que ella había respondido a ese beso con toda la pasión que guardaba en su cuerpo y en su alma?

Salió al pasillo para ver cómo se alejaba y volvió a pecar de cobarde en el momento en que Nahuel se giraba, escondiéndose tras una camilla. Sentía que se le agotaban las posibilidades y a pesar de ello no encontraba el arrojo suficiente para enfrentarlo. Todavía le cosquilleaban los labios cada vez que pensaba en aquel beso. Las ganas de repetirlo la bloqueaban porque no conseguía ponerle nombre a una emoción demasiado intensa y que no había experimentado nunca.

Una vez que lo perdió de vista corrió hasta el cristal: Nahuel caminaba calle abajo con el paso de un condenado a muerte. Y con él la posibilidad de sentir, esa que había comenzado a anidar dentro de Luna semanas atrás, se evaporaba.

—Te lo advertí: no te involucres. —No lo había sentido llegar, pero allí estaba Antonio, de pie junto a ella. Luna mantuvo los ojos obstinadamente pegados al cristal. Debería haberle dicho que su consejo llegaba tarde, pero tenía la voz atravesada en la garganta.

—Lo que ese chico necesita no es una enfermera, sino un psiquiatra —lo escuchó murmurar.

Sentía a Antonio cada vez más lejos, como si acabase de entrar en otra dimensión, lejos de la realidad que la rodeaba. Lo único que deseaba era correr tras Nahuel, pedirle algo, lo que fuera. ¿Que le diera un por qué? ¿Que la besara otra vez?

Al menos ahora podría cocinar. Podría volver a pilotar su moto, pelearse con el viento. Desafiar las leyes de la gravedad y ganarle la batalla al tiempo, se dijo para consolarse. Olvidarse de aquel capítulo del beso y de una chica tímida y poca cosa que un día le presentara su hermano. Regresar a lo que era su vida: un lugar apasionante donde ella jamás había tenido cabida.

CAPÍTULO 16



Crucé la puerta y me dirigí directamente a la cocina, evitando a propósito a Naim, quien, sentado en una de las mesas del restaurante, trataba de poner orden en los libros de cuentas.

—Yo también te deseo buenos días —me reprochó.

Por respuesta emití un gruñido.

—¿No deberías estar contento? Aunque has pasado de puntillas, igual que un vulgar ladrón, he podido vislumbrar dos manos en perfecto estado. De modo que, ¿no hay una fiesta que preparar, algo divertido para celebrar tu regreso a los fogones? —Dibujó con las manos un letrero, y a mi mente acudió la imagen del estreno de un espectáculo en una de esas grandes avenidas de capital, espoleado por el brillo de unas luces de neón—. Nahuel, el célebre chef, inventor de las croquetas de almendra dulce —anunció con tono de comediante—, vuelve decidido a revelarnos un par de ingredientes de su misteriosa receta.

—Me dejaría matar antes que dar una sola pista.

—¡Ese es mi chico! —Se dirigió hacia mí y me envolvió en un cariñoso abrazo.

—Déjate de mariconadas —le solté mientras me zafaba.

—¿Mariconadas, yo? —bromeó, forzando la voz hasta que esta adquirió un tono amanerado. Luego se quedó mirándome de hito en hito—. Normalmente te ríes con mis payasadas. ¿Qué te traes? —Me encogí de hombros—. Estaba ilusionado, pensaba que regresarías contento del hospital. ¡Chico! —Agitó una mano frente a mis ojos—. Vuelves a tener dos manos. ¿Cuál es ahora el motivo de queja?

—¿Por dónde empiezo?

Era la materialización de un pensamiento, no había querido exponerlo en voz alta, pero ahí estaba, flotando entre nosotros.

—Es por esa chica —determinó. Fruncí el ceño, no me apetecía hablar, pero Naim no se daría por vencido con facilidad—. Arriesgaste por ella, te jugaste el todo por el todo. Y te ha mandado a freír espárragos.

—Más o menos —admití.

—Ese juegucito a tres que os traíais no podía acabar bien. ¡Yo lo sabía! —exclamó mientras volvía a tomar asiento en aquel rincón junto a la ventana, justo el mismo donde semanas atrás me había perdido en el abismo de los ojos de Luna.

—Déjate de sermones, por favor. Mejor termina con esas cuentas y yo voy a ver cómo estamos de provisiones. Hoy estamos a *full*. —Agité la lista de reservas—. ¿Has visto esto?

—Pues sí que te has vuelto responsable, Nahu.

Me quedé pensativo. No era una cuestión de responsabilidad, necesitaba volcarme en algo, distraer mi atención hacia nuevos objetivos, los que fueran. Cualquier cosa que me sirviera de excusa para no pensar en unos labios que ardían bajo el rastro de mis besos. *Labios de fresa con sabor de amor...* como los que inspiraron la canción de *Danza Invisible*.

—¡Idiota! —Me volví hacia Naim, resuelto a exigirle que me tratara con mayor respeto. Una cosa era andar de chanza y otra muy distinta permitir que me insultara sin motivo aparente—. Me refiero a tu hermano, el lechuguino ese. ¿Qué hace dando vueltas arriba y abajo de la calle?

Me acerqué a la ventana. Saúl andaba rondando el restaurante. Caminaba hacia uno y otro lado, como si anduviese en una misión secreta, forzándose a detenerse en los escaparates y vitrinas de los negocios contiguos, sin decidirse entre atravesar la puerta del establecimiento o alejarse de forma definitiva.

—¿Por qué no entra de una puñetera vez? —gruñó Naim—. ¡Ni que necesitara invitación!

—Me temo que lo intimidas. —Mi socio murmuró una maldición y no pude contener una sonrisa—. Esa personalidad arrolladora que tienes desestabiliza a cualquiera.

—Es que hacen falta muchos huevos para verse la cara con un tío como yo.

—Ten piedad de mi hermano, está en proceso de asumirse a sí mismo.

—¡Es un gay homófobo! Un medio hombre, un ridículo —sentenció. Después recogió los papeles de la mesa y se metió en la cocina—. Seguramente ahora se decida a hacer lo que ha venido a hacer —chilló desde el interior—. Lárgalo pronto, que tengo números que cuadrar.

—¡A sus órdenes!

Abrí la puerta del local y asomé la cabeza. Silbé y en un momento tuve a Saúl enfrente.

—¿Te has perdido, hermano?

Saúl echó un rápido vistazo al interior y casi exhaló un suspiro de alivio al comprobar que Naim no andaba cerca.

—Vamos a hacer un viaje en familia —anunció sin preámbulos, como si fuera un mensajero con prisas decidido a entregar un mensaje y marcharse lo antes posible.

—¿De qué me estás hablando?

—Todos juntos, para celebrar la reconciliación de Estela con Charlie. — Saúl siempre llamaba a mamá por su nombre, y yo intuía que se trataba de un modo de castigarla por su falta de intuición y su desinterés respecto de sus conflictos personales. Pero aunque él lo tomase como una afrenta personal, mi madre era así con todos. Sus inquietudes y necesidades estaban en todo momento por delante de las nuestras. Alegaba que, después de una cantidad de años suficientes dedicada a sus seis hijos, había llegado la hora de ocuparse de ella misma. Nadie podía reprocharle que hubiese decidido ser un poco egoísta.

—Yo no voy a ir a ninguna parte, llevo casi seis semanas inoperativo. Tengo un trabajo que sacar adelante, ¿sabes? No puedo sucumbir a los caprichitos de mamá cada vez que ella decide inventar algo.

Saúl se encogió de hombros.

—Háblalo con ella. Yo no tengo nada que ver. Me limito a trasladarte una propuesta.

—No hacía falta que te molestaras. Habría bastado con una llamada, Saúl. —Le dirigí una mirada inquisitiva.

—Ya sabes cómo es Estela. Además, pasaba por aquí...

Compuse una mueca. «No soy estúpido», quise arrojarle a la cara. Pero no me atreví. Si mi hermano quería jugar a ser alguien que no era, no iba a ser yo quien le allanase el camino en el sentido contrario.

—Bueno, pues ya has dicho lo que tenías que decir. Te invitaría a pasar, pero aún nos quedan un par de horas para la apertura y hay muchas cosas que poner en orden. A menos que quieras ayudar...

Escuchamos el ruido de cacharros entrechocando en la cocina y noté que mi hermano se inquietaba.

—¿Estás solo? —preguntó. Una tosecilla quebró el silencio que siguió a su pregunta. Naim era de todo menos sutil, me dije. Aunque no se le podía recriminar que buscara un poco de diversión a costa de mi hermano.

—¿Te quedarías si lo estuviera?

Agrandó los ojos y me miró entre asustado y afligido. Parecía que estuviera a punto de tomar la decisión más importante de su vida.

—Mejor me marchó —concluyó.

—Como quieras. Pero permíteme un consejo, una licencia de hermano mayor: aceptar las cosas y tomar las riendas de la propia vida son las claves para la felicidad.

Bajó la vista y se despidió, y después lo vi recorrer la calle cargando sobre sus hombros esa melancolía que lo hacía parecer tan vulnerable. «Lástima», reflexioné. Pero no podía hacer mucho más por él. Si Saúl no se decidía a agarrar su particular toro por los cuernos, ese toro tarde o temprano se lo llevaría por delante.

Antes de regresar al interior y soportar la ristra de insultos que con razón dispararía Naim contra mi hermano, saqué el teléfono móvil y me dispuse a hacer una llamada incómoda pero necesaria.

—No cuentes conmigo para ese viaje, mamá. Estamos a tope en el restaurante y me resulta imposible. —Lo último que me apetecía en el mundo era pasar unos días en familia. Además, necesitaba retomar la rutina y dedicarme al trabajo con más energía que nunca.

—Vamos a ir a ese campamento deportivo que regenta el novio de tu hermana —me informó, sin escucharme—. ¿Sabes que sale con el cachorro de los Fortes? —y, en tono confidente, añadió—: ¿Quién lo diría? Todos pensábamos que lo odiaba, siempre peleando como dos perros rabiosos.

Una sonrisa irónica alargó las comisuras de mis labios. Mi madre presumía de estar al cabo de la calle, pero siempre era la última en enterarse de todo.

—Increíble —le aseguré procurando que no notara mi hilaridad.

—Será porque amores reñidos son los más queridos —resolvió—. Allí estará también la estirada de su hermana. Es una pija, como el resto de su familia. La verdad, preferiría no tener que verla, pero en fin, imagino que el sitio será grande y no tendremos que soportarla durante demasiado tiempo.

—Os auguro unos días de lo más entretenido, mami. Ya me contaréis a la vuelta. Y ahora te dejo, que tengo que volver al bar.

—... todos los hermanos, juntos y en armonía, como cuando eráis pequeños —continuó haciendo caso omiso de mi despedida—. Además de las nuevas incorporaciones, claro. A Houda ya le tenemos cogido el punto, ahora hay que ver de qué pie cojea la novia de Román.

Las orejas se me alargaron como si me hubiese convertido en un murciélago.

—¿Luna va a acompañar a Román?

—¿Y quién es Luna?

Usé el dichoso apelativo para que mi madre pudiese identificarla.

—¡Sí, claro! Esa chica. La de la pinta rara. —Y lo decía alguien para quien el arco iris era un tinte de pelo poco original—. No quería venir, pero parece que ha entrado en razón. Como ahora dicen que son novios... Y me alegro, ¿sabes? Me gusta, es una buena chica, y a tu hermano le vendría bien sentar un poco la cabeza.

A mí también me gustaba, pero no para Román precisamente. Sentí un repentino deseo de discutir.

—Mi hermano no tiene idea de lo que es comprometerse con alguien. Es un irresponsable. ¿Cómo se le ocurre incluir a esa chica en un plan tan íntimo?

—Vamos a aprovechar el permiso de Charlie para hacer el viaje. Alquilaremos un autobús. Tengo que confirmar el número de plazas... ¿Has dicho que tenías que pensarlo o algo así?

—Nada de eso, mami —me apresuré a responder—, cuenta conmigo para ese viaje.

CAPÍTULO 17



Me aseguré de que no faltaba nada antes de cerrar la maleta. Cinco días. Podía tratarse de poco o mucho tiempo, todo dependía de cómo se desarrollasen las cosas.

Me miré al espejo por última vez para enfrentarme a una Luna temerosa. Desde que recibiera aquella invitación no había hecho otra cosa que darle vueltas a la conveniencia de aceptarla. Y todavía en aquel momento, cuando faltaba apenas una hora para que el microbús emprendiese la marcha rumbo al campamento de aventuras, tenía mis dudas. Durante semanas había tratado de engañarme relegando al rincón más recóndito de mis pensamientos la necesidad de poner orden en mis sentimientos. Conservaba la esperanza de que el tiempo jugara sus cartas, enterrando en el olvido a Nahuel, a Román y a la familia Ramírez al completo. No obstante, la persistencia de Román lo había hecho prácticamente imposible. El recuerdo de los ojos de Nahuel, esa mirada a veces cálida y a veces fría, y la dulzura apasionada que había ejercido en aquel primer beso tampoco contribuían a materializar mi propósito.

Ahora debía reconocer que, si bien me había aferrado a la excusa de que se trataba simplemente de un viaje de ocio cuya principal motivación era pasar unos días con un grupo de personas agradables y divertidas, había en el fondo una necesidad dolorosa de volver a estar cerca de Nahuel, de tener la oportunidad de analizar por qué en su presencia era capaz de transformarme en una nueva mujer, más segura y sensual. Mantener a raya a Román era más necesario que nunca y también más difícil. Esperaba que el haber expuesto mis intenciones sirviera como escudo frente a sus posibles avances. Era consciente de que él buscaba mucho más que la amistad que yo me había mostrado dispuesta a ofrecerle, y tal vez no fuera justo para él que yo eligiese como escenario para ponerme a prueba una convivencia familiar. Pero tampoco

Román había sido honesto respecto a sus sentimientos. También él se había permitido dudar, rechazar un compromiso. No había querido profundizar hasta que su hermano apareció, haciendo que nuestros mundos se tambalearan. No le debía nada porque él nada me había pedido. Era absurdo pretender que anduviese enamorado de mí. Ni siquiera enamorado. Más bien debía tratarse de una competencia entre hermanos. No me importaba en el caso de Román, pero mi corazón anhelaba que, tratándose de Nahuel, la cosa fuese más allá del simple juego.

¡Tiempo de ponerse en marcha! Respiré hondo y agarré la maleta. La levanté y con trabajo conseguí llevarla a peso por el pasillo. Era una maleta con ruedas, pero arrastrarla habría sido suicida; había estado evitando a Gilda, que parecía más interesada que nunca en conocer detalles sobre la familia Ramírez. Desde aquel sugerente intercambio de impresiones con Román aprovechaba cualquier rendija para asomar su curiosa nariz.

Fue en vano, porque me interceptó justo cuando alcanzaba el final del recorrido.

—¿Te vas con ese bomboncito? —inquirió, con el brillo de un animal hambriento bailándole en las pupilas.

—En realidad, con toda su familia —me sentí obligada a aclarar.

—¿Has resuelto conquistar primero a la familia? ¡Mira qué espabilada! Y yo que te tenía por pavita...

Abrí la boca para protestar, pero resolví que lo mejor sería escapar del piso antes de que me acribillara a preguntas, inventara un romance o se invitara a acompañarnos. Gilda era muy capaz de todo eso y mucho más.

—Te estás poniendo un poco roja, Luna. Sé que no te gusta hablar de tus cosas, eres siempre tan reservada..., pero no me lo puedes tomar en cuenta. ¡Yo no tengo secretos para ti!

Logré escurrirme por el pequeño hueco que quedaba entre su cuerpo y la puerta, y el pasillo se me antojó una bocanada de aire fresco.

—A la vuelta te cuento, Gilda. Ahora tengo un pelín de prisa.

—Ya, claro —la escuché rezongar—. ¡Pero vas a tener que rogarme la próxima vez que quieras que te entretenga con mis aventurillas!

El taxi sorteó con éxito el tráfico y veinte minutos antes de la hora de salida me encontraba frente a la puerta del microbús. Era un vehículo único, pintado de colores y decorado con llamativos dibujos y mensajes sobre la vida, el amor y los animales. Una especie de «Priscilla, reina del desierto», pero más concurrido.

Saludé a Estela, quien me presentó formalmente al mentado Charlie, que ejercería como conductor del autobús. Dejé mi maleta en el portaequipajes y subí, acomodándome al final del vehículo en el asiento que Estela aseguraba que había reservado para mí. Estaba junto a la ventana, y desde allí fui asistiendo a la llegada escalonada del resto de pasajeros, entre emocionada y nerviosa.

Raúl, Houda y Pedro fueron los primeros en incorporarse al vehículo.

—¿Dónde habéis dejado a la prole? —Imaginé que se referían a sus animales.

—En casa. Unos vecinos van a darles una vuelta de vez en cuando. Pasearán a los perros y les cambiarán la comida a todos —aclaró Houda, quien no pudo ocultar una nota de preocupación en el tono de su voz.

Pedro le agarró la mano y Houda se lo retribuyó regalándole una sonrisa. Me pareció un bonito gesto y experimenté envidia. Ojalá hubiera en mi vida alguien que me diera su apoyo en los momentos en que lo necesitara.

—¿Cuántos animales viven con vosotros? —me interesé, decidida a que no se me notara la expectación que sentía ante la inminente llegada del resto del clan.

—Seis perros, tres gatos, dos loros y un hurón —enumeró orgullosa Houda.

—¡Y cuatro ratas de dos patas que se incorporan de cuando en cuando con el propósito de vaciarnos la nevera! —añadió Pedro, en clara alusión a sus hermanos.

Estuvimos charlando un rato y comentando anécdotas sobre cómo se desarrollaba la convivencia con tan nutrido y variado grupo de seres vivos. Entretanto apareció Carolina. Refunfuñaba, todavía molesta por la imposición de Estela de que nos acompañara en el microbús, cuando ella hubiera preferido adelantarse para estar con Hugo y prepararlo todo para recibirnos a su llegada.

Su madre hizo caso omiso, desviando la conversación hacia temas más cómodos, y pronto nos vimos envueltos por la personalidad arrolladora de la matriarca, que en un derroche de simpatía se arrancó por bulerías para hacernos más llevadera la espera. Aseguraba ser roquera, pero durante sus años de juventud vivió en el sur y se había aficionado al flamenco. No tenía la voz de La Niña de los Peines, pero resultaba muy animada. Cuando apenas faltaban cinco minutos para «zarpar», se interrumpió la jarana.

—Por ahí viene mi cocinero preferido —anunció Estela.

Me encogí en el asiento. Román no había dado señales de vida y, en cambio, estaba a punto de someterme al impacto de volver a ver a su hermano después de unas cuantas semanas.

Inspiré profundamente para tratar de calmarme, pero había sido demasiado tiempo luchando contra mi corazón traicionero, que ahora iba por libre y se dedicaba a saltar incontrolado dentro de mi pecho.

Me pregunté si Nahuel sabría que yo iba incluida en el lote y me prometí analizar la expresión de su rostro una vez que me descubriera entre los pasajeros. ¿Se sorprendería? ¿Se alegraría o consideraría que yo no era más que una intrusa indigna de participar en su evento privado?

Pronto tuve ocasión de comprobarlo, pues sus azules ojos se cruzaron con los míos en el mismo momento en que puso el primer pie a bordo. Quise identificar una emoción, pero no sabría decir cuál.

—¡Buenas tardes, *family!* —saludó, sin apartar la vista de mí—. ¿Estamos todos? ¿Podemos salir ya?

Deseé que así fuera. Que Nahuel se sentara a mi lado y diéramos comienzo a una prometedora excursión. Que cualquier cosa hubiese retenido a Román, que alguien le brindase una excusa para excluirse de la reunión. Comenzaba a diseñar planes en mi mente a la velocidad de la luz: paseos, charlas, risas, confidencias... cuando me sacudió el eco de una voz femenina. Todo vestigio de pensamiento positivo se alejó como por ensalmo. Lejos quedaba también la posibilidad de cambiar de compañero de viaje. Mis músculos se tensaron hasta que mi cuerpo entero se hubo convertido en un bloque de piedra.

—¿Dónde pongo el equipaje, cari? —No necesitaba verla, reconocería ese tono estridente en cualquier parte.

Me invadió una sensación de deslealtad absurda y deseé que el dichoso Nahuel volviera a recluirse en su bonito restaurante. ¿Por qué no se subía a su Harley y se rompía esta vez una pierna?

Para colmo de males, Román llegaba tarde, como siempre, y ahora ansiaba más que ninguna otra cosa en el mundo que ocupase el asiento junto al mío, cubriendo ese hueco que de repente se me antojaba una amenaza.

Por suerte, la parejita tenía como destino una de las primeras filas. Me fastidió la insistencia de Nahuel por cambiar de asiento. ¿Pretendía acaso aproximarse al final del vehículo, obligarnos a compartir conversación con la tal Diana?

—Ya veremos más tarde cómo queda el reparto —se negó Estela, con un brillo juguetón encendiendo sus ojos—. De momento, cada uno a su sitio.

Antes de decidirse a coronar el sillón con sus reales posaderas, Diana se prodigó en cumplidos con todos los viajeros. Excluyéndome a mí, por supuesto. Me dirigió, para más inri, una mirada envenenada. Era la perfecta anfitriona sin serlo, y se esforzaba por que se notara que dominaba el terreno. Me arrepentí enseguida de haber sido tan pretenciosa. ¿Qué esperaba, que me llamaran hermana y me pasearan a hombros como si hubiera cortado un par de orejas?

El viaje prometía ser largo y tortuoso. Nahuel me buscaba, pero yo evité mirarlo porque estaba segura de que mis ojos revelarían el acceso de rabia que había experimentado al verlo llegar con Diana. No había contado con esa posibilidad, a pesar de que era algo natural, dado que salían juntos. Si alguien sobraba en aquella reunión, esa era yo. De los comentarios se infería que todos me tenían catalogada como «la novia de Román», un título que estaba tan alejado de mi intención como el sol de la tierra. Me sentí una auténtica impostora y si hubiera tenido oportunidad de abrir un agujero en el asiento y escaparme por él, sin dudarlo lo habría hecho.

Por fin, justo cuando el autobús arrancaba y Estela anunciaba que Saúl iba a tener que quedarse «en tierra» debido a un problema en la galería, embarcó Román. Venía sudoroso y agitado, pero a mí me pareció un ángel caído del cielo para rescatarme. En aquel momento me permití regalarle a Nahuel la mirada que le había estado negando todo el tiempo, y adiviné en el fondo de sus ojos un desafío mientras su boca se tensaba en una perfecta línea recta.

CAPÍTULO 18



Mi madre se situó junto a Charlie y cogió el micrófono.

—¡Este viaje va a ser la bomba! —Unas palmaditas corroboraron su entusiasmo. Mamá es como una feria ambulante: siempre ruidosa, siempre festiva y dispuesta a divertir al más triste del mundo—. Os doy la bienvenida a esta aventura. Espero que estéis preparados para la diversión porque os tengo reservadas unas cuantas sorpresas. —Tuve un mal presagio: cuando mi madre dice *sorpresa*, el término alcanza su máximo sentido—. Sé que estáis ansiosos por descubrir a qué me refiero —aseguró, a pesar de que ninguno manifestó interés—, pero mi boca estará sellada. Conformaos con recordar que esta aventura está financiada por vuestra querida madre y que se trata de un homenaje a Charlie, por su valentía y el amor que me da cada día. Te queremos, Charlie, y vamos a apoyarte en lo que necesites.

Algo me impelió a lanzar la mirada atrás. Aproveché los silbidos y aplausos que siguieron a la declaración y desvié la vista hacia Luna. Descubrí que me miraba también, aunque se apresuró a bajar los ojos.

—¡Queremos un beso! —pidió Pedro. El corazón me dio un brinco al imaginar por un instante que se estuviera refiriendo a Luna a y a mí.

—Sería una completa irresponsable si besara al conductor mientras está trabajando —respondió mamá con dignidad.

Acto seguido se abalanzó sobre Charlie y le dio, no uno, sino incontables besos. Después de reírnos tuvimos que exigirle que parara, cosa que hizo solo ante un importante estímulo: ir describiéndonos el paisaje en tanto avanzábamos.

Me arrellané en el asiento esperando en tener unos momentos de tranquilidad para poner orden en mis emociones. Volver a ver a Luna había causado sobre mi ánimo un efecto catastrófico: tenía más claro que nunca que aquella pequeña mujercita ponía mi cuerpo a funcionar como ninguna otra

antes lo había hecho. Pero, ¿por qué? Había conocido mujeres más atractivas, más coquetas. Auténticas expertas en las artes de seducción. Y, no obstante, era una chica morena de ojos asustadizos y dulzura incontenible quien despertaba en mí la necesidad de rendirme a cada momento.

—Estás muy pensativo... Confío en haber sido yo quien te ha puesto esa sonrisa en la cara. —Me puse repentinamente serio. ¿Había estado sonriendo?

—La verdad es que no —admití sin ambages.

—Lo tomaré como una broma, en vez de una grosería. Porque vengo dispuesta a perdonarte.

Estaba tentado de preguntarle si es que había algo que perdonar, pero me abstuve. A Diana le encantan las batallas verbales. Por algo es abogada.

—¿Sabes qué es lo que me apetece ahora? —le pregunté en cambio. Me satisfizo comprobar que había generado expectación—. ¡Dormir! —Me dio unos manotazos ofendida.

—¡Eres un patán!

Cerré los ojos, decidido a disfrutar de mi propia compañía durante un buen rato, y confié en que el momento en que Diana se aburriese de insultarme llegara pronto.

—Es una pena que Saúl no nos haya podido acompañar —le aseguré a Román, en un intento por eludir su insistencia en mirarme como si fuera un succulento pastel digno de ser devorado.

—Ha prometido incorporarse más tarde, si sus obligaciones lo permiten. —Hizo una mueca y acercó su cabeza a la mía para revelarme en tono confidente—. Yo creo que el trabajo en el museo es solo una excusa. Es demasiado tímido y taciturno para soportar tamañas muestras de optimismo.

Suspiré aliviada. Había conseguido entretener a Román, si bien su proximidad me inquietaba. No conseguía experimentar ninguna emoción, aunque me esforzara por recuperar algunas de las que en los inicios de nuestra relación me había provocado. Ni una sacudida en el pecho, ni siquiera un cosquilleo.

Al escuchar que aludíamos a su mellizo, Raúl se sumó a la conversación, dándome la oportunidad de recuperar mi espacio y fiscalizar el resto del vehículo. Mis ojos volaron hasta los primeros asientos: me alegró ver que Nahuel dormía. Su actitud corporal parecía indicar que se empeñara en darle la espalda a Diana, y eso me produjo una satisfacción enorme, casi un triunfo.

La charla con Raúl resultó agradable. Era el más relajado de los hermanos, ni tan bromista como los otros ni tan serio como Saúl. Mostraba una tendencia natural a buscar la armonía y parecía preocuparse honestamente por todos. Me pregunté por qué no habría puesto mis ojos en alguien como él, tan ajeno a la complejidad de su hermano mayor. Estaba tan a gusto que no me percaté de que el tiempo pasaba. Habíamos llegado a lo que iba a ser nuestra primera parada.

—Esto parece un entierro de tercera —anunció Estela, micrófono en mano—. Estáis tan aburridos que tengo ganas de dormir hasta el campamento. —Simuló un ronquido y todos reímos—. Pero eso se arregla con un juego. —Sentí un escalofrío, ¿a qué clase de juego se referiría y por qué me había sacudido un mal presentimiento?—. Después de esta parada no podréis regresar a vuestros asientos hasta que yo no os dé permiso.

Se escucharon unos abucheos y vi como Nahuel abría los ojos de golpe.

—¿Qué pretendes, mami? —inquirió con voz pastosa.

—Un café rápido en el bar, y todos de vuelta aquí en diez minutos. Vais a saberlo a su debido momento.

Me entretuve en el baño más tiempo del preciso y a mi regreso comprobé que la mayoría de los miembros del clan estaban acomodados. Unos cuantos de pares de ojos curiosos se asomaron al cristal para verme caminar hasta la puerta delantera del microbús. Estela me esperaba con una bolsa en la mano.

—¡Detente y cierra los ojos! —me ordenó, y yo la obedecí con la diligencia de una escolar—. Mete la mano y coge un papelito. —Abrí los ojos y la miré extrañada—. ¡Trampa! —Volví a cerrarlos, igual que si me hubieran puesto delante una imagen irreverente—. ¡Venga, pequeña! Me voy a hacer vieja esperando. —Y celebró su ocurrencia con una carcajada.

Su risa sonaba alentadora, pero me dan grima las sorpresas y el sentimiento de aprensión que me había invadido desde el anuncio de aquella especie de «adivina quién» me apretaba el pecho.

—¿Quieres que meta yo la mano por ti? —propuso Pedro, que acababa de llegar, ganándose un palmetazo de Estela.

—Ella puede hacerlo solita. Tú ya tienes el tuyo, así que vuelve adentro. —Pedro se encogió de hombros y obedeció a su madre.

Deslicé mi mano dentro de la bolsa, cogí un papel doblado y se lo tendí.

—Asiento número 25. Joven, eso es el final del autobús. —¿Nos cambiábamos de asiento?

Recordé que al fondo, después de un par de filas vacías, quedaban unos cuantos vacíos. Estela había comentado que prefirió un vehículo más espacioso y que ya nos preocuparíamos de llenarlo, aunque yo sospechaba que la elección se había debido más a una razón de estética. Sea como fuere, pensé que no era *a priori* el lugar más apropiado para integrarme en la familia y vacilé.

Al notar mi reticencia, Estela me dio una cachetada en las nalgas.

—¡Adelante, guapa!

Recorrí el pasillo con una extraña sensación de desasosiego. Pude soltar un poco de aire al comprobar que Diana permanecería delante, junto a Houda. A continuación estaban Román y Estela, y después Pedro y Carolina, quienes charlaban animadamente. A Raúl le había tocado otra vez solo, en la parte izquierda, la fila del conductor, donde los asientos se ordenaban de uno en uno, aunque no parecía importarle. Levantó el pulgar y yo apenas le devolví una mueca mientras avanzaba hacia el final del vehículo, donde me esperaba Nahuel.

Me temblaron las piernas. Su boca permanecía cerrada pero en su mirada se adivinaba lo que se acercaba mucho a una sonrisa.

CAPÍTULO 19



Noté su contrariedad al descubrir que debía ocupar el asiento que quedaba libre a mi lado y sentí rabia. Por lo visto el romance con mi hermano debía ir en serio. Me levanté para darle paso y noté cómo se hacía más pequeña.

Esperé a que se sentara, y entonces le dediqué una sonrisa ladeada.

—Tampoco es tan malo, ¿no? —Me miró con sus redondeados ojos oscuros, pero no ofreció respuesta. Me escocía saberla tan tímida, sufriendo ante la posibilidad de tener que dirigirme la palabra. Mi lado menos racional me incitaba a provocarla, mientras que el Nahuel sensato me exigía que tuviera paciencia.

—¿Por cuánto tiempo más vamos a seguir fingiendo que no pasó nada? — Sus ojos se abrieron para observarme de hito en hito. El salvaje que habitaba en mí había terminado por ganar la batalla. Seis semanas suman más de cuarenta días. Demasiados para mantener la cordura.

Miró alrededor, para asegurarse de que nadie nos veía. Luego me regaló un mohín de disgusto.

—¿Te parece que es un buen momento ahora, con tu novia sentada unos metros más allá?

Quería aclararle que mi *affaire* con Diana hacía mucho que había hecho aguas. Que ni siquiera había llegado a tener en algún momento categoría de relación. Que si la había invitado a acompañarme había sido en un arranque de celos, por orgullo. Porque al escuchar de labios de mi madre la palabra *novios* asociada a Luna y a Román había estado a punto de volverme loco. Pero que comenzaba ya a arrepentirme de haberla incorporado al grupo.

Sin embargo, algo me impidió poner luz en el asunto. Había notado en el tono de su voz cierto reproche; aquello solo podía significar que le importaba y todavía debía decidir cómo sacar ventaja de la situación.

—No se me ocurre un momento más adecuado —la contradije. Y antes de que opusiera otra razón, añadí, bajando la voz—: Luna, todo este tiempo ha sido una tortura. Te he buscado varias veces en el hospital, necesitaba explicarte que si te besé aquella noche no fue algo premeditado. No quiero que pienses que soy un traidor, que no me importa lo que mi hermano sienta. Yo nunca haría algo que le hiciese daño.

—Cállate, por favor —me suplicó—. Vamos a olvidarnos de ese beso. Me siento muy mal, ¿sabes? No deberíamos estar hablando de esto.

—¿Eso es lo que quieres? —pregunté, desafiándola con los ojos.

Durante los siguientes segundos me miró con dolorosa intensidad.

—Es lo que quiero —determinó al fin.

Después permanecimos callados. Luna clavó la mirada en el cristal y yo me obligué a participar de las bromas que surgían en la parte delantera. Un paripé, porque mi pensamiento regresaba de modo recurrente hasta ella. Pensaba en la fuerza, en el coraje que le ponía a cada cosa que hacía o decía. Rezumaba pasión. En apariencia era frágil, apocada, pero la chispa que prendía en sus pupilas cuando defendía una causa la delataba: en su interior habitaba una mujer impetuosa.

Y yo estaba ansioso por dejarme arrastrar por su ardor.

—Por petición general, vamos a pinchar un poco de música —anunció mamá. Me pareció una solución caída del cielo para contrarrestar aquel silencio de sepulcro que se había interpuesto entre Luna y yo.

Los altavoces comenzaron a escupir notas, cada vez más altas, de un *rock and roll* setentero, y mi corazón retomó el ritmo perdido. Me atreví a mirar a mi compañera. ¡Estaba tan bonita con aquella expresión obstinada entre ceja y ceja! El cabello le brillaba, recogido esta vez en una sola trenza que le confería un aspecto más serio, menos infantil.

—No sabía que estábamos peleados —aventuré, decidido a ponerle un poco de normalidad a la corriente de aire que se había establecido entre nosotros. Su mirada se mantuvo anclada en el paisaje, pero no me pasó desapercibido el movimiento de su garganta al tragar saliva—. Vas a desgastar esa ventana de tanto mirarla. —Amagó una sonrisa—. ¿Te he contado alguna vez por qué soy un poco mago?

Elevó los ojos al cielo y se giró. Había conseguido captar su atención.

—Me lo vas a contar aunque no quiera, ¿me equivoco?

—Para nada, tienes toda la razón. Pero lo hago por tu bien —me apresuré a añadir, antes de que se le ocurriera una nueva excusa para rehuir la

conversación—. Si resultas ser una buena oyente, tal vez te pueda enseñar alguno de mis trucos. Hay un par de ellos muy útiles. —Compuse una expresión intrigante.

—¿Y por qué eres un poco mago, a ver? —preguntó risueña.

Le expliqué que mi padre, Eugenio, había sido un famoso hipnotizador. Que se valía de sus enormes ojos azules para atraer la atención de su público, y después los inducía al sueño consiguiendo que obedecieran sus órdenes.

—Era fabuloso, un verdadero artista. Se hacía acompañar por una bella chica de nombre Estela... ¿Te suena? —Abrió la boca fascinada, pero no la dejé interrumpirme por temor a que la magia se rompiera—. Cuando mi madre tuvo a los mellizos, decidió que debía quedarse en casa durante un tiempo para cuidarlos ella misma. Contratar una nueva chica para el espectáculo no entraba en los planes de mi padre, y como quiera que a Pedro no le atrajera ese mundo, yo me ofrecí a asistirlo durante sus actuaciones.

—¡Pero debías ser muy joven!

—Apenas contaba seis años. Pero era un chico listo. Aprendía rápido. Fueron unos cuantos años de viajes, de teatros...

—¿Y el colegio?

—Lo compatibilizábamos. ¿Te he dicho ya que era un chico listo? Y como tengo una mente ágil, fui archivando cada detalle para tratar de emularlo más tarde.

—Huelga decir que el alumno superó al maestro.

—Sería lo recurrente. Pero no. Mi padre siempre fue mejor que yo. ¡Él era el experto, El Gran Eugene! Mientras que yo soy solo un aficionado —le aseguré, al tiempo que sacaba una flor de detrás de su oreja.

—¡Lo has hecho otra vez! —Aplaudió. Y noté que el entusiasmo prendía en sus ojos.

Quise rozarle la mejilla con el dorso de la mano, pero hubiera quebrantado la intimidad que se había generado en los últimos minutos entre nosotros. Cualquier paso en falso podría suponer una nueva grieta, tal vez insalvable. Así que ejercí un férreo control sobre mis deseos, que me impulsaban a acariciarla.

—Me encanta cuando me cuentas cosas sobre tu familia. E incluso siento envidia —admitió.

—Uno no escoge la familia que le toca. —Pretendí animarla—. Y, en todo caso, la oportunidad de integrarse en una nueva está ahí. —Moví la mano,

que todavía me hormigueaba por la necesidad de tocar a Luna, y abarqué con ella el interior del microbús—. De una forma u otra, ya eres parte de nosotros.

Sonrió y sus ojos adquirieron el color del turrón de chocolate. Sentí que mi cuerpo se convertía en líquido, que me derramaba hasta el suelo. Comenzaban a sonar los acordes de *November Rain* y el corazón dio dos vueltas dentro de mi pecho...

*Cuando miro dentro de tus ojos
puedo ver un amor contenido
pero, cariño, cuando te abrazo,
¿no sabes que siento lo mismo?*

Nos habíamos quedado mudos, con las miradas entrelazadas, y mi mano, que anhelaba el tacto de su piel, se adelantó por iniciativa propia hasta la suya. La agarró como si fuera el oxígeno que requirieran sus pulmones.

Esperaba una estampida, un reproche, no obstante, los dedos de Luna se aferraron a los míos con idéntica ansia. Y así permanecimos durante los casi nueve minutos que dura la melodía. Echados sobre nuestros respectivos asientos, viéndonos en los ojos del otro y con las manos unidas en una sola, escondidas bajo la ropa como dos amantes furtivos.

De no haber palmeado mi madre ni siquiera nos hubiéramos percatado de que el vehículo se había detenido.

—¡Hemos llegado! —Luna soltó la mano y el encantamiento se deshizo. En su rostro se agolpaban un sinfín de emociones. La más evidente, el miedo.

Se puso en pie e intentó pasarme por delante, pero la retuve.

—Yo no, Luna. —En sus ojos asomó un interrogante—. Yo ni puedo ni quiero olvidarme de ese beso. De modo que tenemos dos opciones: lo enfrentamos ahora o lo hacemos una vez que regresemos de este viaje. Porque no quiero perder la oportunidad de saber si lo que sentí valió tanto la pena y tener que vivir con eso el resto de mi vida.

Después la dejé ir. Román se aproximaba con una expresión inquisitiva distorsionándole el rostro y no me sentía preparado para ofrecer explicaciones. El corazón se me había subido a la garganta anulando toda posibilidad de hablar y la mirada almibarada de Luna aún sostenía la mía.

Y a esa imagen decidí aferrarme el resto del viaje.

CAPÍTULO 20



Las piernas apenas me sostenían cuando descendí del microbús con Román pegado a mi espalda. Traté de que no notara nada, por fortuna solía ser poco perceptivo. Un comentario sobre fútbol o cualquier broma donde pudiera meter su pezuña lo incitaban a distraer su atención con mayor velocidad de la que se mueve el viento.

Pronto se enredó en un intercambio trivial con uno de sus hermanos y pude alejarme. Mientras recogía mi equipaje del maletero sentí los ojos indagadores de Houda sobre mi cara.

—Supongo que has tenido un buen viaje. No te habrá molestado mi cuñado, ¿verdad?

Enrojecí al instante, pero intenté disimularlo bajo una cálida sonrisa. Iba a tener que tratar de ser menos obvia si pensaba compartir unos días con aquella gente.

—Me he sentido a gusto, gracias. —No podía añadir que eso incluía una charla íntima y varios minutos recreándome en la azulada mirada de Nahuel. Tampoco confesarle que le había agarrado la mano como si mi vida dependiera de ello. Porque para eso habría tenido que reconocer frente a aquella amable mujer que apenas podía respirar cuando Nahuel estaba cerca. Y ¿no reprobaría acaso ella que habiendo venido en calidad de acompañante de Román hubiera sido capaz de traicionarlo de un modo tan infame?

No existía tal traición, pero eso su familia no podía sospecharlo. La única condición que yo le había impuesto a Román para incorporarme al viaje había sido que lo completaríamos en calidad de amigos. Y había estado dispuesta a aclararlo frente a todos hasta que Diana entró en escena.

Sentí algo parecido a los celos, un sentimiento que hasta entonces jamás había experimentado. Necesitaba demostrarle a Nahuel que no estaba allí por él. Y también demostrármelo a mí misma, porque podía engañar a los demás,

pero no a mi propio corazón, empeñado en contradecirme y ponerme en evidencia.

No tenía una explicación lógica para lo que acababa de suceder en el interior del autobús. Algo que iba más allá del plano físico. Sentía que nuestras almas habían conectado durante unos minutos, que se habían mecido al compás de la música de Guns N' Roses, que se habían enredado como nuestras manos, convirtiéndose en una sola. Había muchas cosas que aclarar, pero no eran la ocasión ni el momento. Así se lo había manifestado a Nahuel cuando este me rogó que hablásemos. Pero entonces, si había rehuído discutir sobre lo ocurrido en la barbacoa, ¿a qué había venido ese momento en plan *Love Story*?

Quise culpar a la música, a la voz rasgada y profunda de Axl Rose, pero ni Los Niños Cantores de Viena podrían lograr el efecto que una mirada de Nahuel provocaba sobre mí. Era capaz de anular mi voluntad, y eso solo podía justificarse en la conexión brutal e irresistible que existía entre nosotros. No solo le había dejado poner su mano sobre la mía, sino que yo misma había agarrado la suya como si fuera el aliento para un moribundo. Sus ojos se hundieron en los míos y, aunque permanecemos callados, me sentía capaz de escuchar su voz. Era la voz de su corazón, que me suplicaba que confiara en él. Y así permanecemos un tiempo que me supo a eternidad, con las manos amarradas igual que un par de adolescentes en una misión secreta.

Me había sentido aliviada y desilusionada al mismo tiempo cuando mi mano abandonó la calidez de la suya, espoleada por el requerimiento de Estela. ¡Qué frío más intenso el de la piel cuando se queda sola! ¡Qué vacío el hueco que antes otra mano rellenaba con sus dedos!

Las nubes que nos habían venido acompañando durante todo el recorrido comenzaron a llorar y un fino manto de lluvia coloreó el paisaje otorgándole un tono especial. La belleza del entorno me envolvió y, por un instante, conseguí olvidar por qué estaba allí y, sobre todo, por quién. Era solo yo en medio de la naturaleza. Naturaleza en estado puro, aroma a hierba mojada y frutos del bosque. Todo invitaba a soñar, a trasladarse a un paraíso encantador.

Pronto pusimos la atención sobre el edificio que se perfilaba ante nuestros ojos, un hotel con aires rústicos y planta rectangular, construido en piedra y con el techo a dos aguas cubierto de tejas que evocaba las tradicionales masías catalanas.

Del interior salía en aquel momento un chico. Prácticamente corrió hacia nosotros. Iba seguido por un pequeño perrito que, en su afán por cortarle el

paso, andaba enredándosele entre las piernas. Al llegar hasta el microbús se detuvo y buscó ansioso entre los recién llegados hasta dar con Carolina, que en ese momento bajaba del vehículo. Se lanzó hacia ella y la levantó en volandas. Luego no dudó en besarla delante de todos.

—¡Vamos! ¡No seáis empalagosos! —les recriminó Raúl—. Un poquito de consideración con los solteros.

—Si no das con una buena chica por aquí, siempre podrás consolarte con los animales —intervino Charlie, que acompañó su discurso con una risotada.

Era la primera vez que lo escuchaba hablar y no me agradó que fuese para hacer una broma de mal gusto; con todo, los demás no parecieron reparar en el detalle o bien se limitaron a ignorarlo. Solo Houda lo castigó con una mirada acerada.

Hugo dejó a Carolina sobre el suelo y se sacudió los restos de lluvia del cabello. Resultaba atractivo, con su media melena y una sonrisa capaz de derretir el Polo.

—¡Sed todos bienvenidos!

—¡Hola, yerno! —exclamó Estela, después de dedicarle una mirada de reconocimiento—. No pareces uno de esos Fortes. —Carolina la miró con estupor—. Llevo años soñando con poder usar ese apelativo —aclaró, de forma inmediata, en un notorio intento por disimular el exabrupto—. ¿Vas a negarme el privilegio?

Hugo sonrió, claramente complacido.

—¡Ni hecha a medida hubiera podido disfrutar de una mejor suegra! En sus labios, la palabra *yerno* suena a música celestial —respondió, adulador, antes de rodearla con sus interminables brazos—. Y, ¿sabe? Lleva usted razón, Estela. Aprecio a las personas capaces de llamar a las cosas por su nombre. —Le guiñó un ojo—. No soy precisamente el hijo que mis padres soñaban.

—Yo más bien diría que ellos no son los padres que tú mereces —agregó Estela, con un golpe cariñoso sobre el pecho del chico—. Mucho arroz para tan poco pollo.

La afirmación logró arrancarle una carcajada a Hugo.

—Pero le contaré un secreto, suegra —continuó bajando la voz—: en los últimos tiempos las travesuras de mi hermana me han hecho subir dos niveles en la escala familiar. Además, su hija me tiene amaestrado.

—Eso es como asegurar que un lobo se ha vuelto vegetariano —aseguró la aludida, sacudiendo la cabeza.

A continuación nos fuimos presentando mientras Hugo nos obsequiaba con incontables sonrisas. Resultaba simpático y locuaz, y me alegré por Carolina, cuya felicidad era contagiosa.

—Y esta es Narizotas —nos informó nuestro anfitrión al tiempo que acariciaba el hocico del animal—. La única chica que me ofrece un amor incondicional.

—¡Eres un canalla, Hugo! —le reprochó su novia—. ¿Acaso no te he dado muestras suficientes de que te quiero a pesar de todo?

—No debéis creerle una palabra. Siendo, como es, empleada mía, se siente obligada a ignorar mis múltiples defectos.

—Hago un gran esfuerzo —suspiró Carolina exageradamente—. Pero mi puesto de trabajo bien lo vale.

Hugo le regaló un pellizco en el trasero y ella simuló una mueca ofendida.

—Perdone las confianzas, suegra. Pero a este tipo de mujeres tan guerrilleras hay que ponerlas en su sitio —bromeó, ganándose un puntapié de su novia.

—Si empiezas a tutearme creo que podré hacer la vista gorda —contestó Estela.

—Eres una delicia, Estela —afirmó Hugo—. Si esta preciosidad que tienes por hija no se hubiera empeñado en echarme el guante, te aseguro que Charlie lo hubiera tenido difícil para competir conmigo.

—¿Que yo me empeñé en...? —Hugo acalló la protesta con un beso que fue celebrado con una lluvia de palmas.

—¡Qué bonito es ver a la gente enamorada! —exclamó Nahuel una vez se separaron.

Me estremecí al percatarme de que me miraba directamente a mí. Comenzaba otra vez a chispear y una fila de nubes negras presagiaba una tarde pasada por agua.

—Pasad adentro antes de que cojáis un resfriado —nos apremió Hugo, sin soltar la mano de Carolina que lo miraba embelesada—. Hemos preparado un *planning* a la altura de un grupo de deportistas como lo sois vosotros. Aunque puede que pospongamos el comienzo para mañana, dadas las condiciones climatológicas, y pasemos una tarde tranquila con los juegos de mesa. —Eché a andar hacia el hotel, y cada quien agarró su equipaje para imitarle.

Houda llamó a Narizotas y la perra no dudó en subírsele encima.

—Echo de menos a mis animales, pero tú eres una perrita encantadora y conseguirás que los días sin ellos no resulten tan dolorosos. —La cogió en brazos y caminó en pos del grupo, con el apoyo de Pedro, que llevaba una maleta en cada mano.

Por lo visto me había quedado la última. Vi como Diana corría hacia el establecimiento, con una mano sobre la cabeza y blasfemando sobre la lluvia que lograría estropearle su peinado de sesenta euros y me congratulé de llevar una sencilla trenza, susceptible de empaparse sin sufrir menoscabo.

—Prefiero mil veces una trenza a cualquiera de esos sofisticados *looks* de peluquería —sentí una voz a mis espaldas. Me giré, era como si Nahuel fuese capaz de leer mis pensamientos—. Tu naturalidad es una de tus mayores virtudes —añadió, y su voz fue como una caricia en la base de mi cráneo—. Por eso sueño con el día en que me dejes ver tu pelo suelto.

CAPÍTULO 21



Hubo una protesta generalizada cuando mamá anunció que no ocuparíamos habitaciones, sino los bungalós radicados en los jardines.

—Los chicos con los chicos y las chicas con las chicas. Ya podéis olvidaros de arrumacos.

—Es infantil —protestó Román.

—Tú sí que resultas infantil. No te portes como un niño, haciendo pucheros y pataleando. Si queríais meteros mano, haberos quedado en casa.

—¡Mamá!

—¡Que no me chupo el dedo! Aquí hemos venido a convivir, a socializar, no a hacer *apartheid*.

Agradecí secretamente aquella imposición, que me ofrecía la doble ventaja de no tener que compartir espacio con Diana y de mantener separados a Luna y a mi hermano. Diana no se mostró tan complacida. No había parado de refunfuñar desde que se determinara el reparto.

—Os vendrá bien algo de abstinencia —insistió mamá, repartiendo la mirada entre las dos parejas oficiales.

—Yo no voy a separarme de Hugo —amenazó Carolina—. Si me he acoplado al plan ha sido por agradarte, madre. Pero también he venido para pasar unos días con mi novio y no pienso despegarme de él.

—Tú harás lo que yo te diga, jovencita —ordenó mamá, apuntándola con un dedo—. Todavía ostento el cargo de madre. Mientras no tengas tus propios hijos, el derecho a arrebatarme la corona te está vetado.

—Creo que tu madre tiene razón —terció Hugo.

Houda y Pedro acataron las reglas sin oponer resistencia.

—¿Cuenta como chica esta pequeña preciosidad? —inquirió Houda, apretujando a Narizotas entre sus brazos—. Me conformaría con una separación forzosa si me permitís incluirla en el grupo de mujeres.

Diana arrugó el ceño.

—Mientras no suba a mi cama, podré soportarlo. Los pelos de los animales me provocan alergia.

Houda elevó los ojos al cielo y no pude reprimir una sonrisa. ¿Qué podía esperarse de una esnob?

Después de dejar las maletas nos reunimos para el almuerzo. Nos habían asignado una mesa preferente en el comedor, en un reservado. Un par de monitores nos acompañaban. Especialmente simpática resultaba Matilda, la alemana, que amenizó la sobremesa con su afable conversación, deleitándonos al final con una anécdota sobre el equívoco que Hugo fomentó para que mi hermana no descubriera que él era el propietario y director del campamento en vez de un simple monitor.

—Yo le dije que mi jefe era un tipo listo y bastante guapo, pero ella insistía en que si fuera en verdad inteligente no contrataría gente de la calaña de «algunos de los monitores» —explicó divertida—. Iba a sacarla de su error cuando el jefe me amenazó con cortarme la lengua, así que fui obediente y esperé a que fueran ellos mismos quienes librarán su particular batalla. ¡Ya sabía yo que había *feeling*! —concluyó satisfecha.

Tras la comida, algunos decidieron retirarse a descansar, pero como yo quería permanecer el máximo tiempo posible cerca de Luna, esperé a ver qué opción elegía ella. Román no es de los que bajan la guardia, y no obstante un requerimiento de Hugo, algo relacionado con una camada de conejos enanos, lo convenció para dirigirse hacia la parte trasera del hotel.

Simulé que no me importaba dedicando toda mi atención a Diana. Por suerte, esta resolvió que una siesta favorecería el estado de su cutis y se dirigió hacia los bungalós, dejándome a expensas de Pedro y Houda, últimos supervivientes de una reunión disuelta de modo espontáneo. Ambos repasaban el programa de actividades, discutiendo sobre las capacidades físicas de cada uno de los componentes del grupo.

Con un movimiento rápido me cambié de asiento, consiguiendo situarme junto a Luna.

—¿A qué vas a apuntarte tú?

—¿Tenemos elección, o debemos dejarlo en manos de Estela?

—Así que lo has notado, mi madre es una dictadora incorregible —aseguré—. Pero no se lo tengas en cuenta, ha tenido que bregar con seis hijos. Mi casa era un cuartel general, está acostumbrada a mandar y organizarnos a todos.

—¡No me importa, en serio! —se apresuró a aclarar, con aquel rubor que se hacía presa de ella cada vez que temía haber metido la pata. Sentí unas ganas terribles de abrazarla, pero me contuve. Mi hermano y mi cuñada no habrían visto con buenos ojos un gesto tan cercano—. En realidad estoy encantada de que me hayáis permitido participar en vuestra reunión familiar.

—Es una consecuencia lógica de tu noviazgo con mi hermano —concluí sin poder evitar cierto tono de reproche.

Ví que en su rostro asomaba la confusión y me arrepentí enseguida de haberme dejado llevar por un impulso.

Después Pedro se acercó a preguntarnos si nos parecería divertida una batalla de *paintball*.

—Por la cara que tienes, Nahuel, adivino que te gustaría disparar a más de uno.

No supe si agradecerle la interrupción o mandarlo al cuerno, una nueva muralla se erigía entre la pequeña Luna y yo, otro malentendido que sumar a la lista de «cosas por aclarar».

La tarde fue, como se esperaba, lluviosa, de modo que nos reunimos en el salón de juegos y completamos unas cuantas partidas.

Me sorprendió comprobar que Luna era competitiva: como ante las injusticias, sacaba su lado más combativo cuando se trataba de ser la primera, y funcionaba a la perfección a la hora de aliarse frente a sus contrincantes. Tenía un concepto bien definido del trabajo en equipo, y yo anhelaba que me tocara en su grupo, ya que eso me daría la oportunidad de estar junto a ella y compartir un objetivo, hasta el punto de fantasear con que hacíamos parte de algo mucho más importante e intenso.

A ratos me entretenía en sus ojos, en sus labios, procurando que no se me notaran las ganas. Porque abalanzarme sobre ellos era un impulso recurrente al que tenía echado el freno. De tanto recrearme en los rasgos de su rostro había llegado a olvidarme de la impertinente Diana. En comparación la encontraba vulgar y estridente. Sus vanos intentos por aproximarse me inclinaban cada vez más en su contra. Me estorbaban sus comentarios fuera de tono, sus bromitas molestas, que rozaban la grosería cuando se trataba de Luna. No es que hubiera detectado interés alguno por mi parte, porque su prepotencia y seguridad en sí misma, y el desdén por las cualidades ajenas le impedían ver más allá de sus narices, pero cualquier mujer que se cruzara en su camino era incluida en la categoría de rival.

—Niña, esas trenzas no te favorecen en absoluto. Deberías cortártelas. Pareces una colegiala —se atrevió a decirle en algún momento.

—¡Pero entonces no podríamos llamarla Pocahontas! —intervino Román, divertido, y unas risas acompañaron su comentario.

Ví que las mejillas de Luna adquirirían el tono de un fresón de Palos.

—Con trenzas o sin ellas, Luna es una mujer hecha y derecha —afirmé—. Y una mujer muy bonita, debo añadir. Ella no necesita adornos ni aditivos para mostrar ante los demás una imagen que no se corresponde con su identidad.

Aquello sirvió para dar por concluida la conversación.

A partir de ahí y hasta la cena, un reverente silencio acompañó cada uno de mis comentarios. Me sentía como E.T. el extraterrestre en medio de un grupo de científicos. Multitud de pupilas se clavaban sobre mí como si me hubiesen salido un par de cuernos. Pero a mí solo me interesaban las de Luna, que rehuían mi escrutinio.

Por fin me dio la posibilidad de mirarme en ellas. Fue de regreso al bungaló para pasar la primera noche. Antes de despedirnos cruzamos las miradas y en la suya, intensa y profunda como la noche que se abría frente a nosotros, pude leer el agradecimiento que quería transmitirme.

CAPÍTULO 22



Se decidió que tendríamos un estreno tranquilo en las actividades. Pasaríamos la mañana del viernes entre la tirolina y el tiro con arco. Era una forma, según apuntó Hugo, de comprobar la forma física de cada uno para poder distribuir las pruebas con un criterio fundamentado en la observación. Pero, por las miradas que intercambié con su novia, me obligué a sospechar que había en la elección una razón oculta que el tiempo se encargaría de desvelar.

Carolina quiso ser la primera en lanzarse. Parecía una niña con zapatos nuevos mientras se ponía el arnés. Me pareció que gritaba: «¡Yuju!», o algo parecido cuando pasaba a toda velocidad sobre nuestras cabezas. Hugo la esperaba al final del recorrido para darle una ayuda que claramente no necesitaba. Ella se dejó caer entre sus brazos y él le arrebató un beso, al que Carolina respondió encantada. Todo lo que hacían juntos daba la sensación de seguir un protocolo previamente marcado. Como si jugaran un juego que solo ellos conocían. «Eso debe ser el amor», me dije con fastidio. Ya tenía edad de enamorarme en serio, y comenzaba a sentir la necesidad de volver a entregarme a alguien con la pasión que aquellos dos compartían.

—¡Quiero repetir! —exclamó entusiasmada ella—. ¡Nunca me canso!

Pensé que yo tampoco me cansaría si al final de la cuerda un joven fuerte y guapo tuviera sus brazos dispuestos para envolverme. Nahuel, por decir alguien.

—¿Lo que tanto te gusta es el viaje o el premio final? —inquirió Hugo, levantando una ceja. Ahí estaba la respuesta al misterio de por qué la tirolina resultaba una prueba indispensable en el programa.

Carolina le regaló una sonrisa y volvieron a besarse. Comenzaba a darme empacho tanta muestra de cariño.

—¡Estás hecha una deportista, Caro! —se mofó Nahuel—. ¿Tienes más habilidades ocultas con las que pretendas sorprendernos?

Ella lo ignoró, entretenida como estaba en saborear la dulce miel de unos labios siempre dispuestos a dejarse acariciar por los suyos.

No todos estuvimos tan duchos en la caída. Menos mal que nos quedaba el tiro con arco. Me resultó una actividad mucho más estimulante. Como éramos muchos, se hizo un primer turno con los más avezados que a continuación debían ejercer de instructores de los restantes. Estela dirigiría a Charlie, de modo que supuse que cada quien recibiría instrucciones de «su pareja».

Me equivocaba de plano. La jefa del clan nos reservaba otra de sus sorpresitas.

—Lo he hablado con el director del campamento —comenzó, señalando a Hugo—, y está de acuerdo: la mezcla hace la magia. De manera que no quiero ver ningún par previsible, ¿me explico? Asociaos a alguno de los espabilados, procurando no haber tenido nada que ver u os someteremos a castigo.

Sentí que Román bufaba a mi espalda.

—Ya estamos con la coña marinera de la socialización. ¡Ni que estuviéramos en una guardería!

Diana no se mostró muy ofendida cuando se alineó junto al atractivo Hugo. Disfrutaba coqueteando, aunque tratara de disimularlo tras una forzada simpatía.

—Esto lo hacemos por mamá, ¿no? —le susurró Raúl a Román. Este lanzó una mirada recelosa a Nahuel, que en aquel momento charlaba con Hugo y no parecía demasiado interesado en cómo quedaría el reparto. Aquello pareció satisfacerle, porque se resignó.

Se resolvió que Carolina instruiría a Raúl, Houda pidió ser asignada a Román y quedábamos Pedro, Nahuel y yo.

—Ven conmigo, cuñada. —El corazón me latía desordenadamente ante la perspectiva de formar equipo con Nahuel, así que resultaba un respiro la propuesta de Pedro—. Me apetece un montón enseñarte a disparar. Por si necesitas hacer diana en el trasero de mi hermanito.

—Yo no me agacho tanto como tú, por lo que resulta difícil que el culo se me vea.

Pedro encajó la crítica del benjamín con su buen humor habitual, e incluso chocó su mano con la de Román.

—Tienes talante, peluso. Pero te queda mucho camino por recorrer. Llegará el día en que hinques las rodillas por una chica. Y te aseguro que pensarás que merece la pena.

El comentario le valió un codazo en las costillas de parte de su novia. Supuse que me juzgarían aludida e incluso ofendida, y solo se me ocurrió devolverles un amago de sonrisa.

Hugo dio dos toques de silbato y nos alineamos en torno a él. Nahuel protestaba porque lo habíamos dejado fuera del juego. Hugo le aseguró que haríamos turnos, de forma que nadie se quedaría sin tirar aunque fuera una sola vez.

—¿Estáis listos para poner a prueba vuestra destreza y puntería? Recordad que el tiro con arco es una disciplina olímpica. Recomendamos a todos nuestros visitantes, para añadirle emoción a la actividad, que imaginen que se encuentran en medio de una alta competición. Vais a tener hasta tres juegos cada uno y en cada uno podréis lanzar tres flechas. Primero lo harán los «profesores», para dar ejemplo. Luego jugaréis el resto. Haremos el cómputo al final, ganando la pareja de arqueros que mejor resultado conjunto haya logrado. ¡Adelante! —Noté que los componentes de la familia Ramírez se ponían en tensión. Daban muestras de ser muy competitivos.

Me costó poner los pies en movimiento y seguirle el ritmo a Pedro, que se había colocado frente a la última diana.

—Aquí tendremos una posición de privilegio para vigilar al resto —murmuró, guiñándome un ojo.

El juego se desarrolló respetando los turnos: primero fueron lanzando los más experimentados, al tiempo que se sentaban las bases y explicaban las pautas para el lanzamiento. Luego tocaba a los primeros «amaestrar» a sus alumnos. Cada uno debía indicar la postura a tomar y los pasos a dar para un lanzamiento certero. Pedro se mostraba paciente y encantador.

—¡Eh! —le gritó en un momento determinado a su hermano, que ocupaba la primera diana, justo en el extremo opuesto—. ¡No hace falta que aprietes tanto a Houda! Es una chica lista, aprende rápido. —Luego se dirigió a mí—: Se cree que no puedo verlo desde aquí, es un «manos largas» el pequeño Román. Cuídate de dejarte atrapar por sus tentáculos, porque no te soltará jamás.

Sonreí. Estaba dispuesta a dejarlo creer que Román y yo éramos un par de enamorados con tal de disfrutar de un poco más de tiempo junto a su familia... y cerca de Nahuel. Me dispuse a escuchar sus instrucciones tratando

de evitar la mirada insistente de Nahuel, que esperaba muy cerca, aunque en aquel instante irrumpió en medio del campo de tiro una acalorada Matilda.

—¡Necesitamos a Pedro! Un problema forestal. —Pedro es ingeniero de montes y durante la cena se había prestado a revisar el entorno—. Han venido de medioambiente, así que necesitamos que nos eches una mano con los papeles. Te ofreciste, ¿recuerdas? —le preguntó, acentuando las erres.

Hugo hizo ademán de acompañarlos, pero Matilda lo detuvo con una mano.

—Nos apañamos bien sin ti, jefe.

Pedro se disculpó y enseguida tuve a Nahuel pegado a mí.

—Cuestión de destino, supongo —afirmó, al tiempo que se encogía de hombros. Tenía una sonrisa en los ojos aunque su gesto pretendía ser serio.

Me puse en guardia de forma instantánea.

—Quizás deberíamos esperar a Pedro —sugirió Román, poniendo en sus labios las palabras que yo no acertaba a pronunciar.

—No es buena idea —concluyó Estela—. Continuaremos la competición por donde la dejamos. Es casi la hora del almuerzo, ¡tengo hambre! Nahuel tomará el lugar de Pedro y se acabó la discusión.

Nadie se atrevió a rechistar y al momento siguiente Nahuel estaba pegado a mi cuerpo, susurrando órdenes.

—La cadera y los hombros deben estar perpendiculares a la línea de tiro y la cara debe rotarse hacia el blanco... Es esencial una postura relajada... Asegurar la flecha, apoyarla sobre el reposaflechas, coger la cuerda con una ligera tensión y alinear el arco con el blanco.

Quería decirle que pedir que me relajara, con su mejilla pegada y sintiendo su aliento junto al mío, era como exigirle a un vampiro que guardase los colmillos en un banco de sangre.

—Hay que tensar el arco así. —Me manipuló la mano, igual que si fuera un títere entre las suyas y un chorro de sangre caliente viajó a lo largo y ancho de mis venas—. El brazo que tensa va en línea recta con la flecha, ¿ves? —Lo único que veía era el azul de sus ojos de mar, limpios y brillantes, que me llamaban a colarme dentro—. Anclar, apuntar y tensar. Ese es el orden. —Deslizó una mano por mi espalda—. La espalda debe tener una tensión suplementaria. —La tensión viajaba por todo mi cuerpo, de arriba abajo—. Luego, para soltar, abres los dedos y aflojas la mano. —Vi como la flecha volaba hacia la diana y me pareció que mi cuerpo iba tras ella, o quizás era mi

alma la que lo hacía, porque el brazo de Nahuel me mantenía pegada a su cuerpo.

—Esto es mucho más difícil de lo que calculaba —afirmé, soltando el arco. La flecha había ido a parar entre dos de los anillos más alejados del centro.

—Es cuestión de práctica y de tesón. Si uno quiere apuntar para conseguir algo, debe ponerle el alma, tirar y tirar hasta hacer diana, ¿no crees? —Sus palabras, cargadas de intención, provocaron un escalofrío en mi columna vertebral.

—Será mejor entonces que vuelva a intentarlo —logré responder, aunque sentía los latidos de mi corazón golpeando contra las venas. Le aparté la mano, a pesar de que ansiaba que permaneciera sobre mi piel para siempre, y la diversión desapareció de sus ojos—. Pero esta vez preferiría hacerlo sola.

CAPÍTULO 23



Por la tarde se plantearon juegos y dinámicas de grupo para conocernos mejor y aliviar la tensión de la competición. Matilda explicó que resultaban muy efectivos en los casos de visitas organizadas por empresas, para fomentar las buenas relaciones entre sus trabajadores.

Empezamos por el planteamiento de un problema y su resolución. Era algo ridículo: un caso sobre un tipo que pretendía plantar unas coles en el huerto de su vecino, quien resultaba alérgico a las verduras. El primero dependía de las coles para sobrevivir, pero no tenía el espacio ni los medios para cultivarlas. El segundo tenía sus razones para negarse, ya que las verduras le provocaban urticaria. Cada quien fue dando su versión de los hechos y aportando soluciones al conflicto, y al final no existía una verdad absoluta, pues se trataba de argumentar y tratar de ser empáticos.

Pero me encantó escuchar los motivos de Luna, ver cómo hacía suyo el problema y se preocupaba de satisfacer a ambas partes, tratando de ser justa.

Tras el debate pasamos a hacer una rueda cogiéndonos de las manos. Deseé con todas mis fuerzas que fuese Luna quien estuviese flanqueándome, aunque solo fuera por agarrarle los dedos una vez más. Pero no tuve suerte y me resigné a buscarla con los ojos mientras girábamos y girábamos hasta caer exhaustos. Parecía una ñoñería, pero la espontaneidad y aquel comportamiento infantil lograron que nos riéramos a carcajadas. Me sentía feliz, lejos de la presión incesante que el restaurante y la responsabilidad de mantener un nivel de calidad me exigían. Tenía la sensación de hallarme dentro de un paréntesis. Era el segundo que me permitía en poco tiempo, si tenía en cuenta la baja a consecuencia de la fractura de muñeca, y empezaba a acostumbrarme a relajarme, a saborear cada momento.

Influía, para qué negarlo, la presencia de Luna. Ella me transmitía positivismo, me reconciliaba con mi parte más ingenua, esa que había dejado

atrás hacía mucho tiempo. Y su risa era el motor que ponía en marcha todas esas ganas de ser y estar. Las que durante los últimos años habían permanecido inertes.

Para terminar, jugamos al confesionario. Nos sentábamos por parejas y cada quien debía formular dos o tres preguntas a quien tuviera enfrente. Íbamos rotando de modo que todo el mundo tuviera la posibilidad de preguntar y ser preguntado por cada uno de los miembros del grupo.

Esperé con ansia el momento y apenas pude disimular la emoción una vez que ocupé la silla que me enfrentaría a Luna. Había una distancia prudencial entre cada pareja y la intimidad estaba asegurada también gracias a la música de fondo, de forma que tenía una oportunidad única y pensaba aprovecharla.

—¡Dispara! —le pedí, aguantándome las ganas de indagar en sus sentimientos.

Carraspeó.

—¿Por qué te has convertido en cocinero si apuntabas maneras de mago?

Oculté mi decepción tras una frágil sonrisa. Hubiera preferido algo más arriesgado, pero aunque ella me obligara a ser paciente, estaba resuelto a dar un paso más.

—Supongo que la cocina tiene parte de magia. También se usan trucos y se produce un resultado sorprendente. Pero lo que más me gusta de ser cocinero es que me permite ser creativo y comunicar cosas a los comensales.

—¿Qué quieres decir con «comunicar cosas a los comensales»? —preguntó sorprendida.

—¿Esa es tu segunda pregunta? —Negué con la cabeza, antes de añadir —: Te aconsejo que te la reserves para algo más original. —Abrió los ojos—. Es mi turno, y me gustaría que me respondieras a esto —expuse rápidamente ante el temor de que cortara mi iniciativa—: ¿A qué no renunciarías?

Se quedó pensativa durante unos segundos.

—A mi pelo.

—¿Por nada y por nadie?

—Absolutamente. Es un símbolo de mi identidad. Soy de origen mexicano, ¿sabes? Por eso tengo este cabello negro y brillante. Mi abuela era nativa, y fue quien escogió mi nombre, Meztli, que significa «luna» en lengua náhuatl. Es un nombre de origen azteca, igual que ella, y se pronuncia «Metzi» en indígena.

—Pues ya tenemos otra cosa en común, porque mi nombre es de origen mapuche, de Chile, y muy popular allí.

—¿Qué significa?

—«El tigre» —contesté orgulloso.

—Sí que tienes algo de felino —bromeó, y unos hoyuelos se dibujaron a ambos lados de su rostro—. Mi nombre me vincula a mis orígenes, del mismo modo que lo hacen las túnicas que uso, o mi cabello. Son signos que me conectan con mi abuela, que fue la persona que más he querido en la vida.

Se había puesto melancólica y anhelé abrazarla, asegurarle que no estaba sola; yo estaría siempre para protegerla.

Pero nos rodeaban varios pares de ojos que no habrían interpretado con justicia un gesto tan natural.

—Me toca —exigí para romper con la tristeza que amenazaba con cernirse sobre Luna.

—¡Acabas de preguntarme a qué no renunciaría!

—Y tú has querido saber lo que significaba mi nombre.

—¡Eso no vale como pregunta! —protestó, aunque tenía una sonrisa en los ojos.

—Haberlo pensado antes. —Se cruzó de brazos y yo dejé escapar una risilla.

—Anda, pregunta —claudicó.

—De las últimas semanas, si tuvieras que quedarte con un momento, ¿cuál escogerías? —El rubor comenzó a extenderse por sus mejillas y me felicité por haber hecho diana: Luna tenía un recuerdo asociado a «nosotros». Y el hecho de que pudiera haber un «nosotros» estimulaba mi imaginación.

Suspiró antes de contestar:

—Es difícil. ¡He vivido tantas cosas en estas últimas semanas! Me quedaría con muchas de ellas. He conocido personas maravillosas. Todos vosotros sois geniales, Nahuel.

Estuve a punto de decirle que los demás me importaban un comino. Yo quería que hablásemos de ella y de mí, y de nadie más. Pero temí asustarla con mi vehemencia, así que me mordí los labios.

—No es justo, creo que has sido demasiado ambigua. Yo tengo una respuesta más clara.

—Pero aún no sabes lo que voy a preguntarte.

—Sin embargo, quiero contestar a mi pregunta —dije sin apartar mis pupilas de las suyas.

—Así no son las normas.

—Esos minutos en el microbús —continué haciendo caso omiso—, cuando nos mirábamos a los ojos. Fueron los más intensos y los más bonitos de mi vida.

Tragó saliva y comprendí que no le había pasado por alto el detalle: había hecho alusión a un período mucho más amplio que las semanas que yo mismo había planteado. Pero así es como lo sentía.

Nos quedamos callados, respirando el mismo aire igual que dos peces a punto de ahogarse.

—¿Crees que fue solo un beso? —me adelanté. Y vi que Luna contenía el aliento—. Sí, ya sé que no me toca. Pero ya me he cansado de este juego —expuse, refiriéndome a una situación que iba mucho más allá de aquella propuesta grupal y que nos mantenía atados mediante una cuerda imaginaria desde la misma noche en que nos conocimos—. Yo estoy convencido de que fue mucho más que eso —seguí, ignorando su mirada de súplica—. Una palabra, Luna. Una palabra podría cambiarlo todo. Pero necesito que te arriesgues. Que por una vez en tu vida hagas algo por ti, sin pensar en los demás. Yo estoy dispuesto... ¿Y tú?

Me levanté, había sonado el silbato y tocaba cambiar de asiento. Luna me siguió con la mirada y me alegró descubrir en el fondo un brillo, el mismo que me había deslumbrado cuando defendió la necesidad de procurarle coles al necesitado vecino.

CAPÍTULO 24



—¿Cómo conociste a Román? —La pregunta llegó de sopetón y estuve a punto de caerme del caballo.

Desconfiaba de Diana, me intimidaba la expresión severa de su rostro. Pero además sentía próxima la sombra de Nahuel. Lo último que me apetecía era mantener una charla íntima con su novia a pocos metros de él.

Había amanecido un día extraordinario y los primeros rayos de sol me cegaron por un instante, impidiéndome distinguir los rasgos de mi interlocutora.

Eso me infundió ánimos para contestar.

—Nos presentó un amigo común —murmuré, suplicando mentalmente que aquello fuera suficiente para saciar su curiosidad. En realidad lo había conocido en una fiesta. Román estaba rodeado por sus amigos, estuvieron un rato evaluándome, tras el cual se aproximó y me espetó: «Si no supiera que los cuentos son historias fantásticas diseñadas para entretener a los niños, aseguraría que te has escapado de *Pocahontas*». No era un comienzo alentador, pero no se le podía negar la originalidad.

—¿Y lleváis mucho tiempo saliendo? —insistió frustrando mis esperanzas.

Se me escapó un suspiro involuntario. ¿No había tenido la ocasión de preguntarme la tarde anterior? ¿Por qué entonces se había limitado a plantear cuestiones banales, y escogía justo el momento en que Nahuel andaba cerca para meter el dedo en mis asuntos amorosos?

—¡Chicas! Vamos a parar en aquel arroyo para descansar un rato y contemplar el paisaje. —Hugo había adelantado su caballo y sentí ganas de besarle por resultar tan oportuno.

—¿Qué distancia habremos recorrido? —fingí interesarme, y me propuse encadenar una pregunta tras otra hasta lograr despistar a la pertinaz abogada.

Lo conseguí, aunque no resultó sencillo, y también pude esquivar a Charlie. Todavía tenía muy presente la pregunta que me había formulado: «¿Sabías que las enfermeras sois la fantasía recurrente de todo hombre?». Luego se quedó mirándome igual que si hubiese dicho algo gracioso. Tenía un sentido del humor torpe y absurdo, y me resultaba difícil comprender cómo encajaba con una mujer altamente sensible como Estela.

Los caballos aprovecharon aquel espacio abierto para pastar, y yo me senté al borde del arroyo, junto a Raúl, Houda y Estela; más allá, Carolina charlaba con Diana; y Charlie trataba de conciliar el sueño tumbado bajo la sombra de un árbol.

—Esto apenas empieza y ya tenemos candidatos a quedarse fuera del pícnic. —Estela señaló hacia el lugar donde sus otros tres hijos varones, Pedro, Nahuel y Román, analizaban los resultados de la última jornada liguera.

—No pueden evitarlo, suegra. Son así de básicos —expuso Houda.

Se me escapó una risita.

—Y Román es el peor de todos —añadió su madre dedicándome una mirada curiosa—. No esperes cambiarlo, perderías el tiempo. Está hecho de carne y huesos, pero no tiene materia gris, ¿sabes? —dijo mientras se golpeaba el cerebro—. Aún tiene que crecer. Pedro está un poco más pulido, es bueno siguiendo consejos.

—¡Y mi mano lo ha guiado por el buen camino! —reivindicó Houda.

Estela frunció el ceño, aunque si tuvo ganas de contradecir a su nuera, las contuvo.

—Este —dijo señalando con la barbilla a Raúl— es el mejor de todos. Mi ojito derecho. Siempre tan atento y conciliador. Mi pobre Saúl es una causa perdida... o eso es lo que él cree —agregó misteriosa—. Y Nahuel... —Dirigió los ojos hacia él, y yo los seguí. Nahuel gesticulaba, se le veía entusiasmado. En un momento dado miró hacia donde estábamos y nos saludó con una mano. Su sonrisa provocó un espasmo involuntario en la boca de mi estómago—. Tiene algo especial. Es como su padre, Eugenio. Fue el amor de mi vida. Apasionado, valiente, lleno de energía. La mujer que se lo lleve será tan feliz como lo fui yo —concluyó, nostálgica, y sus pupilas volaron hasta las mías. Durante unos segundos nos retamos con la mirada—. ¿Estará Diana a la altura? —Era una pregunta retórica, ambas conocíamos la respuesta, si bien no nos sentimos dispuestas a ofrecerla.

Después de un incómodo silencio, Raúl se dirigió a mí:

—Cuando hice las prácticas del máster, me topé con algunos enfermeros descreídos. ¿Qué opinión te merece a ti el uso de plantas medicinales como alternativa? —Raúl era fisioterapeuta, pero se había especializado en fitoterapia y resultaba un vehemente defensor de la medicina natural.

—No creo que sea incompatible —opiné prudente—. Pero pienso que ambas cosas deberían complementarse.

—Creo que tienes un bonito trabajo, pequeña —intervino Estela—. Echar una mano a los demás resulta gratificante.

—¡Yo necesitaría dos! —bromeó Pedro. Houda le lanzó un palito que encontró cerca y él emitió un silbido.

—¡Vuelve a tu fútbol, cariño! Esta conversación es para mentes preparadas.

Todos reímos.

—Hace falta mucho apoyo. Y hay formas de colaborar al alcance de todos —expliqué—. En el hospital recogemos alimentos, mantas, juguetes. Siempre se puede hacer algo y toda ayuda es poca. —Me percaté de que el resto del grupo se había incorporado a nuestra conversación y al sentirme observada me retraje.

—Yo no me fío —expuso Diana—. Hay mucho fraude en eso de las causas benéficas. Soy abogada, sé bien de lo que hablo. Prefiero invertir mi tiempo en cosas más lucrativas.

—Como ir a la peluquería o buscar el último modelo de Vuitton —murmuró Nahuel.

No pude evitar experimentar una oleada de calor.

—Si todo el mundo opinase como tú —dije dirigiéndome a Diana—, el índice de personas en riesgo de pobreza aumentaría considerablemente. —Ella me miró airada y supe que me había declarado la guerra.

No me importaba, toda vez que había decidido que no me caía simpática.

Hugo nos pidió que volviésemos a subir a los caballos para iniciar el regreso. Disolvimos la reunión y nos pusimos en marcha. Temí que Nahuel estuviera molesto, al fin y al cabo Diana era su novia y yo la había atacado de alguna manera. Busqué en su rostro la sombra de un reproche, pero descubrí que sonreía.

—No hacía falta que sacaras el hacha de guerra. Diana solo hacía un comentario —me reprochó Román—. Te tomas la vida demasiado en serio, Pocahontas.

—¿Es lo que crees?

—¡Es lo que creo! Hemos venido a pasarlo bien, a disfrutar del campo y jugar, no a sacar a debate temas controvertidos. Relájate un poco, ¿quieres? — Espoleó su caballo y me dejó atrás, reflexionando sobre lo que acababa de decirme. ¿Es así como lo veían los Ramírez? ¿No había otra cosa que juego en su ADN?

Avancé trabajosamente a lomos de mi caballo. Era como si el cielo se hubiera desplomado sobre mis hombros. Me sentía furiosa, y al mismo tiempo ridícula. Por eso prefería callar a exponer mis opiniones. Pero la sangre se me calienta cuando cualquier cosa me indigna. Estaba tan ofuscada que no advertí que Nahuel reculaba para ponerse a mi altura.

—El modo en que defiendes tus ideas es una de las cosas que más aprecio de ti. —Tiré de las riendas y detuve el caballo. ¿Me estaba defendiendo? El asombro me impedía darle una réplica y me aferré con todas mis fuerzas al animal porque me faltaba el oxígeno—. Además tus mejillas se colorean y te pones realmente adorable.

Quise encontrar tras aquella expresión risueña algún indicio de broma, pero su mirada se volvió profunda e intensa y mi corazón se detuvo tras un largo latido.

Fue un alivio cuando por fin apartó la mirada y se giró para regresar con el grupo. Los seguí en silencio, repentinamente animada y enumerando mentalmente cosas de color azul existentes sobre la faz de la Tierra. El iris de los ojos de Nahuel no dejó de anteponerse al resto y tuve que desistir de la idea de elaborar una lista aceptable.

CAPÍTULO 25



—Este sitio es una pasada —le comentaba Raúl a Matilda. Habían hecho buenas migas y me satisfacía ver que ella le servía de excusa para alejarse de mamá, a quien acostumbraba a sobreproteger.

En verdad era un lugar hermoso. Cómodo, pleno de detalles. Con un abanico de propuestas inmejorable para desarrollar en un entorno privilegiado: por un lado la montaña y por el otro el mar flanqueaban el hotel. El sueño de cualquier amante de la naturaleza.

Era una noche de octubre calurosa. El frío aún no había hecho acto de presencia y aunque había llovido los días previos el tiempo había mejorado de forma ostensible dando tregua para disfrutar de una reunión bajo la luz de la luna.

Con los chaquetones y junto al fuego se estaba bien en la playa, y el rumor de las olas terminaba de poner el acento a una velada perfecta. Extrañé mi Harley, infatigable compañera de viajes que me escoltaba cada vez que yo necesitaba alejarme de la ciudad. Algunas tardes nos escapábamos hasta la playa y junto a ella me sentaba en la arena para contemplar la inmensidad del océano. Me gustaba la soledad que me proporcionaba, la posibilidad de recorrer cientos de kilómetros en poco tiempo y romper con todo.

Esta vez, no obstante, me imaginé que alguien más participaba de aquella suerte de intimidad. Fantaseé con la imagen de Luna enroscando sus brazos alrededor de mi cuerpo mientras desafiábamos al viento nocturno subidos en la moto. La imaginé después tumbada junto a mí sobre la playa, iluminado su rostro por un rayo de luz de luna que rivalizaba con ella en belleza.

Tan concentrado estaba en la posibilidad de experimentar su proximidad que sentí sus manos acariciándome el cuello, la mejilla. Me estremecí cuando una voz que no era la suya se digirió a mí y mi cuerpo entero se puso en tensión.

—... esa chorrada que tu madre ha inventado sobre mantenernos separados... ¿O acaso no te gustaría que nos pegásemos una escapadita a alguna habitación como un par de niños malos? Seguro que alguna queda libre —estaba proponiendo Diana.

Sentí repulsión ante la sola idea de volver a tocarla y le aparté la mano. Ella me devolvió una sonrisa ladeada, aunque sus ojos llameaban.

—¿Te has vuelto pudoroso, Nahu? —Era un recurso ruin usar el diminutivo de mi nombre para devolvernos una familiaridad que apenas habíamos compartido.

Miré alrededor y descubrí que Luna nos observaba, sentada entre Román y Houda. Las ganas de apretar el cuello de Diana con mis dos manos crecieron. Noté que Diana seguía el rumbo de mis ojos y aparté la vista.

—Me incomoda que trates de recuperar algo que nunca llegó a cuajar, Diana. Tú decías que yo no estaba a la altura, ¿entonces, por qué insistes?

Inspiró profundamente antes de contestar.

—Las personas cambian.

—Esa es una burda mentira: nadie cambia. Cambian las circunstancias, pero no las personas. Yo sigo siendo el mismo, Diana, ese que no terminaba de gustarte, el... ¿Cómo me llamaste? «El niño mimado que solo piensa en sí mismo y no tiene prisa por crecer.» Nunca hemos conectado, pasamos algunos buenos ratos, pero nada más.

La miré y me asustó la expresión de su rostro: estaba furiosa, aunque trató de disimularlo tras una máscara de indiferencia. No me arrepentía de haber puesto las cartas sobre la mesa. Era un error prolongar la farsa cuando ante mí se dibujaba un futuro donde Diana no tenía cabida, ni siquiera como amiga.

Nos quedamos unos minutos en silencio que yo aproveché para seguir los movimientos de Luna. Charlaba con Román y en un momento dado lo obsequió con una sonrisa. Fue como si me retorcieran el abdomen.

—¿Por qué me has invitado, Nahuel? —preguntó Diana, y tuve la impresión de haberme convertido en un libro abierto frente a sus ojos, que me escrutaban de modo implacable.

—Ha sido una equivocación, y lo lamento —admití sin rehuir su mirada.

—Ya —dijo, y comenzó a incorporarse—. Dicen que mucho ayuda el que poco estorba, ¿verdad? —parafraseó—. Pero ya sabes lo que me gusta chingar. Deberías habértelo pensado antes de involucrarme en tus porquerías. Ahora tendrás que responder por tus actos, querido.

Dicho esto, se situó junto a la hoguera. Hugo había traído su guitarra y entonaba una simpática melodía. Carolina lo miraba extasiada y también su hermana, Elena, que había llegado por la tarde junto a su novio, Dante.

Había oído hablar sobre ella y no muy bien; con todo, resultaba una chica muy sencilla, alejada de los convencionalismos sociales que tan característicos resultaban en su familia. Era amiga de mi hermana desde hacía muchos años, pero por algún motivo no había frecuentado mucho nuestra casa. Creo que a mamá no le caía demasiado bien, aunque sospechaba que eso empezaba a cambiar, pues las vi intercambiando impresiones y no eran pocas las ocasiones en que reían juntas.

Dante resultaba también un buen tipo, centrado y directo. Era bombero de profesión. No faltaron las anécdotas y las consabidas bromas en torno a su trabajo, si bien a él no parecían molestarle, y se le notaba feliz junto a su chica.

Me incorporé al grupo y me satisfizo comprobar que fluía una buena energía entre todos.

—Nos habría gustado llegar antes —estaba comentando Elena—. Pero Dante tenía turno y no quería dejarlo solo.

—¡Pobrecito Dante! —exclamó Hugo—. ¿Qué hubiese hecho sin ti, hermanita?

—Te conviene llevarte bien conmigo si no quieres que regresen a mi memoria un par de secretillos que a mi amiga Carolina le encantaría conocer.

—No tengo secretos para ella —respondió Hugo alargando la mano y tomando entre las suyas las de su novia.

—¡Pero si tú eres un balarrasa! —bromeó su hermana.

—Lo fui... hasta que encontré a tu amiga. Ella me lleva por el buen camino.

—Supongo que, a la postre, todo el mundo necesita a alguien, ¿no creéis? —sentenció Caro.

—¡Si lo dice una psicóloga...! —rió su novio.

—Alguien que nos cure —agregué sin pensarlo. Todos me miraron como si fuese un cubito de hielo en medio de un incendio.

—Tú ya tienes a Diana —intervino Román—. Y yo tengo a mi enfermera —terminó, apretando a Luna contra sí.

Era obvio que se sentía incómoda, pero no hizo nada por apartarlo y la sangre se me calentó en las venas.

CAPÍTULO 26



—Si sigues apretándola de ese modo, vas a hacer zumo con ella. — Charlie no era santo de mi devoción, pero tuve que agradecerle el comentario.

No produjo el efecto deseado, pero relajó la tensión que se había establecido entre nosotros desde que Román sugiriera que yo era su chica.

Estaba resultando una noche extraña. Román parecía decidido a mostrarse cariñoso y no se despegaba de mi lado. Yo buscaba la oportunidad de acercarme a Nahuel, pero también él estaba limitado por la proximidad de Diana. Daba la sensación de acosarlo, aunque siendo como eran pareja, aquello no podía ser otra cosa que una impresión. En un momento, dado ella le acarició la cara y deseé cortarle las manos.

No era justo, ni para ella ni para mí. Nahuel jugaba un juego peligroso dándome esperanzas y Diana no dejaba de ser otra víctima en medio de aquel embrollo. Necesitábamos hablarlo: mi conciencia me exigía cortar con todo antes de que alguien saliera herido. Pero mi intuición me impelía a continuar explorando en mis sentimientos.

Me desconcertaba Román: parecía desesperado por agradarme y al momento siguiente me atacaba por cualquier cosa. Estaba segura de que no se sentía realmente atraído por mí, que se trataba de una cuestión de orgullo, necesitaba conquistarme porque era incapaz de admitir una derrota. Estaba tan acostumbrado a ser él quien llevara la voz cantante en sus relaciones que no aceptaba que yo hubiese querido poner punto y final a la nuestra. Siempre que trataba de explicarle los motivos que me inducían a pensar que funcionaríamos mejor por separado hacía oídos sordos o trataba de cambiar de tercio. Comenzaba a desesperarme su actitud, al punto de sentir rechazo.

No me dio respiro en toda la noche. Si trataba de acercarme a alguien más, me seguía. Era él quien rellenaba mi copa cada vez que esta se vaciaba con tal de mantenerme pegada a su cuerpo, justo en el lugar en que él había

decidido que yo estuviera. Pasaba de un tema a otro igual que si estuviera en el centro de un debate político. Por hablar hasta me habló sobre su colección de animales exóticos, bromeando sobre el hecho de que él mismo se sentía uno más. Se mostró, en definitiva, locuaz y risueño y no desvió como otras veces su atención hacia las conversaciones que sus hermanos mantenían más allá. Me acaparaba y yo, lejos de sentirme a gusto, notaba que los nervios comenzaban a hacer estragos. Era prisionera de mi propia mentira y advertía, por las miradas y murmuraciones del resto, que sin querer fomentábamos aquella pantomima de nuestro noviazgo.

En el momento en que Nahuel decidió entretenernos con sus malabares, Diana alegó una incipiente jaqueca y se retiró a descansar. Deseé que Román hiciera lo mismo, que todos, excepto Nahuel y yo, se fueran. Que el mundo se redujera a aquella playa y a nosotros dos. Por la intensidad con que Nahuel me miraba supuse que él debía estar sintiendo algo parecido. No hacía falta hablar para decirnos lo esencial: que nos necesitábamos. Una vez que me percaté de eso, mi cuerpo entero sufrió un estremecimiento.

—¿Tienes frío? —quiso saber Román. No había preocupación en sus ojos, sino desconfianza.

Negué con la cabeza.

—Pues estás temblando. Tal vez deberías refugiarte en el bungalow — sugirió solícito. La perspectiva de reunirme a solas con Diana no resultaba alentadora, así que le aseguré que no había por qué alarmarse—. Puedo darte calor si lo deseas.

—Román...

—Prefieres helarte antes que permitir que te envuelva entre mis brazos, ¿eh? —Trataba de controlarse, pero había reproche en el tono de su voz.

Terminé por sucumbir e ir a acostarme, aprovechando que Estela y Houda habían decidido dar por terminada la jornada. Experimenté tanto alivio como desesperación: era un modo de esquivar a Román, pero también suponía despedirme otra vez de Nahuel. Contaba ya las horas para volverlo a ver. ¿Tendríamos un momento a solas para afrontar lo que estábamos sintiendo? ¿Hasta cuándo deberíamos esperar para tomar cualquier determinación? Mi ansiedad crecía cada día que pasaba en idénticas circunstancias, rodeados de gente y sin posibilidad de aclarar las cosas.

El domingo por la mañana no se presentó mejor. Tras el desayuno salimos a hacer una ruta en kayak por el embalse.

—Cualquier época del año es buena para recorrer los rincones y entrantes —aseguró Hugo. Con su hermana, su amigo Dante y su novia cerca, estaba exultante—. Nos pondremos de dos en dos. Pero antes de agruparnos y haceros entrega de los remos, debéis colocaros los trajes de neopreno.

Fuimos cambiándonos en las casetas que había junto a la orilla. Al verme salir, Diana me apuntó con un dedo.

—Yo no voy a ponerme eso. No favorece en absoluto. —Nahuel le dirigió una mirada de advertencia, pero ella hizo caso omiso, continuando—. ¿Acaso no lo veis? ¡Está horrenda!

—No hace falta que vengas si no quieres —resolvió Nahuel—. Puedes quedarte aquí y ver cómo lo pasamos de escándalo... sentada en el muelle. — Sus ojos despedían chispas y me reconfortó comprobar que volvía a erigirse en defensor de mi causa.

—No eres precisamente sutil, Diana. Te podrías cortar un poco —agregó Román; pretendía sonar a riña, pero su expresión era cómica—. ¡Aunque la verdad, Pocahontas, es que hasta con las túnicas te prefiero! —Se echó a reír y tuve ganas de taparle la boca de un manotazo.

—Luchar contra las olas no es lo que yo entiendo por diversión —concluyó Diana—. Me vuelvo al hotel.

Comenzaba a hastiarme la actitud de la abogada: resultaba grosera y desconsiderada, y me alegró ver como se marchaba, montada en el todoterreno de Matilda, que se había ofrecido a acercarla.

Salvado el obstáculo, la ruta resultó francamente divertida. El agua me salpicaba la cara, era refrescante y novedoso, y me alegré de haber decidido disfrutar de aquella aventura. Siempre conservaría el recuerdo de aquellos días en el campamento.

—Es una actividad para corazones fuertes —fue la conclusión de Estela.

—¡Cierto! El mío late a doscientos —aseguró Nahuel, y para ilustrar su afirmación me tomó la mano y la condujo hasta su pecho.

Su proximidad me inquietaba. Tenía una extraña habilidad para aparecer junto a mí cuando no lo esperaba y en todas las ocasiones conseguía que me estremeciera. Era evidente que un fuego ardía en su interior, un fuego capaz de consumir a todo aquel capaz de ponersele cerca.

Román protestó, pero nos mantuvimos así, mi mano sobre su camiseta y la suya sobre la mía, durante un largo rato. Haciendo caso omiso al resto del mundo. Comprobé que no mentía: el corazón de Nahuel parecía decidido a traspasar la barrera de la propia piel. Más que latir, saltaba, y el mío

respondió a su llamada como un animal salvaje, poniéndose al mismo ritmo. Ahogué un suspiro, anhelaba un contacto más profundo, el de sus dedos sobre mi cuerpo, y tratar de contener las emociones que palpitaban en mi sangre me estaba costando un imperio.

Recordé que la posibilidad de un encuentro bajo la luz de la luna había sido frustrada horas atrás, cuando Estela decidió que la última noche en Sportadventure la pasaríamos divididos por géneros. Se esfumaba otra oportunidad de estar a solas, tal vez la última; al día siguiente afrontaríamos el regreso a la rutina y se nos acabarían las excusas.

Poco a poco, como la caricia de una pluma, sus dedos fueron atravesando el dorso de mi mano mientras sus ojos apresaban los míos y me quedé hipnotizada. No sabría decir cómo había llegado hasta allí, pero al retirar su mano descubrí que dentro de la mía había un papel. Lo apreté contra los dedos como si fuese el mapa de un tesoro y yo el pirata destinado a encontrarlo. Ciertamente Nahuel era un mago... y yo su fan número uno. Nadie parecía haberse percatado del truco, aunque yo sentía que aquella nota me quemaba la epidermis.

—Esta tarde podéis inventar cosas de chicas. —Me sobresaltó la voz de Román, y enrosqué los dedos alrededor del papel—. Los hombres vamos a hacer *puenting*, para dispararnos la adrenalina. Así que una sesión de maquillaje, o pintaros las uñas de los pies, podrían ser un buen plan. —No terminaba de acostumbrarme a aquellos comentarios machistas del benjamín del clan, tan poco apropiados para una persona joven y moderna. Y estaba segura de que lo hacía para fastidiarme. Le encantaba ver como enrojecía de indignación.

—Ve a hacer tu caída libre y disfruta de tu «momento Cromañón» — respondí tranquilamente—. Ya encontraré yo maneras de no aburrirme.

Houda me regaló un aplauso y Román me miró sorprendido. Yo me felicité por mi atrevimiento. La iniciativa de Nahuel me insuflaba ánimos y en verdad tenía un propósito: algo mucho más atractivo que aguantar los chistes malos de mi acompañante. Porque lo único que ansiaba era tener un momento a solas para leer lo que quiera que Nahuel hubiera querido decirme.

CAPÍTULO 27



Noche de chicos. Me hacía tanta ilusión como pellizcarme los pezones con unos alicates. Odiaba tener que fingir que me divertía cuando lo que en verdad me apetecía era que el tiempo volara, y el momento de comprobar si Luna había leído mi nota llegase cuanto antes.

Había estrellas tachonando un cielo límpido e imaginé que las contaba junto a ella. Me roía la impaciencia. Todo me parecía un trámite para lo que me esperaba después. ¿Atendería ella mi requerimiento? ¿Comprendería que era una llamada de auxilio? No había letras escritas en aquel papel sino trozos de mi alma que clamaban a gritos que los recompusiera. Si Luna no quisiera o no pudiera, sentía que moriría. Había comprendido que el sentimiento que me provocaba era mucho más fuerte e intenso que mi voluntad. Tenía que reconocer que la apuesta con mi hermano había sido una excusa; la auténtica razón que me movía a conquistar a Luna era que la deseaba más allá de lo humanamente soportable.

—Estás en otra parte, Nahuel. —Pedro me observaba como si me viese por primera vez—. Si no me pareciera imposible, aseguraría que tienes esa mirada.

—¿Qué mirada?

—La que yo tenía el día que Houda se cruzó en mi camino.

—No digas bobadas. —Me eché una cerveza entre pecho y espalda, con la esperanza de distraerlo.

Pedro me dio unos golpecitos en la espalda.

—Será mejor que nos sumemos a la fiesta —propuso señalando al resto del grupo. Miré hacia donde los demás conversaban. Unas cuantas bromas dirigidas a Charlie estaban dando juego para toda la noche.

Experimentaba fastidio, y apenas conseguía disimularlo. En aquel momento se nos unió Román.

—¿Habéis visto ese par de tetas? —preguntó mientras señalaba a una chica que bailaba en medio de la pista—. He apostado con Raúl que antes de una hora las tendré pegadas a mi pecho. ¿Alguno quiere incluirse y subimos la apuesta?

Lo miré con desprecio.

—Creo que paso.

—Te estás volviendo demasiado serio, hermano —me espetó—. Aburres.

—Tienes una chica preciosa, ¿por qué te empeñas en estropearlo?

—¿Quieres que hablemos de Pocahontas? —me retó—. A Pedro puede interesarle lo que tengamos que contarle.

—No, ¿qué coño pretendes? No seguiré hablando contigo, estás borracho —dije dándome la vuelta.

—Vete a la mierda, Nahuel. —Quiso acercarse, pero Pedro lo detuvo con una mano.

—Lo que quiera que os traigáis los dos lo vais a resolver afuera. Hoy es un día de fiesta. Si jorobáis este maravilloso rollo familiar que mamá ha montado, seré yo mismo quien os parta la cara.

Empujé a Román hacia la puerta, tratando de esquivar las miradas curiosas de Dante y Hugo.

Raúl y Charlie parecían ajenos a todo, reían y brindaban levantando sus copas.

—¿Qué es lo que buscas? —preguntó una vez en la calle.

—Una última apuesta.

Una sonrisa torcida le atravesó el rostro.

—¿Qué quieres apostar? Ya está en juego Luna, ¿y ahora?

—Acabemos con esta competencia. Una partida de dados: todo o nada. El que gane se lleva a la chica, el perdedor le deja el camino libre.

Soltó una carcajada.

—¿Así de fácil?

Asentí. Tenía un brillo temerario en los ojos que me obligó a estremecerme.

—Te mueres por llevártela al huerto, ¿eh? Pero las cosas buenas nunca se consiguen fácilmente, Nahuel. Pocahontas es mía, ¿por qué debería apostármela?

—No se trata de la chica. Esto es una guerra entre nosotros. ¡Así que saca los malditos dados y acabemos de una puta vez! —exclamé.

La paciencia no es una de mis virtudes. Durante semanas Román había tenido la oportunidad de ganársela. De haberse empeñado, Luna habría descubierto en él ese montón de cualidades que lo convertían en un «chico diez». No obstante, él había escogido ocultárselas. No tenía derecho a reservársela para sí cuando a las claras se veía que le importaba tanto como un grano de maíz a un pollo.

Movió la cabeza de un lado a otro.

—Quiero algo a cambio. Pero no cualquier cosa, algo valioso, que te duela.

Exhalé un suspiro. El tiempo se me agotaba, y estaba dispuesto a lanzarle un par de propuestas cuando se me adelantó.

—Tu moto. Yo pongo la chica y tú pones la Harley. Es un trato justo.

Lo miré horrorizado. Mi hermano se había convertido en una especie de monstruo, y yo tenía buena parte de culpa. Lo había forzado a desafiarme y ahora me ponía contra las cuerdas.

—¿Qué? —preguntó interrumpiendo mis pensamientos—. ¿No está la dulce Pocahontas a la altura de tu Harley?

Dudé unos instantes, era una locura, pero una locura necesaria. Habíamos llevado las cosas al extremo y ya no había marcha atrás.

—De acuerdo —claudiqué—. Cada uno arriesga lo que más quiere. Luna por la moto. Una partida, dos vueltas, el que gane se lo lleva todo —definí, con la esperanza de obtener una doble victoria.

Buscamos un cartón que nos sirviera de tablero y lo extendimos sobre el suelo. No me importó arrodillarme, anhelaba poner fin a aquel dislate y darle a mi hermano una lección que jamás olvidaría. Alejarlo definitivamente de Luna.

—¿Quién va primero? —estaba ansioso, y en sus retinas se reflejaba el brillo del alcohol que dominaba su sangre.

—Tira tú.

Agarró el cubilete y arrojó los dados sin pensarlo.

—Empezamos bien: póker de cinco, más un seis. —Se frotó las manos. Fue como si me golpeará con ellas—. Eso suma veintiséis puntos, ¿verdad?

Mezclé los dados y los dejé caer sobre el tablero.

—Trío de seis. —mi voz sonó lúgubre.

—Eso son dieciocho, más uno, más dos... —expuso haciendo recuento con los dedos—. Veintiuno, hermano. Te gano por cinco —concluyó, arrogante.

—Aún nos queda una vuelta.

Sacó un cigarrillo y se lo llevó a los labios.

—¿Qué haces?

—Fumo. —Se encogió de hombros.

—Eso puedo verlo, pero ¿desde cuándo?

Exhaló una larga bocanada de humo antes de volver a hablar.

—¿Vas a denunciarme por conducta indebida?

Comprendí que sería imposible hacerle entender que fumar era perjudicial para su salud y resolví que sería más conveniente zanjear el asunto.

—Prefiero que tires esos dados.

—¿Tienes prisa por perder tu moto?

—No quiero que me pudras los pulmones, imbécil.

Agitó el vaso como si se tratara de una coctelera antes de efectuar su último lanzamiento.

—¡Escalera! —celebró chasqueando los dedos—. Cuarenta puntos más. Me da pena decírtelo —aseguró, aunque el tono de su voz inclinaba a pensar lo contrario—, pero necesitarás un milagro para volver a galopar sobre tu máquina.

Me consumía la rabia. En aquel momento la Harley me importaba una mierda. Era Luna la que me quitaba el sueño. Teníamos un pacto de honor, si perdía, estaba decidido a renunciar a ella.

—¿De qué tienes miedo? ¡Tira! —exigió.

Me temblaba la mano. En aquellos cinco dados estaba escrito mi destino.

Vi como rodaban por el tablero y sentí que con ellos se me iba el aliento. Los seguí con los ojos, se me antojaban mensajeros de una sentencia que podía condenarme o salvarme.

—¡*Yahtzee!* —Noté que el aire regresaba a mis pulmones.

—¡Mientes! —Román se frotó los ojos. También yo estaba atónito. Había jugado cientos de veces a aquel juego, y era la primera vez que lograba un resultado tan espectacular.

—Si no me crees, míralo tú mismo —propuse tratando de controlar la emoción que me incitaba a reír a carcajadas—. Cinco ases. Eso da un total de cincuenta puntos. Si sabes sumar, comprobarás que te gano por cinco —terminé nervioso.

Contemplé estupefacto que Román tiraba el tablero. Los dados rodaron por el suelo.

—¡Seguro que has usado uno de tus trucos! Has hecho trampa, para engañarme.

—No seas infantil. Te he vencido, admítelo. Y aquí termina todo. —Le dirigí una mirada de advertencia—. Olvídate de esa chica. Si te veo cerca de ella otra vez, juro que te pongo los huevos de corbata.

Escupió una sarta de maldiciones, pero yo estaba decidido a ignorarlo.

—Ahora vuelve adentro y pide algo de comer. —Le tendí unos billetes—. Te vendrá bien bajar esa borrachera.

—No quiero tu dinero, cocinillas —dijo apartándome la mano—. ¿Crees que eres indispensable? ¿Que no podemos hacer nada sin ti? —Lo observé con condescendencia—. ¡Ve a por ella, capullo! —me instó—. Te la regalo, ¿no es lo que querías?

Comencé a girarme, pero me detuvo la voz de mi hermano, agria como un bidón de vinagre.

—No vale tanto la pena, ¿sabes? —La sangre se me heló dentro de las venas—. Es poca cosa. Cuando te acuestes con ella, te cansarás, igual que yo.

Iba a tumbarlo de un puñetazo, pero recordé que estaba bebido y resolví alejarme.

Durante el trayecto hacia el aparcamiento me pareció distinguir la sombra de una mujer que se ocultaba tras los coches. Probablemente fuera un espejismo, la materialización de un deseo que se intensificaba a medida que avanzaba hacia mi objetivo.

Me sentía la víctima de un naufragio: una ola me arrastraba hacia la playa donde mi cuerpo podría obtener al fin el descanso que secretamente anhelaba mi alma.

CAPÍTULO 28



—Esto parece una despedida de soltera —aseguró Elena.

—Y es que eso es exactamente lo que es. Me caso con Charlie —anunció Estela, con aire triunfal—. Es lo que quería deciros, por eso os he traído hasta aquí.

Carolina dejó su copa con un fuerte golpe sobre la mesa. Habíamos estado bromeando, pero a ella se le acababa de borrar la sonrisa de la cara.

—¿Pero qué dices, madre?

—Deberías revisarte los oídos. Por si no has escuchado bien, he dicho que me caso con Charlie.

—¿Ahora, cuando está en pleno proceso de rehabilitación?

—Para ser psicóloga, manifiestas poca sensibilidad, hija.

—Solo digo que tal vez te precipitas. ¿No deberíais daros un poco de tiempo, para pensarlo bien?

—Llevo diez años con Charlie. Lo conozco del derecho y del revés. ¿Vas a decirme tú lo que tengo que hacer con él? —preguntó airada—. ¡No eres más que una mocosa!

Carolina fue a añadir algo, pero se contuvo. El mohín de Estela no admitía discusiones.

—Sé que tiene algunos problemas, y un sentido del humor algo peculiar...

—Por decir algo —la interrumpió Houda sin contemplaciones.

—Pero lo amo. Charlie es mi vida, ha llegado el momento de dar ese paso. —Paseó la mirada por cada una de nosotras y agregó—: No pretendo que os guste. Soy yo la que tiene que acostarse con él cada noche.

Me aparté, me sentía una intrusa en medio de un concilio. Era una cuestión que concernía a la intimidad de la familia y yo no formaba parte de ella, por más que lo anhelase secretamente.

Me refugié en el baño, donde podía tener la oportunidad de releer la nota que llevaba en el bolsillo y que había estado acariciando con los dedos durante toda la noche. Lejos de los curiosos ojos de las chicas, deslié el papel y experimenté de nuevo aquella sensación, la de un adicto al azúcar a punto de servirse doble ración de dulces.

«Ven esta noche a la playa. A las doce. Voy a estar esperándote.»

Me la sabía de memoria, pero volví a recrearme en su letra, un poco torcida, pero de trazo firme, como su autor. Nahuel me esperaba. No decía para qué, pero tampoco hacía falta. Yo también lo esperaba desde hacía tiempo, esperaba sus besos, sus manos sobre mi cuerpo. Toda la vida había codiciado experimentar aquel sentimiento, esa necesidad incontrolable de fundir mi piel con la de alguien más, de llenarme de esa persona y empezar y terminar en él. Y estaba resuelta a dejar los escrúpulos a un lado y enfrentar la posibilidad de que esa persona fuese Nahuel. Que ocurriera lo que tuviese que ocurrir. Estaba cansada de luchar conmigo misma, de negarme la oportunidad de volver a sentir. Harta de satisfacer las necesidades y requerimientos de los demás, relegando los míos al olvido.

La irrupción de Houda en el aseo hizo que diera un respingo y el papel cayó de mis manos, revoloteando por el aire antes de rozar mis pies. Me agaché presurosa a recogerlo, pero comprendí que a ella, que no se le escapaba nada, no le pasaría inadvertido lo forzado de mis movimientos. Improvisé una excusa y salí afuera, con el corazón desbocado. El resto de la noche iba a resultar una agonía.

No me equivocaba, el reloj fue desgranando los segundos igual que si estuviésemos en el tiempo de descuento de la final de un campeonato. Por suerte, Diana se había marchado hacía rato, me costaba fingir que toleraba sus comentarios siniestros, que iban dirigidos, cada vez con más frecuencia, en un único sentido: el mío.

Por fin el cansancio venció los ánimos y pude volver a respirar una vez que estuvimos de vuelta en el bungalow. A salvo de ojos inquisidores, me deslicé debajo de la colcha y esperé con la paciencia de Job hasta que todas se hubieron dormido.

Hacía rato que las doce campanadas habían sonado. Había hecho recuento desde la primera hasta la última. Cada una apuntalaba mi resolución, al tiempo que aumentaba mi ansiedad por recorrer la distancia que me

separaba de la playa. Temía que Nahuel no me esperase, conocía su paciencia y esta era más bien limitada. Y, aunque confiaba en que contase con los posibles impedimentos, también había sido testigo de sus constantes cambios de humor. Era probable que convirtiese la espera en un agravio y que en consecuencia llegara a la nefasta conclusión de que no merecía la pena profundizar en unos sentimientos surgidos al calor de unos pocos encuentros.

Dejé caer los pies sobre el suelo con cuidado, me coloqué las zapatillas, agarré mi anorak y anduve unos pasos hasta la puerta, procurando no hacer ruido. La abrí despacio, salí y, antes de volver a cerrarla, eché un vistazo al interior del bungalow: Houda estaba sentada sobre la cama, con los ojos abiertos. Me miraba con fijeza y una mueca inexpresiva le atravesaba el rostro. Le lancé una súplica silenciosa: no debía detenerme; además, no era preciso, pues, aunque hubiera pretendido escapar, estaba paralizada por el sonido de mi propio corazón.

Durante unos minutos nos medimos con los ojos. Después, asintió con naturalidad y volvió a recostarse. Lo interpreté como una aquiescencia, cerré la puerta y eché a correr sin mirar atrás. Tenía la sensación de haberme convertido en una delincuente perseguida por la policía.

No dejé de hacerlo hasta alcanzar la playa, así que jadeaba cuando me detuve. Clavé las rodillas en la arena. El sudor se apoderó de mi cuerpo y sentí una ligera brisa que aspiraba a colarse por los huecos que la ropa dejaba libre. Tardé unos segundos en calmarme: miré alrededor y me sentí desolada al percatarme de que estaba sola. Mi única compañía era el rumor de las olas que golpeaban la playa. Tuve ganas de romper a llorar. Había llegado tarde y Nahuel se había ido. La necesidad de hablar con él, de tocarlo, de sentir otra vez sus labios sobre los míos se había hecho insoportable. Me sentía incapaz de regresar al bungalow, sabía que tratar de conciliar el sueño sería inútil. Mi cuerpo entero clamaba por el suyo y ese deseo no moriría en las siguientes horas, tal vez nunca. No podía continuar aquella farsa con Román, de modo que cortaría la única vía de acceso que tenía para llegar hasta su hermano. Al día siguiente partiríamos y quizás no volveríamos a encontrarnos. ¿Cómo hallaría entonces la paz?

Me tumbé mirando hacia las estrellas. Había cientos de ellas poniendo brillo a la noche. Me pregunté si alguna de ellas sería mi abuela, que me observaba desde el infinito. ¿Qué estaría pensando, me censuraría? ¿Querría recordarme que fue el amor de un hombre el que nos separó para siempre? No

quería contemplarlas porque me herían la vista. Eran como chispazos de una alegría que yo no podía compartir.

Cerré los ojos y me entregué a las sensaciones que me envolvían. La magia de la naturaleza debía obrar su milagro y me reconciliaría con la vida. Era un propósito ambicioso, pero no imposible. El mar de otoño, libre ya de la conquista del veraneante, rezumaba libertad. Mi cuerpo en contacto directo con la arena también se sentía libre, y agarré y solté los granos una y otra vez porque resultaba una sensación refrescante. Daban ganas de quitarse los zapatos y remojar los pies en el agua. La brisa, que se había intensificado, me acariciaba la piel. Rozó mi frente primero, después mis mejillas, la punta de mi nariz, mi boca. Entreabrí los labios para dejar que se colara dentro y me sorprendió la fuerza con la que invadió mi boca, como si se tratase de un huracán. Respondí instintivamente a aquella llamada salvaje, moviendo la lengua y enroscándola alrededor de la suya. *Nahuel...*

Abrí los ojos y descubrí los suyos observándome con deleite. Estaba junto a mí, tumbado de lado con la cabeza apoyada en una mano. Su boca se plegó en una ancha sonrisa al tiempo que recorría cada rasgo de mi rostro y después se detenía en el pelo, que llevaba suelto esta vez. Alargó la mano y enredó sus dedos entre los mechones oscuros. Después soltó el aire y pareció que lo hubiese estado conteniendo durante una eternidad.

—Has llegado tarde, Luna. Pensé que no vendrías y he estado a punto de caminar hacia el fondo del mar hasta ahogarme.

Mis pupilas se dilataron, lo creía capaz. Traté de incorporarme, necesitaba explicarle, pero me detuvo.

—Estás preciosa —afirmó enmarcando mi rostro entre sus manos—. Eres un sueño hecho realidad. Meztli, la diosa de la luna. Jamás un nombre fue mejor elegido. —Su voz se había transformado en un arrullo insinuante.

Bajó la cabeza y volvió a besarme. Fue un beso exigente que se convirtió en dulce y sensual a medida que me rendí a él. Su mano se deslizó por debajo de la ropa hasta encontrar un pedazo de piel y la recorrió de arriba abajo. Me sacudió un estremecimiento de placer. Nahuel ejercía sobre mí un hechizo deslumbrante. No podía negar su magnetismo. Cada roce, cada contacto, apretaban alrededor de mi corazón ese nudo que él mismo había atado. ¿Sentiría él lo mismo que yo? ¿Estaría dispuesto a arriesgar tanto como yo lo estaba? La intuición me decía que sí, como también lo hacían las pruebas que me había dado durante las últimas semanas.

No obstante, no me engañaba: Nahuel era, eso se había encargado de ponérmelo de manifiesto Román en más de una ocasión, un conquistador nato, un rompecorazones mal predispuesto al compromiso. ¿Se cansaría de aquel juego una vez obtuviera lo que quería? ¿Sería capaz de implicarse con alguien más o regresaría a su vida solitaria entre fogones y paseos con su Harley? Todos los temores e inseguridades se agitaron en mi pecho. Nahuel debió notar que me estremecía y buscó con su mano la mía. Sus dedos cálidos se cerraron alrededor de mis dedos, obligándome a posponer cualquier disquisición.

—Cuando cierro los ojos lo que veo es tu sonrisa —me susurró al oído. Su aliento me rozó la oreja enviando una oleada de éxtasis a cada rincón de mi ser. Aquel sentimiento me confundía y me ponía en guardia en contra de la persona que lo despertaba.

Lo miré directamente a los ojos y me asustó descubrir que estaban hambrientos. Nahuel me necesitaba, del mismo modo que yo lo necesitaba a él. Y junto a él todo parecía rodar, seguir un camino marcado de forma natural, pero ¿podía fiarme?

Sus besos comenzaban a repartirse por cada rincón de mi cuerpo y me obligué a posponer cualquier pensamiento. Traté de devolverle la iniciativa, pero Nahuel era puro fuego, actuaba igual que un presidiario en su primer permiso. Como si hubiese esperado por años aquel momento, dedicaba una caricia a cada palmo, y tras la caricia ponía sus labios, regodeándose en el sabor de mi piel.

En un momento dado, me tocó las caderas y aquel contacto me aturdió. Perdí la noción del espacio y del tiempo. Nahuel se había colocado encima de mí. Sentí la exigente presión de su masculinidad sobre la tela del pantalón de algodón que ejercía de débil barrera. Con una mano diestra extrajo de su bolsillo lo que debía ser un preservativo y el sonido del envoltorio al ser rasgado me contrajo los músculos. Estábamos a punto de precipitarnos a un abismo, un agujero profundo del que no podríamos regresar indemnes.

Abrí los ojos de inmediato y me encontré con los suyos, el azul de su mirada se había transformado en un fuego intenso y profundo que me abrasó el alma. Y comprendí que una fuerza superior a mi voluntad me empujaba a dejar atrás el borde y saltar.

CAPÍTULO 29



Antes de abalanzarme sobre su boca me recreé en su cara. Tumbada sobre la arena, con los ojos cerrados y el cabello suelto desparramado alrededor, parecía una sirena venida del mar. Tenía los ojos apretados, como si los forzara a mantenerse cerrados, y una expresión contrariada que fue deviniendo en serena a medida que los segundos pasaban.

Me tumbé a su lado y respiré el aire que ella respiraba. Olía a frutas, y supe que ese perfume acababa de anidar en mi memoria y me acompañaría desde entonces ya por siempre. Luego mi mano, por propia iniciativa, adelantó un dedo y con suavidad fui dibujando cada rasgo: la frente despejada, las cejas espesas, los enormes párpados que resguardaban aquellos dulces ojos castaños, los mismos que durante semanas me venían persiguiendo en sueños..., las mejillas, la nariz y la boca.

Al rozar sus labios estos se abrieron. Fue un gesto involuntario pero sensual, y yo quise interpretarlo como una invitación a compartir la miel de su boca. Me agaché y pegué mis labios a los suyos. Respondió enseguida y al notar la caricia de su lengua toda la pasión contenida durante semanas estalló. Me dejé arrastrar por un tumulto de emociones hasta entonces desconocidas. Sentía que un Nahuel salvaje, primitivo, se iba haciendo hueco. Tenía ganas de morderla, de trasladarle esa necesidad que se abría paso entre mis piernas a la velocidad de la luz.

Luna abrió de repente los ojos y me miró como si acabase de conocerme. Sondeé sus ojos y me descubrí pegado a sus retinas. Había un destello en el fondo que me impedía reconocer a la chica recatada y temerosa de antes. Su mirada me recorrió palmo a palmo y fue como si pusiera las manos sobre mi cuerpo. Apenas pude resistirlo, necesitaba devolverle ese sentimiento que despertaba en mí. Mezclarme con ella, paladearla. Pero antes le toqué el pelo. Con reverencia paseé los dedos entre los negros cabellos. Eran suaves y

brillantes, como ella entera. Quise peinarlos tal como hacía cuando niño con los de mi madre.

Le reproché que hubiera tardado en darme el encuentro, le hablé de mi desesperación, de aquella lenta agonía que había sentido al no encontrarla en la playa. Luna me calló poniendo un par de dedos sobre mis labios. Entonces le dije lo bonita que estaba y volví a besarla. Había besado a muchas chicas antes que a ella, pero ningún beso tuvo la fuerza que emanaba de aquel. Ninguno hizo que mi cuerpo vibrara de la cabeza a los pies.

Había estado reprimiendo durante demasiado tiempo el deseo, y el abrazo con el que había querido aproximarla a mí pronto se volvió apasionado. Mi boca exploraba ardientemente la suya, devorando la dulzura de sus labios. Le estaba desgastando el pelo, la curva del cuello, las manos. Quedaba mucho territorio por explorar y la ropa no supuso obstáculo. Un cálido sentimiento de expectativa me recorría perezosamente la sangre mientras la tocaba. Parecía estar fabricada a base de terciopelo, y su piel, delicada y sensible, se erizaba al contacto de mis dedos y al exponerse a la brisa nocturna que nos rodeaba.

De vez en cuando abría los ojos y me escrutaba, y yo notaba que me perdía dentro de ellos. Cada movimiento, cada paso que ella o yo dábamos, revolucionaba mis sentidos. Le susurré palabras de amor y ella se rindió ante la evidencia de que sentíamos algo único que nos pertenecía solo a ambos.

Bajé la mano para acariciarle los senos, que se endurecieron bajo el contacto. Después los labios siguieron las huellas dejadas por las yemas de los dedos. Desde ahí fui descendiendo por el vientre hasta llegar más abajo. Gimió cuando la acaricié íntimamente con la lengua y arqueó el cuerpo, ofreciéndose a mí. Fue demasiado, e impulsado por los dictados de mi propio cuerpo me moví hasta colocarme sobre ella. Mi deseo resultó evidente al apretarme contra sus caderas. Luna se estremeció y yo estuve seguro que de un momento a otro estallaría, que me desbordaría el sentimiento que me embargaba.

Temblaba, y me dije que las piernas no me habrían sostenido de haber tratado de ponerme en pie. Luna indagó en el fondo de mis pupilas. Con voz ronca le pedí que no me detuviera. Asintió, y yo me hundí en ella encontrando por fin la paz que se me había negado por mucho tiempo. La miré a la cara: Luna tenía los párpados cerrados y tras ellos se desbordaba una emoción incalificable. Acabábamos de cruzar una línea y no había marcha atrás. Los

movimientos acompasados de nuestros cuerpos terminaron por sellar aquel pacto secreto que ya habían firmado antes nuestros corazones.

—Me gustaría que el tiempo se detuviera, justo en este momento —aseguré, una vez que culminamos nuestro encuentro. Luna tenía la cabeza apoyada sobre mi pecho y me pareció que esta subía y bajaba, al ritmo de mis latidos. Enredé los dedos entre sus cabellos y los paseé de arriba abajo.

—Sería bonito —admitió ella—. Pero poco práctico. Acabaríamos congelados o algo por el estilo.

—¿Tienes frío? —Compuse una mueca cómica, ganándome la sonrisa que tanto anhelaba. Porque desde hacía rato Luna se había vuelto de repente seria.

La estreché entre mis brazos para calentarla. Por si no fuera suficiente, coloqué mi chaqueta a modo de manta. Al estirla le tiré sin querer del pelo y emitió una débil protesta.

—La otra tarde, cuando preguntaste a qué no renunciaría, te dije que le tengo un cariño irremplazable a mis trenzas.

Asentí.

—Lo recuerdo. Nítidamente. También te dije que, con trenzas o sin ellas, eres la chica más bonita que he visto en la vida.

—¡No dijiste eso! —Se había puesto como un tomate. Sonreí y le tomé la mano—. Debería quitarme esa manía de ruborizarme por todo. Román dice que...

—Espero que jamás sigas un consejo de mi hermano —expuse hostil.

Se quedó callada y me arrepentí al instante de no haberme cortado la lengua cuando todavía estaba a tiempo.

—Perdona, supongo que debo haberme puesto celoso. Esa rabia que me consume, las ganas de estrujarle el pescuezo a mi hermano cada vez que se te acerca... Para mí es algo nuevo.

—¡Pero no tienes motivo!

—¿No lo tengo? —quise saber.

Me cogió de la barbilla, enfrentándome a aquellas profundidades color canela que tenía por ojos.

—Román y yo nunca compartimos la intimidad que tú y yo tenemos ahora. Siempre me negué a dar ese paso.

Sé que sonará machista, pero el sabor del triunfo endulzó mis labios. Le pasé los pulgares por las mejillas.

—No me habría importado, Luna —aseguré, y hablaba en serio—. Importa lo que somos ahora, lo que sentimos.

—¿Y Diana? —Su nombre sonó como una burla en medio del silencio de la noche.

Un silencio incómodo llenó el espacio donde yacíamos juntos.

—Lo de Diana es una pantomima. Hace mucho que no compartimos nada. Si la invité a venir fue solo por tener una excusa para agregarme. Por estar cerca de ti, por verte.

—Ella no opina lo mismo.

—No importa lo que ella crea, Luna. No me importan ni ella ni Román. Importamos tú y yo.

La abracé. Las palabras no bastaban para transmitirle todo lo que lograba remover dentro de mí con una sola mirada, con una palabra. Quería decirle que sentía la necesidad de impresionarla constantemente, de atraer su atención, de acaparar sus sentidos.

—Esa forma de pelear, de exponer tus ideales, las cosas en las que crees, lo que defiendes... es lo que más me gusta de ti —anuncié, en cambio—. Pareces frágil, pero estás llena de fuerza.

Río, como si hubiese comprendido que era preciso reducir el mundo al «tú y yo» que teníamos en aquel preciso momento.

—Antes, en realidad, pretendía hacerte una pregunta. Cuando hablaba de mis trenzas... Deseaba saber qué es tan importante para ti como lo es para mí mi pelo. ¿A qué no renunciarías?

—Antes de conocerte, habría dicho que a mi motocicleta. No podría deshacerme de mi Harley. —Se me escapó una sonrisa. No podía revelarles que había estado dispuesto a perderla, solo por ella.

—¿Ni siquiera por amor?

—Ser motero es una forma de vida, ¿sabes? Es una actitud. No sabría vivir sin mi moto.

Mis pensamientos volaron hasta la ciudad, donde me esperaba mi compañera de batallas. Tendría que acostumbrarla a cargar sobre su lomo una nueva pasajera.

—¿Qué hora debe ser? —interrumpió mi ensoñación Luna.

—Sea la hora que sea, el tiempo se nos acaba. Mañana no podremos estar juntos y te voy a echar de menos como un cabrón, pequeña Luna.

Me obsequió con una sonrisa feliz y algo en mi interior se derritió.

—Déjame que te peine. Quiero ser yo quien te haga esas preciosas trenzas con las que te conocí.

—De veras que no te creo cuando dices que te gustan mis trenzas — objetó.

—¡Lo que quiero es deshacerlas! —reconocí—. Sueño con ello desde el primer momento en que te cruzaste en mi camino.

Nos incorporamos y yo la peiné con los dedos. Acto seguido dividí el pelo en mechones y elaboré a mi manera algo parecido a un par de trenzas. No soy un experto, pero diría que Luna podría haberse colado en el *casting* de *Ana de las Tejas Verdes* sin dar el cante. Una vez que terminé, no perdí tiempo en deshacerlas. Lo hice deleitándome en el momento, con lentitud estudiada. Fue un acto lleno de erotismo que hizo que a los dos nos recorriera un latigazo de deseo. Después mis manos pasaron del cabello al resto de su cuerpo, recorriendo cada rincón con la urgencia de un condenado a muerte. El cielo comenzaba a cambiar de tonalidad y el momento de regresar al hotel no podría posponerse por mucho tiempo más. Con todo, tuvimos el suficiente para amarnos de nuevo.

—Debo confesarte algo importante —anuncié mientras caminábamos de regreso, hundiendo los pies descalzos en la arena y con las manos entrelazadas. Quería contarle lo de la apuesta, y también que me había enamorado de ella como un colegial.

No había otra explicación para lo que sentía, esos cambios de temperatura que me hacían temblar de modo constante, la constatación de que mi vida empezaba y acababa en Luna, en sus besos tiernos.

Pero antes de reconocer aquel sentimiento, necesitaba ser honesto con ella y también con mi hermano. Se lo debía a los dos.

—Quedemos, pero en otro lugar. Una vez que regresemos. Ven al gastrobar. —Habíamos intercambiado nuestros números, prometiéndonos no comunicarnos hasta que hubiésemos aclarado las cosas tanto con Román como con Diana—. El viernes por la noche, te estaré esperando. No faltes o me obligarás a ir a buscarte al hospital. Y, la verdad, preferiría no tener que toparme con ese enfermero raro otra vez.

—¿Quién, Antonio el Balas?

—El que parece un duendecillo. ¿El Balas, ese es su apodo?

—Me advirtió que sería mejor que me mantuviera lejos de ti.

—¡Pues sí que dispara a matar! —advertí.

Le di un último beso antes de despedirnos.

—Mañana, cada vez que te mire te estaré besando con los ojos. No lo olvides. —Arrastré el índice por su labio inferior, ligeramente hinchado, antes

de tomarlo entre los míos y devorarlo.

CAPÍTULO 30



El sol peleaba por hacerse un hueco entre la niebla. Más abajo, en el campo de *paintball*, se desarrollaba otra doble batalla. Por un lado, la que enfrentaba a los dos equipos rivales en el juego; por otro, la guerra personal que disputaban algunos de los integrantes de esos equipos. Quienes participaban en la primera se habían proveído de chaleco, guantes y máscara protectora y, marcadora en mano, se perseguían entre ellos lanzándose cápsulas de pintura que, bien dirigidas, podían suponer la eliminación de los contrincantes.

En cuanto a la segunda, esta atañía solo a cuatro personas. Nahuel y Román, asignados a distintos grupos, no manifestaban pudor en intercambiar disparos que eran interpretados por el resto como parte del juego. En lo que se refiere a Diana y Luna, el pertenecer al mismo equipo no resultaba impedimento para buscarse las cosquillas. El primer disparo sorprendió a Luna. Trató de sacar a Diana de su error, pero al notar la expresión de su rostro —Maléfica hubiera parecido un corderito a su lado—, comprendió que una guerra sin tregua se había declarado entre ellas. Frunció los labios, se había propuesto pasar una última mañana divertida, disfrutando de los maravillosos recuerdos de una noche de ensueño. Y, en cambio, se veía obligada a responder a aquella nueva agresión.

Demasiadas veces había soportado los ataques de Diana. Ahora contaba con el escudo que suponía tener a Nahuel de su parte. Eso le insufló ánimos para disparar hasta quedarse sin munición. Una bola, otra... La pintura iba alcanzando distintas zonas del cuerpo de Diana, al tiempo que el suyo propio era envuelto en colores. Ajenas a las advertencias de Matilda, ambas terminaron por ser eliminadas del juego.

Descubrir una chispa de diversión en los azules ojos de Nahuel fue, con todo, el premio más grande que hubiera podido recibir. «Te estaré besando

con los ojos...» Le había asegurado hacía apenas unas horas... «Cada vez que te mire.» Lo que sucedía a menudo, por no decir durante todo el tiempo. De repente se sentía acalorada, y no precisamente a causa del combate que había librado contra la que, ya era oficial, se había convertido en su enemiga número uno.

—Ahora, un aperitivo para compensar la pérdida de calorías —propuso Hugo.

—¿Y la revancha? —Carolina estaba en el equipo perdedor y no lo llevaba nada bien.

—No hay revancha. Aparta ese aire combativo de tu cara antes de que me lance sobre ti como un perro salvaje. Ya sabes que me pone verte enfadada.

Carolina se cruzó de brazos, todavía con un mohín en los labios, e hizo caso omiso al comentario pícaro de su novio.

—Creo que nos debéis una segunda partida. Además, que seas el dueño del campamento no te da derecho a organizarnos la vida. Eres un pipiolo, no puedes mangonearnos a tu antojo.

—¡Eh! ¡Que es mi yerno favorito! —intervino Estela y, dirigiéndose a él, añadió—: ¿Vas a permitir que te hable de ese modo?

Hugo soltó una carcajada.

—¡Me encanta tu hija, Estela! Y lo que me enamoró de ella fue, aunque no lo creas, ese carácter agrio que tiene.

—Para gustos...

Fue una escena tierna, que acabó en un beso de esos de película. En realidad, Hugo se salía siempre con la suya, y la agenda se completó con un aperitivo en el hotel, a modo de despedida.

—Es una pena que tenga que acabarse tan pronto. Me he quedado con las ganas de probar la aventura en los árboles, la escalada, ¡el vuelo en paramotor!

—La escalada y el vuelo requieren de una formación previa, suegra. Para pilotar debe empezarse por vuelos cortos, para familiarizarse con las maniobras básicas: despegue, giros y aterrizaje.

—Yo ya lo he probado —anunció triunfal Carolina—. Con un monitor para mí sola, que además estaba como el queso. —Le guiñó un ojo a su novio.

—Tú tampoco estás mal.

—¿Que tú has subido ahí y yo no? —protestó Estela.

—También nosotros —comentó Elena, abrazada a Dante igual que si fuese una lapa en una roca.

—A esta chica la recordaba más estirada —murmuró Estela, en un tono lo bastante alto como para que la oyeran en Alaska.

—Necesitaríamos seis días para completar un curso —advirtió Hugo—. Pero quedas invitada para realizarlo en la fecha que prefieras.

Hugo y Matilda acompañaron al grupo hasta el microbús que los llevaría de vuelta a casa. Hugo besó a Carolina como si no fuese a verla en un mes, aunque habían quedado al día siguiente en *LaOla*, la revista donde ambos trabajaban.

Nahuel se sentía doblemente feliz. Se alegraba por su hermana, verla enamorada era una novedad fascinante. Además, él también tenía una cita amorosa, una cita que llenaba todos sus pensamientos. A través del cristal vio llegar a Luna arrastrando su pequeña maleta. Llevaba la negra cabellera suelta adornada con unas pequeñas trencillas que le rodeaban el cráneo. Se dijo que había salido con toda la caballería y un espasmo de deseo le recorrió el cuerpo. Todavía la llevaba encima. Tenía muy fresca la sensación de su piel contra la suya y le habría apetecido, antes que cualquier otra cosa en el mundo, hundir la nariz en su cuello y respirar su aroma, ese perfume único y característico, mezcla de melocotón dulce y mandarinas.

En cambio, tendría que conformarse con sentarse junto a Diana, a quien ya ni siquiera le unía un rescoldo de amistad o simpatía, y soportar su mirada de reproche o su conversación insulsa.

La entrada en su campo de visión de Diana vino a apuntalar su desánimo. Su equipaje era un reflejo de su personalidad, ostentoso y poco práctico. Se hundió en el asiento... ¡Si sus dotes de mago le permitieran esfumarse...! Aparecer directamente en viernes, sentado en el restaurante frente a Luna, mirándola a los ojos... Comiéndosela con los ojos, para ser más exactos. Del mismo modo que ahora lo hacía mientras ella se incorporaba al interior del vehículo, saludaba al conductor y se permitía un ligero rubor en las mejillas, que la hacía lucir adorable, después de quedar momentáneamente paralizada ante sus ojos.

Tan ensimismado andaba, ensalzando para sí las virtudes de aquella chica menuda de enormes ojos castaños, que no reparó en que Houda, su cuñada, había capturado el intercambio de miradas entre los dos.

Román estaba de un humor pésimo y Luna temió que hubiera descubierto lo ocurrido en la playa. Pensaba hablar con él, contarle que las cosas habían sucedido de un modo natural, que no habían mediado engaños ni malas intenciones. Aunque no sentía deberle nada, pues en todo momento había sido

sincera. No obstante, no eran ni el lugar ni el momento, así que trató de ignorar sus miradas airadas y disfrutar del paisaje montañoso que comenzaba a apuntar hacia otro más llano.

Media hora más tarde, todavía le hormigueaba el cuerpo. Si difícil había resultado mantener a raya a sus labios, cuyas comisuras estaban empañadas desde que abriera los ojos aquella mañana en alargarse hasta formar una sonrisa del tamaño de la meseta patagónica, aún más complicado estaba resultando apaciguar a sus hormonas, revueltas por enésima vez después de soportar el escrutinio de Nahuel antes de comenzar el viaje. Menos mal que no los habían sentado juntos en el autobús, porque, estaba segura, no habría sido capaz de mirarlo a los ojos sin dejar traslucir en los suyos que estaba loca por él.

Dejó caer los párpados y contó ovejitas, pero todas tenían los ojos del color del mar y hacían malabares con corazones. Soltó un bufido cuando Estela, que esta vez había dejado un poco de lado el micrófono para entregarse a sus cavilaciones, anunció que faltaban menos de veinte minutos para alcanzar el destino. Pero se le atascó otra vez el aire en los pulmones en el momento en que, al despegar los ojos, observó que Diana le pasaba a Nahuel un brazo por encima. Supo lo que significaba morir de celos. Si sentir que las funciones vitales se detenían durante unos segundos interminables era experimentar ese sentimiento, podía dar fe de que estaba celosa. Esperó hasta ver cómo Nahuel se lo apartaba sin contemplaciones y la sangre le volvió a circular. Volver a confiar en alguien era agradable.

CAPÍTULO 31



—Voy a por la escopeta de caza. En la puerta hay una víbora —anunció Gilda meneando sus rizos oscuros con determinación.

Di un salto. Estaba preparándome para salir al encuentro de Nahuel. Contaba los minutos. Después de noventa y siete horas y cuarenta y tres minutos de espera, unos cuantos más deberían haberme sabido a poco. En cambio, me parecían una eternidad. Las ganas de verlo otra vez me impedían respirar. Su rostro comenzaba a desdibujarse, aunque no su mirada azulada que me perseguía hasta en sueños. Emití una débil protesta. Alguien venía a interrumpir la reanudación de mi idilio justo en el momento más inoportuno.

—¿De quién se trata?

—Ni idea, pero es una tipa bastante borde. Viste como si fuera sobrina de Carolina Herrera y tiene una nariz respingona que menea de uno a otro lado como si estuviese oliendo mierda. Con decirte que nada más abrir la puerta ha asomado la cabeza y se ha atrevido a murmurar que vivimos en un caos total. Luego me ha preguntado por ti. O, mejor dicho, me ha ordenado —y, engolando la voz, añadió—: «Dile a tu amiga Pippi Långstrump que he venido a verla».

Ahugué una exclamación de fastidio. Solo había una persona tan horripilante, y era la última a la que tenía ganas de ver. Inflé el pecho y salí del dormitorio resuelta a enfrentar lo que fuera. Intuía que no se trataba de una visita de cortesía. La aprensión se apoderó de mí al llegar al final de pasillo. Reprimí las ganas de dar un paso atrás al ver a Diana en medio del recibidor.

—Supongo que me invitarás a pasar. Algún hueco encontraremos en medio de este desorden para sentarnos y decirnos lo que nos tenemos que decir.

Tenía una extraña expresión en el rostro, entre ansiosa y triunfal, que me obligó a desconfiar.

—Claro, pasa. Aunque tengo un poco de prisa. —Paseó una mirada evaluativa a lo largo de mi cuerpo.

—Sí, ya veo que tienes una cita. Pero lo que vengo a mostrarte nos llevará poco tiempo. —Sonrió y una mueca malévol frunció sus labios—. Siéntate —ordenó dando unos golpecitos junto a ella.

—Ya que se trata de algo breve, prefiero quedarme de pie. —Crucé los brazos sobre el pecho con obstinación.

—¡No me digas que me tienes miedo! —Sus palabras lograron el efecto deseado y, tras indicarle a Gilda con un breve gesto que todo iba sobre ruedas, me dejé caer en el sofá y contemplé llena de desesperación como mi compañera de piso nos dejaba solas.

A expensas del enemigo, así es como me quedaba. Con la vista puesta en el reloj de pared que marcaba inexorable los segundos que, ante aquella nueva circunstancia, me alejaban de Nahuel en lugar de acercarme a él.

Con un dedo tiré del cuello del jersey, comenzaba a asfixiarme dentro de aquella habitación.

—¿Sabes? —comenzó a decir—. Cuando te conocí pensé que eras inofensiva, tan poquita cosa, tan callada. Tan insignificante —agregó remarcando las palabras.

Un calor inesperado se apoderó de mis mejillas. Si había venido a insultarme más le valía coger por donde había venido. No estaba dispuesta a tolerar más ofensas.

—Y, a pesar de todo, no terminabas de gustarme. Tenía un pálpito... Mi intuición nunca me falla. Y, claro, después lo supe, eres de las que las mata callando.

—Mira, Diana —expuse removiéndome en mi asiento—. No sé por qué has venido si esa es la opinión que tienes de mí.

Movió una mano de impecable manicura en el aire, como si espantara una mosca molesta.

—No te hagas la ofendida, niña. No es un secreto que no somos las mejores amigas. —Me dirigió una mirada escalofriante. Tenía en las pupilas un brillo estremecedor—. No soy tan mala como crees. He venido a hacerte un favor. —Resultaba imposible no ponerlo en duda.

Con gesto ceremonioso extrajo del bolso su teléfono móvil y me lo puso delante.

—Esto te va a encantar —aseguró, aunque su cara decía justamente lo contrario.

Deseaba acabar con aquello lo antes posible, y como quiera que había comprendido que Diana no se marcharía hasta haber cumplido su propósito, esperé paciente mientras en la pantalla se abría un vídeo.

Me hizo ilusión ver que uno de los protagonistas era Nahuel. Allí estaba, tan atractivo como siempre. Llevaba la cazadora oscura con la que me había arropado la noche en que hicimos el amor en la playa, y aquel pantalón desgastado que había quedado tirado de cualquier manera sobre la arena. Discutía con Román en la puerta de un local, este llevaba una gorra que rezaba: «Charlie es el rey», y comprendí que lo que quiera que íbamos a ver había ocurrido aquella misma noche. La noche de marras.

Diana puso el volumen al máximo y, después de asegurarse de que el sonido estaba a su gusto, se echó hacia atrás. Todos mis sentidos se pusieron en alerta.

Costaba identificar las palabras exactas, pero «apuesta» y «Pocahontas» fueron las que me pusieron sobre la pista. Hablaban de un último juego, un todo o nada donde el premio éramos la Harley y yo. Me costaba dar crédito a lo que veía, pero por si mis ojos me engañaban, ahí estaban los traicioneros oídos, para darles la razón.

Así que todo consistía en una apuesta repugnante donde yo me había convertido en el trofeo de turno. Comprendí que aquella sensación que durante buena parte del tiempo me había mantenido en guardia era certera: solo se había tratado de una guerra entre machos, la necesidad de imponerse a su hermano había empujado a Nahuel a arriesgar su Harley, «lo que más quería», según sus propias palabras.

No podía soportarlo más. Traté de incorporarme, pero me detuvo con una mano.

—Lo más divertido viene ahora.

Yo no lo hubiera calificado como divertido. *Amoral, despreciable y malvado* hubieran sido calificativos más apropiados. Nahuel ganaba la partida encendiendo con ello la furia de Román. Este increpaba a su hermano, apremiándolo a buscarme para culminar la faena. Le aseguraba que yo no valía la pena: «Cuando te acuestes con ella, te cansarás, igual que yo». Fanfarroneaba, entre Román y yo solo había habido un puñado de besos sin importancia. Nada más. Pero a los hombres les gusta alardear.

Nahuel no le ofreció una réplica. Esta vez no sacó la cara por mí, se limitó a alejarse, dejándolo atrás. Yo sabía bien hacia dónde se dirigía. Iba en pos de su trofeo, el que le otorgaba la victoria. Y ese trofeo era yo.

A mis labios acudió el amargo sabor de la decepción. Diana, recostada todavía en el sofá, me miraba exultante. Parecía la feliz espectadora de una ejecución.

—Y lo mejor de todo es que me invitaron para que lo grabara. Querían conservar un testimonio gráfico. Para los Ramírez todo es un juego, ya los conoces.

No. No los conocía. Pensaba que sí. Sabía que les gustaba divertirse, ¿y a quién no? Que podían ser despreocupados a veces, que vivían intensamente. Que se empeñaban en hacer de cada detalle una aventura. Pero nunca imaginé que fueran capaces de utilizar a las personas para su propio interés.

Escuché algo: el ruido que hace un corazón cuando se rompe, cuando estalla dentro del pecho, en mil pedazos. Traté de levantarme pero mis piernas se habían convertido en un par de bloques de gelatina.

—¿Acaso vivías un sueño de amor? ¡Despierta, Cenicienta! No has sido más que un peón en el juego. Los Ramírez son una piña, lo comparten todo. Pero ya te habrás dado cuenta.

Tenía ganas de vomitar, pero saqué fuerzas para decir tranquilamente:

—No hacía falta que vinieras hasta aquí. Podrías habérmelo mandado por WhatsApp.

—¿Y perderme esa carita de «el mundo acaba de caérseme encima»?

Compuse una mueca digna. Es lo último que me quedaba. Si Diana se percataba de que sufría, aprovecharía para rematarme. No podía darle ese gusto.

—¿Te dijo que te quería? —preguntó escudriñando mis ojos. Di la callada por respuesta. ¿Hubiera cambiado eso algo, ahora que sabía que todo era una mentira?—. ¡Ah! Ya veo que no lo hizo. Mejor así, porque no tendrás nada que reprocharle. La cosa queda en tablas. Tú también ganaste algo, te acostaste con él, ¿no? Y, al fin y al cabo, de eso iba la historia... —Me observó durante unos segundos y compuso una mueca teatral—. ¡Oh, pobrecilla! No me digas que fuiste tan ingenua como para... ¿No te habrás enamorado de él, verdad? Lo conozco demasiado bien, es caprichoso. Siempre repite la pauta: un desliz y regresa a mí. Pero de esa forma es como nos entendemos.

«Dios los cría, y ellos se juntan», pensé mientras me obligaba a ponerme en pie.

—Sí, ya veo que sois tal para cual. Y, ahora, si me disculpas...

Cogió la indirecta: alargó la mano y recuperó su bolso.

—Ya lo sé. Llegas tarde a tu cita. —Me miró suspicaz.

—No todavía —dije para molestarla.

La vi salir por la puerta y me derrumbé en el sillón. Me quedé paralizada, mirando hacia la pared donde comenzaban a dibujarse demonios y seres de otros mundos. Alrededor solo había frío, un frío intenso y demoledor.

—Te ha escupido su veneno, ¿verdad?

Me lancé a los brazos de Gilda y rompí a llorar. No lo hacía desde la muerte de mi abuela y resultó purificador. Aquella vez, obligadas a separarnos por causa de un mal amor, había vertido todas las lágrimas que mi cuerpo era capaz de contener. O eso fue lo que creía. Me había prometido a mí misma que no ocurriría otra vez. Que nada ni nadie volverían a infligirme tanto daño. Y, sin embargo, experimentaba una fuerte opresión en el pecho producto de la desesperación. Me enfrentaba a un sentimiento insoportable y no conseguía dominarlo.

Gilda dejó que me desahogara y después se deshizo de mi abrazo y me obligó a enfrentarla. Sus negros ojos estaban nublados por la preocupación.

—No quiero verte nunca más así. Los hombres no valen una sola de tus lágrimas.

Impuse a mis tensos labios la apariencia de una sonrisa. Tenía la cruel sensación de que me habían subido a tocar el cielo con el único propósito de dejarme caer después hasta el fondo de la tierra.

—No te preocupes —susurré enjugándome la última de las lágrimas—. Que ningún hombre volverá a hacerme llorar.

CAPÍTULO 32



Nunca antes había sentido el restaurante como una jaula. No obstante, así es como lo percibí aquella noche de viernes mientras esperaba a que el último cliente abandonara el salón.

Atrincherado en la cocina y con las uñas por único alimento, contemplaba a los comensales reprimiendo a duras penas las ganas de estrellarles en la cabeza alguno de los cazos que teníamos por fregar. Estar al pie del cañón, asumir el cargo, dar ejemplo. Ser el jefe tiene sus ventajas, pero también puede resultar un problema cuando la responsabilidad te impide hacer lo que te pide el cuerpo.

Y lo que me pedía era salir en busca de Luna. Asegurarme de que todo iba bien y estrecharla entre mis brazos para no soltarla jamás.

Habían pasado más de cuatro horas y Luna no aparecía. Tenía perdida la esperanza. Era obvio que algo le había ocurrido, pero ¿qué? Las llamadas fueron infructuosas, y tampoco el bombardeo de mensajes dio sus frutos. A aquellas alturas, poco importaba que me hubiese saltado nuestra estúpida norma: estaba previsto que el pacto de silencio se rompiera al reencontrarnos. Dado que el reencuentro no había sido posible, me sentía en el derecho de tratar de comunicarme con ella.

—Una vez vi en el zoo un león enjaulado y tenía mejor aspecto que tú. — Naim gozaba de un buen humor contagioso, que se había intensificado en los últimos días. Tenía una leve sospecha de a qué se debía, pero aquella noche no me sentía predispuesto a compartir su felicidad.

—¿Por qué no sales y levantas los platos de la mesa doce? Hace media hora que deberíamos haber cerrado.

—¿Quieres que le retire a esa pareja el estofado que llevan a la mitad?
Solté un bufido involuntario.

—Me parece que podían darse un poco más de prisa —repliqué con impaciencia.

Naim me puso una mano en el hombro.

—Te diría que te fueras a casa, Nahu, o adonde quiera que estés pensando dirigir tus tristes pasos, pero la señora Ruiz Pavón está saboreando su *mousse*. ¡No querrás que se le atragante cuando sepa que su cocinero idolatrado se ha dado el piro sin haberla saludado como es debido!

La señora Ruiz Pavón era una de las más reputadas críticas gastronómicas y de ella dependía en gran medida que mantuviésemos el estatus.

—Estoy hasta los huevos de tratar de estar a la altura de las expectativas, de escuchar los consejos de los «Doctores Liendres», de rendirles pleitesía a tres o cuatro ignorantes. ¿Qué saben ellos de cocina, más allá de esas teorías inservibles que leen en sus libros de cabecera?

Naim me dirigió una mirada indulgente.

—Está bien, *bro*, sácate el delantal y coge tu chupa de cuero. Monta en tu Harley y ve en busca de esa chica. Yo me encargo de todo. Seguro que esa viejecita tierna y regordeta sucumbe a mis encantos... ¡Después no te quejes si en su próxima visita pide verme antes que a ti!

Traté de sonreír, pero solo conseguí una mueca.

—Gracias, Naim. —Le di un abrazo.

—No me lo agradezcas. Se trata de un gesto egoísta. Estoy aburrido de ver esa cara de póquer. ¡Venga, márchate! —Dio unas palmaditas en el aire.

Era inútil preguntarle cómo había sabido que se trataba de Luna. Naim siempre había sabido leer mis emociones, aunque tratase de esconderlas en lo más profundo de mi alma.

Salí sin rumbo fijo y me introduje en la oscuridad de la noche. No quería reconocermé enamorado, pero mi corazón se rebelaba dando grandes saltos cada vez que la posibilidad de tenerla cerca se concretaba. Era un hecho innegable: me tenía esclavizado lo quisiera o no admitir. A mí, que toda la vida había presumido de ser un alma libre. De repente me parecía de lo más natural atarme a Luna, esa pequeña mujer que en un cuerpo menudo encerraba una pasión desbordante, una pasión que la hacía única e irremplazable.

No era así como había imaginado que pasaría la noche: dando vueltas alrededor de los lugares donde sabía que podía encontrar a Luna. Tantos días soñando con llevarla de paquete, sintiendo el calor de sus delgados brazos

rodeando mi cuerpo. Con la mejilla adosada a mi chaqueta y el viento despeinándonos los cabellos a pesar de los cascos protectores.

Tenía preparada una cena especial. Deberíamos haber estado horas conversando, riéndonos e intercambiando experiencias. Nos habríamos contado lo que habíamos hecho durante los casi cuatro días que habíamos pasado sin vernos. Yo le habría confesado que apenas había sobrevivido aferrándome al recuerdo de sus ojos castaños. Ella me habría devuelto una sonrisa dulce y yo habría llegado a la conclusión de que la espera había valido la pena.

Habríamos planificado la manera de afrontar un futuro, juntos, sin dañar a nadie, concretando el modo de enfrentar a Román, a Diana, y a quien quiera que se interpusiese en nuestro camino. Le explicaría que, aunque todo había comenzado con una apuesta, para mí jamás se trató de un juego. Que ella era el más preciado tesoro, lo más importante de mi existencia.

Me detuve frente al San Carlos y apagué el motor. Guardé el casco y me dirigí con paso presuroso hasta la entrada. El discurso se repetía en mi cabeza como uno de esos vinilos antiguos que daban vueltas sin parar en el tocadiscos: palabras que resultaban vanas mientras Luna no estuviera allí para recogerlas.

No tenía turno aquella noche, me dijo la enfermera rubia y sonriente que me quitara el yeso tiempo atrás. Ni al día siguiente. Tampoco tenía su dirección, aunque sabía que vivía en un apartamento en el centro, por la zona peatonal, muy cerca de una de las bocas del metro. Le agradecí su ayuda y deambulé por donde me había indicado sin éxito. Calle arriba, calle abajo... Era consciente de que se trataba de una locura, pero no tenía otro recurso al que agarrarme.

Bares, cafeterías, tiendas veinticuatro horas, había aún mucha gente por la calle, y cual Sherlock Holmes trasnochado escudriñé sus rostros intentando dar con algún nexo, una pista que me condujera hasta la chica de las trenzas.

Eran ya las dos y media y su teléfono móvil continuaba apagado. Como si estuviera fuera de onda, como si la propia Luna se hubiera desconectado del mundo. Le dejé un nuevo mensaje de voz, el octavo: «Estoy preocupado, Luna. Llámame en cuanto escuches este mensaje».

Luego el temor se apoderó de mí: algo muy grave debía haber sucedido. ¿Qué le habría impedido reunirse conmigo? ¿Por qué no se había puesto en contacto? No se conectaba a WhatsApp desde las siete. Le puse un audio, escogí unos cuantos emoticonos llamativos para expresarle mi agonía. Una

explicación debía haber, y mi lado sensato, a menudo echado a un lado, vino esta vez a sugerirme que regresara a casa.

Una vez le había hablado de mi apartamento. Durante una de nuestras charlas en Sportadventure, le conté dónde guardaba mis trastos de mago. Ella preguntó en qué lugar exacto se hallaba, y bromeó con la posibilidad de saquearlo. Con la esperanza de que lo grabara a fuego, le di la dirección exacta. ¿Y si hubiese ido a buscarme, y si la encontrase allí, sentada en el zaguán, esperando mi llegada?

Naim me informó de que acababa de cerrar el restaurante, y añadió que: «La señora Ruiz te envía saludos, aunque asegura que yo soy más guapo y más simpático». Sonreí, a mi pesar. Y estaba escribiéndole un mensaje para preguntarle si había tenido noticias de Luna cuando, adelantándose como siempre a mis intenciones, agregó: «Supongo que querrás saber si hemos recibido la visita de alguna chica de ojos fabulosos e inocentes —por cierto, si le has gustado es que hay que encargarle gafas—. Siento mucho decirte que no. Te aconsejo que vuelvas a casa y descansas». Negué con la cabeza, si alguna vez le faltaba trabajo como cocinero bien podría ganarse la vida como adivino.

En el zaguán no estaba, y tampoco en las escaleras, ni en la puerta. Me encerré dentro, a solas con mis pensamientos.

Aquella noche no dormí, y apenas logré conciliar el sueño las siguientes. Su teléfono no daba señales de seguir operativo. Ni Carolina, ni Houda habían tenido noticias de ella, y ni siquiera mi madre, a quien ofrecí una excusa absurda para llegar hasta el fondo del asunto, sabía dónde localizar a nuestra joven amiga.

En el hospital seguían sin ofrecerme referencias y había cerrado su cuenta de Facebook, por lo que encontrar un dato de contacto se había convertido en misión imposible.

Solo me quedaba una baza, la última antes de sucumbir a la desesperación. Si Román no quería darme las señas para encontrarla, estaba dispuesto a clavarle astillas en las uñas hasta conseguir que me entregara una dirección.

CAPÍTULO 33



—¿Te acostaste con ella? —Desde el suelo, lo miré furibundo.

—¿A ti qué coño te importa?

—¿Te crees con derecho simplemente por haber ganado una puta partida de dados?

—Te estás volviendo mal hablado —respondí al tiempo que me llevaba una mano a la boca, para calcular los daños infligidos por aquel puñetazo. Comprobé que sangraba.

—He tenido un maestro de primera.

Escupí para apartar el sabor metálico de la sangre en los labios y me puse en pie. Román dio un paso atrás y alcé las manos para tranquilizarlo.

—No he venido a pelear, Román —le aseguré. Estaba dispuesto a encajar el golpe como parte del pago de la cuenta que teníamos pendiente—. Además, supongo que, después de todo, lo merezco.

—Luna no es de esas chicas. De las de usar y tirar.

—¡Ya lo sé! —exclamé ofendido—. ¿Por qué crees que quise que te hicieras a un lado?

—¿Entonces, qué le has hecho? Porque ha estado llorando.

Me sacudió un mal presentimiento.

—¿Cómo lo sabes? —lo acorralé, desesperado—. ¿La has visto, has hablado con ella?

Meneó la cabeza.

—Me han dado un soplo. Así que no me toques las pelotas. Algo has debido de hacerle, porque se niega a hablar conmigo.

—¡Yo no le he hecho nada, Román! —Mi voz adquirió un tono amargo—. De verdad, no tengo una explicación, no sé qué ocurre. Por eso necesito que me ayudes. Tengo que verla, necesito hablar con ella.

—¿Lo hiciste o no? —insistió.

—¿Qué cosa?

—Acostarte con ella. —Cruzó los brazos sobre el pecho y elevó el mentón desafiante.

—Estuvimos juntos, sí —admití tras una pausa. Conocía a mi hermano, de no obtener la respuesta que buscaba, jamás habríamos avanzado.

Apretó los puños y por un momento temí que quisiera continuar con la pelea.

—Eres un puerco, Nahuel. Tenías que culminar la faena, ¿verdad? Para que tu victoria en el juego fuera completa.

—Hace tiempo que dejó de ser un juego —afirmé muy serio—. Quiero a esa chica.

—¿A la pequeña Pocahontas? —Me estudió durante unos segundos, como si yo fuese un ratón de laboratorio—. ¿Te has enamorado de ella, de Luna?

Le sostuve la mirada unos segundos.

—Así que por fin lo admites —dijo apuntándome con el dedo—: estás colado por ella, ¿eh?

—Digamos que siento algo.

—Hace mucho tiempo que lo sé, en realidad. —Compuso un gesto satisfecho—. He estado pasándomelo en grande a tu costa, imbécil. Había ciertos detalles que...

—Si lo sabías, ¿por qué me disputabas su cariño? —pregunté incrédulo.

—En primer lugar, tenía que castigarte por haber puesto los ojos en una de mis chicas. —Iba a decirle que, de entrada, cambiar de chica cada tres o cuatro semanas no era muy ético, cuando agregó—: Pero ante todo ha sido porque te has pasado media vida dándome lecciones, y esta vez quería ser yo quien te enseñara algo.

Lo miré sorprendido. Si hablaba en serio, mi hermano maduraba a marchas forzadas.

—Voy a ayudarte —prometió al fin, y aspiré una bocanada de oxígeno para mis pulmones—. Intentaré que me escuche, pero no te prometo nada. Si Luna tiene algo que reprocharte, yo mismo te sacaré de su camino.

Me tendió la mano y se la estreché.

—Es un trato —concluí mientras alargaba los brazos para rodearlo con ellos—. No sabes cómo te lo agradezco.

—Anda, déjate de ñoñerías y lárgate. Y no vuelvas a tocarme las pelotas, porque la próxima vez no seré tan comprensivo.

—Cuenta con ello.

Subí a mi moto y regresé al gastrobar.

—Llegas tarde. —Naim me recibió espumadera en mano y temí que, igual que una madre enfadada, me golpease con ella en la cabeza—. Dijiste que estarías fuera media hora y has tardado hora y media. ¡Y tenemos las mesas llenas!

Me puse el delantal y asomé la cabeza. Efectivamente, el local estaba a tope. Para ser jueves, cuatro grupos de amigos, tres parejas, una familia y un chico solitario constituían un milagro de cupo.

Reconté el número de clientes, volviendo la vista al joven que, tamborileando los dedos sobre el mantel, esperaba a que lo atendieran.

—¿Qué cojones hace Saúl ahí?

—Lo he invitado yo. —Naim tenía una expresión tan culpable que, aun sin haberlo admitido, me habría obligado a adivinarlo.

—¿Por qué?

—Hace tiempo que quería decírtelo, Nahu. Pero, la verdad, no te he visto predispuesto a escuchar. Andas tan mustio por lo de esa chica que no me atrevía a comentarte que tu hermano y yo nos estamos conociendo.

Dejé escapar una risa amarga.

—¿Conocerse es un eufemismo de follar?

—¡Qué bestia eres! —replicó ofendido.

—Perdona. —Le di unos golpecitos en el hombro a modo de excusa—. No estoy en mi mejor momento.

—No hace falta que lo jures. Por eso he estado evitando hablar del tema. Verás..., cuando os fuisteis a esa excursión al campamento..., mientras os colgabais como monos y competíais por erigiros en el Guillermo Tell del siglo XXI...

—¡Ja, ja! —lo interrumpí mordaz.

—Mientras disfrutabais de la aventura... —continuó, ignorándome.

—Vosotros os montabais vuestra aventura particular.

—Tu hermano empezó a visitar el restaurante, siempre con alguna excusa. Buscar noticias del grupo o dárme las, prestar ayuda...

—¡El muy zorro! Por eso no quiso acompañarnos, tenía mejores planes.

—No lo juzgues. Estaba loquito por mí, ¿sabes? ¿Qué no harías tú por amor? —Me quedé pensativo. Haría muchas cosas, más de las que jamás habría imaginado. Ahora lo sabía.

Al notar que me había quedado absorto, Naim chasqueó los dedos delante de mí.

—Oye, no me lo espantes, te lo advierto. Me ha costado mucho tenerlo donde lo tengo ahora, ahí sentado. No te perdonaría que me lo echaras a perder. —Nunca lo había visto tan formal.

—Entonces, ¿vais en serio?

Me agarró de las manos y exclamó con voz soñadora:

—¡Aaay! Muy en serio, Nahu. Tu hermano es un encanto, dulce, atento... Solo tiene un defecto, y es que es un poco tímido. Pero con un poco de tiempo, sé que obraré milagros.

—No lo dudo —manifesté con ironía.

Nos interrumpió el sonido de mi teléfono móvil. Me lancé a por él. ¡Por fin un mensaje!

—¿No vas a leerlo?

Negué con la cabeza.

—Es de Diana.

—Tal vez sepa algo de tu chica.

Parecía razonable. De modo que decidí abrirlo y vi que se trataba de un vídeo.

—¡Qué hija de puta! —rugí al comprender que se había cobrado venganza dándome donde más me dolía. Y la muy cobarde lo había hecho a mis espaldas, ni siquiera se había atrevido a venir a decírmelo en persona.

Se ha vuelto viral, escribía más abajo. Adivina a quién le ha encantado.

De haberla tenido enfrente, habría sido capaz de arrancarle el corazón. A la postre, para lo que le servía, estaba mejor en la basura.

Inspiré profundamente para tratar de calmarme. Había sido un golpe bajo, pero al menos ya sabía a qué atenerme.

CAPÍTULO 34



—Llevas la agenda de un ministro, chica —bromeó Gilda. Levanté la vista del libro que estaba leyendo y la miré por encima de las gafas—. Tienes otra visita.

Cerré el libro. El corazón dio dos vueltas dentro de mi pecho. ¿Sería él?

Me debatía entre las ganas de volver a verlo y el deseo de mantenerlo lejos.

—¿De quién se trata?

—Ese chico... —Hizo una pausa teatral, para esperar mi reacción—. ¡Luna, te has puesto como una remolacha!

Me llevé de modo instintivo las manos a las mejillas jurándome que aprendería a controlar ese «problemilla» aunque me fuera la vida en ello.

Luego vacilé. ¿Debía esconderme, negarme a verlo, o era mejor salir y enfrentar lo que tuviera que decirme?

Me había propuesto convertirme en una persona resuelta, asertiva. No dejarme amedrentar por los demás y poner límites a quienes se atreviesen a increparme o intentasen abusar de mí. Así que, para ser coherente con mi nuevo estilo, salí escopetada hacia la puerta de entrada. Una insospechada decepción me asaltó al descubrir a Román apoyado en la jamba. Una desilusión que enseguida devino en cólera.

—¿Has venido a llevarte tu tajada? ¿Tú también quieres un revolcón, para subir la apuesta?

Vi como su tez adquiría un color mortecino y me congratulé por ello. La apocada y frágil Pocahontas también era capaz de hacer diana.

—¿Quién te ha contado lo de la apuesta?

—¿Importa eso? —respondí muy digna.

—Importa.

—Digamos que tengo una fuente irrefutable.

Sus ojos se abrieron y, señalándome con un dedo, afirmó:

—Has visto el puñetero vídeo. —Me crucé de brazos y alcé la barbilla—. Cojonudo.

—Las imágenes hablan por sí solas. Además que le habéis puesto una banda sonora... Creo que en todo momento he sido honesta contigo, Román. La verdad —dije conteniendo el suspiro que acababa de atravesarse entre mi corazón y mi garganta—, me has decepcionado.

—Era solo una broma, Pocahontas.

La sola mención de aquel apodo hizo que me ardiera la sangre.

—¡Me llamo Luna, joder! ¡No vuelvas a llamarme de ese modo! ¿Te enteras?

Dio un paso atrás, sorprendido.

—¡Coño, quién lo hubiera dicho! Tienes tu carácter.

—Claro, pensabais que la pobrecita niña de las trenzas se había caído del guindo. Que podíais jugar con ella a vuestro antojo. Pues se os acabó la diversión a los hermanitos. ¡Hasta aquí hemos llegado! No quiero volver a veros, a ninguno de vosotros.

—No digas bobadas, Luna. Nadie estaba divirtiéndose a tu costa. La cosa empezó por ahí, pero...

—¡Cállate! No pienso escucharte. Ya me habéis hecho sufrir bastante, ¿sabes? Os tengo calados. Conozco vuestras mañas. ¡Si lo he visto con mis propios ojos! Ahora vete y dile al reptil de tu hermano que no vuelva a buscarme, que no me asalte con mensajes, que me deje en paz.

—Si al menos me dejaras explicarte...

—¿Qué parte de «déjame en paz» no has entendido, bombón? —Esa era Gilda, que acababa de salir en mi rescate.

Entre las dos conseguimos empujarlo y sacarlo afuera. Después dimos un portazo y yo me derrumbé sobre la madera como si acabaran de golpearme con bastón.

Gilda no tardó en arrastrarme hasta el sofá, donde me asaltó a preguntas.

—No se trata del bomboncito, ¿verdad? —La miré de hito en hito—. No es por él por quien llevas varios días con los ojos igual que dos bolas rojas. —Sacudió la cabeza con pesar—. No me gusta verte así, Lunita.

Le devolví una mirada suplicante.

—Quiero tu versión de la historia. Por una vez, ábrete, cuéntamelo todo. Hasta que Beca regrese, soy la única amiga que tienes aquí, y sé que puedo ayudarte.

Comencé a relatarle mi historia, primero con timidez, luego con soltura. A medida que hablaba sentía que me estaba liberando de una carga muy pesada, y eso me animaba a recuperar sentimientos que había aparcado en el fondo de mi alma, pero que no había sido capaz de afrontar.

Me remonté a mi primera experiencia amorosa, cuando Alfredo, que era mi profesor en el instituto, me empujó a hacerme consciente de mi sexualidad. Él me había endulzado el oído con palabras bonitas y montones de promesas que jamás cumpliría. Con él había llegado el escándalo, porque era un hombre casado y yo apenas una niña.

—Trató de engañarme, pero yo me había tomado mi venganza, sacando a la luz nuestra relación. Aquello me perjudicó también a mí, ya que me obligaron a regresar a España con mis padres, dejando atrás a mi abuela, la única persona que se preocupaba por mí. Estaba reuniendo dinero para ir a verla, los vuelos eran costosos y en casa me negaban la ayuda que necesitaba, pues temían que reanudara mi relación con Alfredo o que cometiese «alguna otra tontería». Y justo cuando estaba a punto de lograrlo me llegó una aciaga noticia: la había perdido para siempre, y ni siquiera había podido despedirme de ella. No había podido abrazarla, sentirla junto a mí. Nunca pude perdonármelo, Gilda, y desde entonces prometí no volver a amar. Pero apareció Nahuel, el hermano de Román...

En este punto Gilda rio, asegurando que le estaba sorprendiendo mi confesión y que le fascinaba ese lado «atrevido y un poco impúdico» que no hubiera sospechado encontrar en mí.

Nos servimos un par de copas y a medida que el alcohol se acomodaba en la sangre me fui entusiasmando, ahondando en los detalles. Procuré no escatimarle ninguno. Cada recuerdo resultaba doloroso ahora que contemplaba lo ocurrido desde otra perspectiva. Una perspectiva nublada por la traición del hombre en cuyas manos había decidido poner mi corazón.

Me lo había estrangulado, aunque no podía negar que también me había hecho experimentar sensaciones maravillosas. Nahuel había despertado mi cuerpo al amor, como no lo hizo Alfredo, y me había llevado hasta un éxtasis fabuloso donde nuestros cuerpos y almas se habían fundido en una sola cosa.

—Y sí, lo reconozco, estoy colada hasta las cejas. Pero tan decepcionada y molesta que confío en superarlo pronto.

—Luna... —Me apretó la mano.

—Otro amor prohibido, otro amor no correspondido. La pauta se repite. Siempre me enamoro de hombres que no valen la pena.

—¿Y estás tan segura? ¿No habrá una explicación, alguna excusa?
Solté una risilla amarga.

—Si pudieras ver lo que yo he visto, comprenderías que no.

—Pero, amiga, estás enferma. Enferma de amor —sentenció—. Y eso no es bueno.

—Es cierto que tengo un dolor permanente en el pecho. Pero nadie se muere de amor, ¿no? —pregunté esperanzada.

—No lo sé. Nunca me he enamorado. No confío en los chicos. Son egoístas e interesados. Por eso me he negado a dejarme embaucar. Pero sí que tengo claro algo: el amor es para disfrutarlo. Si no te hace bien, es que algo falla y, en tal caso, es mejor, como decía tu abuela, «mandar a quien sea a volar».

Al escuchar aquella expresión tan mexicana no pude evitar sonreír.

—También decía que cuando encuentras el verdadero amor eres capaz de tocar la luna —recordé soñadora.

—¿Y es así? ¿Tocaste la luna?

Algo se removió en mi estómago. No esperaba esa pregunta, y menos que Gilda me observase dando muestras de impaciencia por conocer la respuesta.

No podía decepcionarla, y mucho menos mentirle.

—Creí tocarla, pero no era más que una luna de papel.

CAPÍTULO 35



—Ella lo era todo en mi vida, ¿sabes? La razón por la que en las últimas semanas me he levantado cada día.

—Pareces el protagonista de un melodrama de tercera —me cortó Naim—. La has cagado, chaval. Y no dirás que no te lo advertí. Fijarte en la chica de tu hermano, apostártela con él y salir a cazarla como si se tratase de uno de esos animalillos que tanto gustan en vuestra familia...

—Todo el mundo tiene derecho a equivocarse —afirmé serio.

—Sí, yo te perdonaría. ¡Eres taaan mono! —bromeó mi socio.

Chasqué la lengua. Mis ganas de chanza eran directamente proporcionales a mi alegría.

—Siempre sospeché que Diana perseguía algo. Nadie puede ser tan masoca. Después de todo, eres un cocinero reputado. Aunque no creo que eso a Luna le importe. La verdad es que sigo sin entender qué podría haber visto esa chica en ti. Eres agonía, temerario y, a menudo, demasiado intenso. ¡Un coñazo, en definitiva! —Puso los ojos en blanco—. Seguramente no te la mereces —añadió, sin darme derecho a réplica—. Pero si de verdad la quieres, ve a por ella. ¡Lucha!

Lo había hecho. Todo lo que estaba en mi mano. Había removido cielo y tierra para encontrarla. Visitaba el hospital varias veces al día, tenía fritos a sus compañeros con mis interrogatorios. Hasta había pasado por su apartamento después de que Román se prestase a darme la dirección, no sin advertirme que no esperase que arrojaran la alfombra de bienvenida para recibirme.

A él no le había ido nada bien. Luna ni siquiera quiso escucharlo, y no podía culparla por sentirse dolida. Habíamos llevado las cosas al extremo; nunca imaginé un resultado tan desfavorable. Pero merecía una segunda oportunidad. Necesitaba ser honesto con ella, ofrecerle mi versión. Y, siendo

honesto, no podía dejar de admitir que solo una ínfima parte de mí había deseado ganarle la batalla a Román. Porque esa batalla la tenía perdida desde el comienzo, desde el primer día en que cruzamos nuestras miradas, cuando había caído a los pies de mi diosa de trenzas azabache.

—Es bonita, amable, apasionada...

—Paciente...

—¡No me tomas en serio!

—Solo digo que, de no levantar cabeza, vas a tener que ver a un profesional.

Ese paso también lo había dado en cierto sentido, tuve una larga conversación con mi hermana. Desde que trabajaba para aquella revista era más psicóloga e intuitiva que nunca.

—Parece que te has vuelto una experta en cuestiones amorosas —le dije después de escuchar un diagnóstico sobre mi problema.

—Recibo una media de cien cartas al día en la revista. Los lectores me obligan a ponerme las pilas.

Carolina me había preguntado por qué, si estaba tan seguro de que Luna despertaba en mí sensaciones dignas de someter a estudio, había resuelto hacerle una propuesta tan descabellada a Román.

Me quedé pensativo. Otro camino hubiera sido más fácil. Pero lo fácil no es divertido. Además, me cegaba el miedo a depender de alguien más.

—Puedes llamarme cobarde, pero en algún momento sentí una necesidad irracional de desilusionarla. Quería estar cerca de Luna y la apuesta me daba una excusa perfecta. De ese modo tenía un motivo, sin necesidad de comprometer mi corazón o mi orgullo.

Y es que un sentimiento desconocido había prendido un fuego abrasador dentro de mi cuerpo. Me consumía en medio de esas llamas y se lo reprochaba a Luna, quien provocaba todo ese caos con solo un pestañeo de sus desmesurados párpados.

—Román solo cree estar enamorado, pero no se trata más que de otro de sus caprichos —arguyó Carolina al referirse a nuestro hermano—. Porque está acostumbrado a que todas suspiren y caigan redondas cuando él despliega sus encantos y, no obstante, esta se le resiste.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —me miró estupefacta.

—El mismo lo ha reconocido y me ha dado su bendición.

—Ver para creer.

Después de pagar los cafés, le di las gracias a mi hermana por su ayuda y le pedí que, si tenía noticias de Luna, me informara sin perder un segundo.

—Cualquier amor, hasta el más dulce, tiene un punto de sufrimiento — terminó su diagnóstico—. Mírame a mí, ni te imaginas la pelea que tuve conmigo misma hasta que me rendí al embrujo de Hugo. ¡Y ahora soy tan feliz...! —Al notar la mueca cínica que alargaba mi boca abandonó aquella pose romántica—. En fin... Lo que quiero decir es que no se puede nadar a contracorriente.

También eso había comprendido en los últimos tiempos. No se puede escoger en el amor, que es, como decía Cortázar, «un rayo que te parte los huesos» y te deja paralizado allá donde te pille.

En eso pensaba la tarde en que la busqué en su apartamento. Fue apenas media hora después de que Román me contase que había fracasado en su intento de aclarar la situación con Luna. Me lancé sobre la moto y, como alma que lleva el diablo, recorrí la ciudad hasta llegar al centro. Tal como la enfermera me indicó en su momento, estaba situado muy cerca de una estación de metro, en la zona peatonal.

Golpeé varias veces la puerta y escuché el ruido de pasos que iban y venían. Después, solo silencio. Pegué el dedo al timbre, dispuesto a mantenerlo así durante el resto de mis días. El corazón no me daba tregua, amenazaba con hacer su luchita por su cuenta. Latía dolorosamente, con tanta fuerza que temía que se superpusiera al sonido del timbre, anulándolo por completo.

Grité su nombre, volví a golpear con los nudillos.

—¡No pienso marcharme hasta no hablar contigo, Luna! —chillé—. ¡Sal de una vez!

Le pedí que me escuchara, le aseguré que todo había sido un malentendido. Pero fue inútil. Tras varios intentos, apoyé la frente sobre la puerta y rompí a llorar. Casi perdí el equilibrio cuando la puerta se abrió por fin.

—¿Quién eres y qué es lo que buscas? —Era una chica morena, de pelo negro encrespado. Tenía una mirada descarada con la que me recorrió de arriba abajo. Frunció el ceño al reparar en una lágrima que se deslizaba por mi mejilla. La limpié con el dorso de la mano.

—Necesito ver a Luna. Por favor, dile que salga.

—No conozco a nadie con ese nombre y estás molestando. —Alzó la barbilla, retándome a que la contradijera.

—Sé que Luna vive aquí y no pienso marcharme sin antes haber hablado con ella. Díselo.

Sacudió la cabeza y sus rizos abofetearon la brisa vespertina.

—No me has entendido, guapo. Aquí no tienes nada que hacer. Espero que lo comprendas y que te largues sin hacer ruido. Tengo vecinos, unos pobres abuelitos que necesitan descanso y no estarán contentos con este alboroto que has armado.

Dicho esto me dio, literalmente, con la puerta en las narices.

Evalué la situación: podría haber golpeado de nuevo la puerta, e incluso tirarla abajo y colarme dentro, pero no era la mejor manera de acceder a Luna.

También podría haberme quedado rondando la zona, agazaparme por allí como un ladrón y esperar a que Luna saliera para echarle el guante.

Ninguna de las opciones la inclinaría a mejorar la opinión que se había forjado de mí. De modo que, muy a mi pesar, resolví volver sobre mis pasos y planear una estrategia más elaborada y efectiva.

—Si admites propuestas, yo te recomendaría que pensaras en algo constructivo —sugirió Naim—. Dices que Luna es altruista, que se preocupa por la gente. Me contaste que alguna vez comentó que en ocasiones colaboraba en campañas de recogida de ropa y alimentos para el hospital.

—¿Quieres que me convierta en el nuevo «Padre Damián»?

—Pensaba que tenías más imaginación —me reprochó—. Abre las orejas, voy a darte un par de ideas. ¡Pero espero que sepas compensármelo!

CAPÍTULO 36



—¿Cuánto tiempo crees que vas a poder seguir evitándolo? —Antonio atrapó mis ojos con los suyos, pequeños y astutos, y tuve la sensación de que eran dos pistolas cargadas a punto de dispararme—. Estoy cansado de verlo por aquí, ponle remedio.

Era poco menos que una orden. Cuando a Antonio algo le molestaba, no se detenía hasta haberlo apartado de su camino.

—Se aburrirá, tarde o temprano —expuse sin convencimiento.

—Me temo que pecas de optimista. —Entrecerró los párpados. Vi que su mirada se dirigía hacia algún punto más allá del pasillo y se me aceleró el pulso.

—No me digas que...

—Pelo castaño, ojos marinos, carita de no haber roto un plato, aunque aspecto de haberse cargado la vajilla entera...

Quise salir corriendo, pero Antonio me agarró por la muñeca.

—Me haces daño, Antonio.

—Hay que echarle ovarios a la vida, compañera —expuso sin ambages.

Angustiada, asistí al paso de los segundos con el corazón latiéndome en la garganta. Antes de que tuviera oportunidad de encontrar una alternativa, lo tuvimos encima.

—Me subo a planta —anunció Antonio al tiempo que me soltaba la mano.

Esbozó una sonrisa radiante, de esas que guardaba para las ocasiones en que se salía con la suya, que eran la mayoría, a decir verdad. Acto seguido se dio la vuelta dejándome a expensas de Nahuel y sin capacidad de reacción.

Me llevé una mano a la muñeca y acaricié con el pulgar la zona dolorida. Ya pensaría en alguna venganza a la altura después de pasar el mal trago que Antonio me había forzado a digerir.

—¡Me alegro tanto de verte, Luna! —exclamó Nahuel, y su boca amagó una sonrisa. Me dije que era el tipo más guapo que se había cruzado en mi camino, pero también el más embustero y más mezquino. Al notar mi gesto de contrariedad, aquella sonrisa murió en sus labios.

Le habría replicado que no era una dicha compartida si el nudo que se me había formado en el pecho me hubiese permitido articular palabra.

—Llevo siete semanas tratando de comunicarme contigo. Te he buscado por todas partes, ¿no has leído mis mensajes?

—Los he leído, sí.

—¿Y entonces? —Me recorrió con mirada ansiosa y yo fruncí los labios, ¿es que no estaba lo suficientemente claro?

—¿A qué has venido, Nahuel?

—He venido a traer comida para el hospital. Nos sobran algunas existencias y como me contaste que toda ayuda es poca...

—Claro. Qué fácil resulta dar lo que a uno le sobra —lo corté.

Sus azules ojos se agrandaron. Durante un instante sentí un incontrolable deseo de nadar dentro de ellos.

—Necesitabas un truco para hablar conmigo. No podéis evitarlo, ¿verdad? Es un rasgo de familia.

—Hemos suscrito un acuerdo con el hospital para colaborar con el banco de alimentos. Donaremos lo que no podamos aprovechar, además de un cinco por ciento de los beneficios mensuales.

—Tu generosidad me conmueve —le aseguré sarcástica—. Aunque eso nada tiene que ver conmigo. Por eso, si me disculpas, debo volver al trabajo.

Su mano recorrió la distancia que nos separaba y cayó sobre mi brazo. No pude evitar un estremecimiento y se la aparté con brusquedad. Aunque hacía tiempo que no nos tocábamos, yo aún podía sentir el tacto de su piel sobre la mía.

La piel tiene memoria, y la mía tenía muy presente sus caricias.

—Creo que deberíamos hablar.

—Y yo creo que no tenemos nada que decirnos.

—Para mí esa noche fue importante, Luna. Sé que has visto el maldito vídeo, pero puedo explicártelo.

—¿Qué vas a explicarme, que os habéis divertido a mi costa?

Sacudió la cabeza.

—Si hubiera pretendido reírme de ti, ¿para qué iba a desplazarme hasta aquí? ¿Por qué llevaría mes y medio dando vueltas como loco, intentando dar

contigo?

—¿Para engañarme otra vez? —Esperé unos segundos, para darle tiempo a contradecirme—. ¿Qué es lo que habéis puesto en juego ahora? ¿Un poco más de sexo, o pensáis llegar tal vez más lejos? ¿Buscáis la rendición total: «el primero que consiga que la chica de las trenzas babe se proclama vencedor»? —Imposté la voz—. Que caiga rendida, que se reconozca enamorada. Pero se requiere una prueba, ¿qué tal uno de esos vídeos molones que rulan por todos los grupos de WhatsApp para mofa del personal? ¡Y que lo grave Diana, la abogada sin escrúpulos!

Me giré. No estaba previsto en el guion que las lágrimas se agolparan en mis ojos y pelearan por fluir. Qué traidoras pueden resultar las emociones y qué difíciles de mantener a raya cuando el corazón anda de por medio.

Inspiré profundamente antes de enfrentarlo de nuevo, y comprobé con estupor que Nahuel se había puesto de rodillas.

—Joder, Luna, no me hagas esto. No sabes cuánto te he echado de menos. —Algo parecido a la ternura me invadió el cuerpo. Maldito Nahuel y malditos sus ojos, capaces de derretir el hielo del polo norte con más saña que el calentamiento global.

Justo en aquel momento pasaba Pilar. Se detuvo sorprendida al vernos en aquella postura, digna de un cuento con final feliz. Nahuel parecía un caballero a los pies de su princesa.

Pilar sonrió, luego nos dedicó un saludo y continuó su camino, entonando la melodía de *Qué bonito amor*. Eso me hizo reaccionar.

—Levántate, por favor. Estás armando un escándalo.

—¡Nunca! Me quedaré aquí clavado hasta que me escuches —aseguró dramático.

—¡Para, Nahuel! Te estás poniendo en ridículo. —Miré alrededor y el bochorno se apoderó de mí. Un nutrido grupo de gente, compañeros de trabajo, pacientes y acompañantes se habían detenido a contemplar la escena—. Salgamos a la calle.

Encabecé la expedición con paso rápido y no me detuve hasta haberme alejado unos cuantos metros de la puerta de entrada del San Carlos.

Me aseguré de que estábamos a salvo de ojos curiosos antes de volverme hacia él.

—Los Ramírez sois capaces de cualquier cosa con tal de conseguir lo que queréis. Esto forma parte de vuestro juegucito. Qué rastrero y cruel pasar

por la vida de puntillas, sin preocuparse de la posibilidad de que alguien salga herido.

—No digas eso, Luna, yo... creo que te quiero —murmuró.

Solté una risotada amarga y la acompañé de unas palmadas.

—Qué excelente actor se ha perdido el cine español.

—La noche que estuvimos juntos en la playa, ¿no sentiste lo mismo que yo? —preguntó con voz temblorosa.

—Ya no importa lo que sentí. Fue todo una mentira, lo comprendí al ver esas imágenes.

—En la vida había experimentado algo así... Esta necesidad, esta agonía.

—Mira, Nahuel —lo interrumpí—. No te desgastes más. Busca otra víctima a la que engatusar. No voy a negar que fue bonito mientras duró. Ambos disfrutamos y eso es lo que importa. Pero no se volverá a repetir. Métete eso en la cabeza. No pretendas despertar un sentimiento más profundo en mí, porque me he vuelto inmune a tus encantos.

—¡Luna! —gritó al ver que me alejaba, resuelta a cerrar aquel capítulo de mi historia—. ¡No estás siendo justa conmigo! Ni siquiera me has dado la oportunidad de explicarme.

—¡Cuéntaselo a otra!

Después subí los escalones de acceso al hospital sin mirar atrás, sintiendo que mi corazón volvía a romperse.

La expresión dolida de Nahuel me persiguió durante los siguientes días, igual que un hacha que amenazara con partirme por la mitad.

CAPÍTULO 37



Las concentraciones moteras son alegorías del infierno, el rugido y el calor de los motores se mezclan con el olor a gasolina y a óxido. Predominan el cuero y el color negro. Un puñado de chicos malos irrumpe a lomos de sus máquinas, semejando dragones alados que surcaran el asfalto en pos de la libertad.

Se escucha música de fondo y en los puestos de comida, improvisados a modo de bares ambulantes, sirven cerveza y perritos calientes. Suelen organizarse en zonas de campo o montaña, donde la acampada es factible, y si el evento tiene un tamaño considerable, se cuenta con carpas o tiendas donde los patrocinadores publicitan sus productos.

Cualquiera puede inscribirse. Acuden, de hecho, familias enteras a disfrutar de los conciertos, de las actividades, o a participar en las pruebas. Y con frecuencia se sortean premios al final de la concentración.

Son, en definitiva, lugares de encuentro y camaradería donde se convive durante horas y se igualan los asistentes en virtud de una pasión común: el amor por las dos ruedas.

Aquello era justo lo que necesitaba en aquel momento: diluirme en una masa de forma anónima. La sensación de libertad que me procuraba mi Harley no tenía parangón. Dejé que el aire me golpeará la cara mientras avanzaba hacia el corazón del evento.

El mío, que durante los últimos días parecía haber reducido su latir a un ritmo más lento, comenzó a recuperar el pulso ante la perspectiva de disfrutar una vez más de uno de aquellos encuentros. La estética motera me fascina: tatuajes, pañuelos, *piercings*, barbas pobladas y gafas oscuras. Pero sobre todo me gusta el espíritu que se respira: hay mucho compañerismo, no existen clases sociales ni distinciones. El «todos somos iguales» cobra auténtico sentido entre los moteros. Cuando uno pisa el acelerador deja atrás su

identidad y se convierte en un hombre sin pasado, sin futuro, y con un único presente: la carretera que se abre delante.

Por eso no repararon en que yo era un pobre diablo. Un alma en pena, enamorado hasta las trancas y roto de dolor. A nadie le importaba en realidad. Disfruté del ambiente, de los disfraces —¡menuda inventiva!—, de la alegría contagiosa de los asistentes.

Debía haber casi veinte mil personas inscritas, pero teníamos espacio para repartirnos. Sorteé una conferencia sobre seguridad vial: se informaba sobre primeros auxilios y se hacía la reivindicación tradicional de la eliminación de los guardarraíles.

Me dirigí hacia el otro extremo, donde acababan de dar comienzo las exhibiciones acrobáticas de los especialistas: giros, piruetas imposibles... Espectáculo en estado puro.

Luego me incorporé a la ruta programada intentando dejar atrás el recuerdo de Luna. Llevaba días torturándome con los detalles de nuestro encuentro, de cómo había intentado acercarme y ella me había apartado la mano como si le hubiera dado calambre.

Una y otra vez traía a mi memoria sus palabras, como una especie de látigo punidor destinado a purgar mis faltas. Sus acusaciones habían sido puñaladas directas hacia mi ánimo ya de por sí tocado. Nunca la hubiera sospechado tan fría. La esperaba dolida, tenía motivos si había interpretado el contenido del vídeo solo por lo que se veía. Me admiraba la mujer fuerte en la que se había convertido, segura de sí misma, dispuesta a defender su honor frente a cualquier ataque. Pero no podía alabar su actitud: se había rodeado de una coraza que le impedía ver más allá de sus narices y eso me hacía mucho daño.

Compartimos muchas charlas, muchos momentos, al margen de aquella última noche. Yo me había abierto a ella como nunca antes lo había hecho con nadie más, mostrándole mi lado más íntimo, el más tierno, ese que ocultaba al mundo para salir indemne de todo. Estaba seguro de que al entregarme sin condiciones ni límites, le había demostrado que la quería. No se lo había expresado con palabras porque todavía me costaba reconocérmelo a mí mismo, pero los gestos, las caricias... hablaban por sí solas. ¿Cómo podía cuestionarme entonces? Me ofendía la simple duda. Y, por si no fueran suficientes los indicios, me había postrado a sus pies en el hospital, le había rogado, suplicado que me creyera. Hablé atropelladamente porque nunca lograba pensar con claridad cuando ella estaba cerca y cometía una tontería

tras otra. Pero de la mejor manera posible, con honestidad y confianza, había puesto el corazón a sus pies, se lo había entregado en una bandeja. Luna se había limitado a mirarme con los ojos muy abiertos y después me había aplaudido: «Qué excelente actor se ha perdido el cine español». Lo dijo con desprecio, y después se cerró en banda negándose a escucharme.

Y allí me quedé, partido, derrotado. Sin un as en la manga. Reflexionando sobre el hecho de que, de haber sido un verdadero mago, habría deshecho el hechizo que nos separaba.

Ahora tenía una oportunidad de dejar atrás la frustración y aquel olor a melocotón dulce y mandarinas que emanaba de su piel. Necesitaba borrar aquella última mirada donde se leían odio y decepción.

Fuimos hasta un pueblo en la sierra, tomando la carretera secundaria para evitar el tráfico y aprovechando las curvas. Resultó divertido y hasta conseguí olvidar por un buen rato la razón que me había llevado hasta allí. Hacía un frío brutal, pero yo iba pertrechado de la ropa adecuada y solo sentí el castigo del viento azotándome el rostro al viajar en contra.

Nos detuvimos en un bar de carretera y nos sacamos los cascos para disfrutar de un aperitivo en la terraza. Hacía doce años que no lo veía, pero no me costó reconocer, bajo aquel aspecto duro y la piel morena, castigada por incontables horas de sol, a Eddie el Negro. Fue mi amigo en otra época, durante unos años difíciles en los que yo frecuentaba compañías nada recomendables.

—Hace mucho que no nos vemos —constató después de chocarme la mano—. Te rajaste, Niño —dijo apelando a mi antiguo mote, el que yo había enterrado en el baúl de los recuerdos, junto a todo lo demás—. Me dejaste colgado.

—Eran otros tiempos, Negro.

—Yo creo que lo pasábamos bien. —En sus pupilas destelló un brillo burlón. Meneó la cabeza, y los aros que le colgaban de la oreja despidieron un ruido metálico al chocar entre sí. Pensé que parecía un pirata, un tipo peligroso y temerario—. Desde entonces no he vuelto a divertirme de aquella manera. Nunca ha sido igual, porque tú eras único. —Se quedó absorto unos segundos, luego exclamó, al tiempo que me obsequiaba con unas palmadas cariñosas en la espalda—: ¡Qué hijoputa, Niño!

Nos encaramamos a unos taburetes y enseguida se puso melancólico. Recordamos la época en que desafiábamos a la muerte, participando juntos en carreras ilegales.

—Nos poníamos a trescientos, éramos unos jodidos locos. Menos mal que lo dejamos, Negro. Era demasiado peligroso, podríamos haber salido heridos... o algo peor.

Enarcó las cejas y una sospecha anidó en mi cabeza.

—Tú sigues en ese rollo, ¿verdad?

Torció los labios.

—Esta noche, Niño. Después del desfile. —Se refería al que llaman «Desfile de las Antorchas», el que se hace en memoria de los moteros fallecidos durante el año—. En la carretera de abajo, la que apodábamos de la Serpiente, ¿te acuerdas? —No podría haberlo olvidado, era la más peligrosa de la zona. Más de trescientas cincuenta curvas, ocho por kilómetro, y una media de ciento cuarenta y dos accidentes mortales o graves al año.

Llevábamos unas cuantas cañas en el cuerpo y comenzaba a notar que la sangre se me calentaba, aunque no lo suficiente como para olvidar la locura que fue aquella época: las continuas peleas, las persecuciones policiales, las lesiones. Estragos de una vida al límite.

—Creo que paso, Negro.

Un veterano se acercó y le susurró algo al oído. El Negro se echó lo que le quedaba de bebida al gaznate, se apeó del taburete y volvió a colocarse el casco.

—Es una lástima, amigo. De veras pienso que sería divertido.

Luego lo vi marchar a toda pastilla encaramado a su motocicleta y dejando tras de sí el rastro de una humareda oscura. Como un ángel del infierno recién caído sobre la tierra.

Lo seguí con los ojos, y no pude evitar que un escalofrío de excitación me recorriera la columna de parte a parte. «Hubo buenos momentos», pensé con nostalgia, «y valía la pena el riesgo. Uno puede asumir riesgos cuando no tiene mucho que perder».

CAPÍTULO 38



—¡Necesitamos personal! —Las voces me llegaron desde atrás y di un respingo. Los compañeros de urgencias correteaban de aquí para allá. Se palpaba el estrés.

—Ha entrado un código rojo. Un accidente de moto.

Al escuchar la palabra *moto* tuve un mal presentimiento. Miré a Antonio, que acababa de llegar a toda prisa, con el rostro demudado y me olvidé de respirar.

—Antonio...

—Lo siento, Luna. Lo llevan a quirófano.

A partir de ese momento, mis recuerdos son borrosos. La entrada de la camilla, con Nahuel tumbado encima, ensangrentado y rodeado de cables. Las conversaciones de mis compañeros, que me llegaban a modo de frases entrecortadas, ecos lejanos de una realidad que hubiera preferido ignorar: «perdió el control de la moto», «ha chocado contra el quitamiedos», «si no lleva el casco, no lo cuenta», «putas carreras de motos», «hay que estar loco», «pronóstico grave».

—¡Rápido, le estamos perdiendo el pulso!

Si hubiera atendido a las necesidades de mi cuerpo, me habría dejado caer sobre el suelo. Pero una fuerza superior a mí me forzaba a mantenerme en pie, atenta a lo que estaba ocurriendo.

Mis pies se pusieron en marcha para seguirlo, pero al llegar a la puerta de acceso a la zona quirúrgica me detuvo un celador.

—Solo personal autorizado.

En aquel momento perdí el conocimiento. Los brazos de Antonio me salvaron de una aparatosa caída.

—Lo han llevado a cuidados intensivos. —Temblaba como una hoja, sentía un frío helador en los huesos, aunque sudaba—. Se ha dado un fuerte golpe en la cabeza. Creo que es mejor que te vayas a casa, Luna. Estás muy alterada y aquí no vas a servir de ayuda.

Me dejé arrastrar hasta la puerta. Luego el Balas llamó un taxi y me introdujo dentro.

—Te informo de cualquier novedad. Intenta descansar.

Era como pedirle a un pez que respire fuera del agua. No pegué ojo. Tenía la sensación de haber perdido un tiempo precioso y me reprochaba haber sido tan estúpida. Me arrepentía de no haberlo escuchado, pues tenía la intuición de que había sido sincero al tratar de expresar sus sentimientos. Mi orgullo y el temor a salir herida me habían impelido a rechazarlo, aun sabiendo, en el fondo de mi ser, que en aquella noche de pasión Nahuel había puesto el alma.

Y ahora esa noche podía convertirse en la última. La perspectiva se ofrecía ante mí con una certeza demoledora. Sentía el corazón clavado en el centro del pecho. Me abracé, como si con ello pudiera sujetarlo, evitar que se rompiera en mil pedazos.

Eran las seis de la mañana, Gilda no había vuelto y me encontraba sola. En el silencio que reinaba en la habitación solo se escuchaba el tictac del reloj de pared. A mi mente volvía de modo recurrente la imagen del rostro entubado, de la piel pálida de Nahuel, tan distinta a aquella que acariciaron mis dedos la noche que nos amamos.

Esperé un par de horas todavía antes de marcar en el teléfono móvil el número de Román. Sentí un espasmo de aprensión mientras escuchaba el tono de llamada. No iba a resultar la conversación más fácil, ni la más alegre.

Nahuel llevaba unos cuantos días en la UCI. Para no volverme loca, inventé infinidad de actividades, cosas que normalmente quedaban lejos de mi rutina, como caminar durante horas a lo largo y ancho de la ciudad, acudir con Gilda a un *pub* en el paseo de la alameda donde programaban monólogos —aunque no consiguieron arrancarme ni media sonrisa—, o pasarme por la peluquería.

La peluquera, una chica excesivamente tatuada con mechas azules y rostro de ángel, no pudo disimular su sorpresa ante mi solicitud.

—¡No puedes cortarte esas trenzas! —se atrevió a objetar—. Tu pelo es el producto de... ¿Cuántos años de cuidados? ¿Toda la vida quizás?

Asentí con lentitud y el espejo me devolvió una mirada de determinación.

—Quiero un corte fresco, justo por debajo de las orejas —Me señalé.

La chica me miró como si acabara de llegar del espacio exterior, aunque obedeció. Ni el mismísimo Lluís Llongueras hubiera podido disuadirme de que dejase atrás mi imagen de niña.

Y en apenas una hora tenía un corte *bob*, a la moda y con flequillo. Me sorprendió la dimensión que habían adquirido mis ojos en contraste con el resto de rasgos de la cara. Si antes eran grandes, ahora parecían enormes, desproporcionados y, ante todo, decididos.

De aquella guisa regresé al hospital, resuelta a enfrentar lo que fuese. Faltaba media hora para la visita, y en la sala de espera estaba reunida la plana mayor de la familia. Román prácticamente se me tiró encima.

—¡Luna! Tú debes saber algo.

Me deshice de su abrazo y reparé en sus miradas, llenas de preocupación.

—No mucho más que vosotros.

—Tiene algunos huesos rotos y unas cuantas quemaduras —explicó Pedro—. Pero va a ponerse bien, estoy seguro.

Raúl ahogó un suspiro y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Houda le dedicó palabras de consuelo.

—Ya podéis ir quitando esas caras de funeral —intervino Estela—. No estamos velando a un muerto. Atraeréis energía negativa con esa actitud derrotista. —Luego, mirándome con aprobación, añadió—: Estás muy guapa, pequeña.

Se sentó y me guiñó un ojo, y no pude evitar ruborizarme mientras a mis labios acudía de improviso una sonrisa. Esperaba a una madre rota de dolor; en cambio, me encontraba frente a una mujer entera, capaz de tomar las riendas de la situación.

Enseguida llegó Saúl y, casi de inmediato, hizo su entrada Naim.

—¿Cómo sigue?

—En mi opinión, solo un poco magullado. Debería haberse abierto la crisma, pero la tiene tan dura que antes habría rajado el asfalto —explicó Román.

—¿Sabéis que andaba metido en esas carreras ilegales? —preguntó Carolina.

Estela asintió.

—Vagabundeando de aquí para allá con ese cacharro del demonio.

Justo en aquel instante se abrió la puerta y el doctor Meroño asomó la cabeza. Tenía una expresión tranquilizadora.

—¡Luna! ¿El chico es amigo tuyo?

Moví la cabeza de modo afirmativo.

—¿Cómo está?

—Progresa. Hemos tenido que operar el húmero izquierdo. El nervio radial no se ha visto afectado, de modo que podrá mover la mano como siempre. Parece que le ha cogido el gusto a las fracturas, ¿eh? —bromeó.

—No hay daños cerebrales, ni en la médula, ¿verdad, doctor?

—Una lesión en la cabeza, aunque por fortuna el casco evitó que hubiera algo que lamentar. Para las costillas, necesitará mucho reposo. Le hemos puesto calmantes, así que duerme como un bebé. Pero de seguir así, en un par de días podremos subirlo a planta.

Eran grandes noticias y lo celebramos regalándonos unos cuantos abrazos.

Estaba enredada en uno cuando vi aproximarse a Diana desde el fondo del pasillo. Mi cuerpo se convirtió en un bloque de granito. Estela me tapó la visión poniéndose delante.

—Mira a quién tenemos aquí, la aspirante a *youtuber* del año. —Luego, señalándome, agregó—: Me encantaría echarla con cajas destempladas, pero creo que eso te corresponde a ti... ¡Nuera! —Compuse una mueca de sorpresa—. Dale fuerte y, cuando acabes, te espero en la cafetería. Me gustaría charlar contigo sobre un par de cosas.

Fue como si me hubieran dado permiso para dibujar garabatos en el libro del colegio. Solo apelando a toda mi fuerza de voluntad logré evitar que una sonrisa satisfecha se dibujara en mi rostro.

CAPÍTULO 39



—¡Es un zoquete! Es un rasgo común a todos los hermanos. Lo mismo le pasaba a su padre, Eugenio. Prácticamente tuve que ponerle el anillo en el dedo. Me cansé de enviarle señales. Uno no puede ser sutil con esta clase de personas que no se enteran de nada. Son capaces de dejar ir la mejor oportunidad de sus vidas. No reconocerían el amor ni aunque llegara en forma de camión y les pasase por encima.

Sentí lástima por lo que estaba a punto de hacer, pero era necesario terminar de una vez con ese romance que solo existía en la imaginación desbordada de Estela.

Aquella mujer energética y honesta me caía demasiado bien como para sucumbir al engaño: cuanto antes la enterara de que Román y yo no manteníamos esa idílica relación que soñaba, antes pasaría el trago de la decepción.

—Pero te quiere —continuó sin darme tiempo a decidir cuál era el mejor modo de abordar la situación—. Sus ojos no mienten. Son tan transparentes como los de su padre. Es una herencia familiar. Los Ramírez llevan siglos valiéndose de sus miradas claras para conseguir lo que quieren. —Di un sorbo al café suplicando mentalmente que el momento de tomar aire llegase pronto—. Si no has podido resistirte, lo comprendo —siguió frustrando mis expectativas—: Yo también caía redondita cada vez que Eugenio me clavaba esos torpedos azules verdosos.

De no ser porque estábamos sentadas me habría caído. Estela me observaba divertida. Se reclinó en su silla y cruzó los brazos sobre el pecho. Su generosa delantera quedó expuesta.

—No estamos hablando de Román, ¿verdad? —aventuré, y me llevé una mano al corazón, notaba que había perdido el control sobre él.

—¿Y qué narices tiene Román que ver en esto?

La miré espantada. De pronto una nueva mujer, inteligente y perspicaz, se ofrecía ante mis ojos.

—Ya. Pensabas, como todos, que vivo en la inopia. Que solo pienso en organizar fiestas y salvar de la oscuridad a Charlie. Pues te diré algo, pequeña: mientras este par de ojos y estos oídos conserven intactas sus capacidades, seré yo quien continúe poniendo orden en el clan.

No sabía qué responder. Balbuceé una excusa, a modo de explicación, pero Estela retomó la palabra, aliviándome la carga.

—Ese Román todavía tiene que madurar. Desde el principio supe que Nahuel era para ti. Tenéis mucho que ver y, si no os hubieseis dejado cegar por el orgullo, hace tiempo que estaríais disfrutando del amor. —Estiró la mano sobre la mesa y yo le tendí la mía, y así permanecemos un buen rato, con las manos agarradas—. Eres una buena chica y me gustaste desde el comienzo. Estaba decidida a incorporarte a la familia.

—Siempre me he sentido a gusto entre vosotros, Estela.

—Lo sé. Por eso tenía que daros un empujoncito. Fui yo quien pidió a Román que te invitara a la excursión. Tenía mis propios planes. Si no llego a trucar los papeles para que os sentarais juntos en el microbús, no sé hasta cuándo hubierais estado perdiendo el tiempo.

—¡Pero, Estela! ¡Eres tremenda!

Dejó escapar una carcajada. Tenía una risa franca, contagiosa, y ambas reímos durante un rato.

—Soy vieja, pero no idiota. Os vi en el jardín, la noche de la barbacoa. Me escondí entre los rosales. —Se llevó una mano a la boca, igual que una niña traviesa—. Ya sé que no está bien, pero tengo que cuidar de cinco chicos. Por no hablar de la tarambana de mi hija.

—Entonces, ¿no estás enfadada?

—¡Sí que lo estoy! Me habéis dado mucho trabajo. Y, luego, estaba la engreída esa, la tal Diana. Mira que venir a envenenar con sus mentiras. Por pura envidia, por rabia. Porque ella nunca estuvo enamorada de mi hijo. De su dinero, tal vez. De su éxito. Pero no de él.

—Tranquila. No creo que se atreva a molestarlo más.

Dio unas palmaditas en el aire.

—Bien hecho. Confío en que la hayas puesto en su sitio.

Le conté cómo le había asegurado que no era bienvenida en el hospital y que trató de marcharse con la poca dignidad que le quedaba después de que

todos los allí presentes le dieran la espalda, y compuso una mueca de satisfacción.

—Pues si la farsante esa ha sido desenmascarada, solo queda un objetivo por cumplir —anunció misteriosa—. Acompáñame a la sala, hay otra parejita recién estrenada que necesita un estímulo para admitir que se quieren... ¡Ah! ¿Es que no te has dado cuenta? —preguntó al notar mi expresión interrogativa—. Esos dos, Saúl y el socio de Nahuel, el libanés. Si no hacemos algo por evitarlo, van a pasarse la vida encerrados en ese figurado armario. Y cierra esa boca, con el tiempo y la maternidad aprenderás a ser tan intuitiva como yo.

Antes de regresar a la sala me hizo prometerle que le guardaría el secreto.

—Prefiero que piensen que soy una lerda que no me entero de nada. Eso me da ventaja. Ya sabes, para investigar. Así consigo que estén relajados mientras recabo los datos necesarios para actuar.

—Te admiro, Estela. ¿Cómo has sido capaz de guardar tantos secretos?

—Es una cuestión de estrategia. Mientras crean que me engañan, las piezas seguirán encajando en su sitio.

Me adelanté e hice lo que me pedía el corazón: la rodeé con mis brazos.

Enseguida me devolvió el abrazo. Recliné la cabeza contra su pecho y el calor que emanaba me transportó a mi niñez, a los días en que mi abuela ejercía de cálido refugio.

—Desde que te vi aparecer en aquella barbacoa acompañando a Román, igual que un pajarillo asustado, supe que algo muy bueno acababa de entrar en nuestras vidas y que debías quedarte para siempre —me susurró al oído.

CAPÍTULO 40



El techo era tan blanco como el resto de la habitación. Con lentitud, paseé la vista alrededor, en busca de una nota de color, cualquier detalle susceptible de provocar un contraste con la nivea uniformidad. Mi corazón se detuvo al descubrir, recortándose contra la ventana, la silueta de la chica que me robaba el sueño.

—No me digas que estoy en el cielo. —Me sorprendió el tono de mi propia voz, que aparecía dominado por una emoción profunda.

Luna levantó los ojos y los clavó en los míos. Eran mucho más grandes y más dulces de lo que recordaba.

—¿Cuánto hace que estás despierto? —preguntó mientras dejaba el sillón para acomodarse en un rinconcito de la cama.

—Lo suficiente para recrearme en tu rostro. ¡Eres tan bonita! Una auténtica princesa. —Traté de incorporarme, pero mi cuerpo se rebelaba. Me dolía en todos los lugares posibles.

—Quédate tranquilo, Nahuel. Aún necesitas reposo. —Alargó una mano y la puso sobre mi frente. El contacto de sus dedos sobre mi piel actuó igual que un lenitivo.

Luna era suave y delicada, y sentí como si un ángel acabara de rozarme.

—Tengo un fuerte dolor de cabeza.

—Es lógico. —Me regaló una sonrisa tierna.

—Pero si me sonrías de ese modo, olvidaré que estoy hecho cisco y me abalanzaré sobre ti.

—No seas tonto, Nahuel.

—Alguna vez fui tonto, Luna —manifesté con ardor—. Pero nunca más. He estado muy cabreado conmigo mismo por haberme comportado como un imbécil. Cuando estaba tirado en aquella cuneta, con el Negro sobre mí,

echándome el aliento... Si no hubiera regresado a buscarme, ahora estaría muerto.

—No digas eso, por favor.

—Es la verdad. Y no me habría importado, Luna. No tenía motivos para vivir.

Luna me tomó de la mano, sus dedos agarraron los míos con una fuerza inusitada y me sentí estremecer.

—Yo te quiero, Nahuel —anunció mirándome a los ojos—. Si te hubiera perdido, jamás podría habérmelo perdonado.

—Dame un beso, Luna —le rogué—. Me los has negado durante demasiado tiempo. ¡Me debes un millón de besos!

Sus pupilas chispearon. Agachó la cabeza y dejó caer sus labios sobre los míos. Eran esponjosos y tenían el sabor del azúcar de caña.

Cuando los retiró, en mi boca quedaba una sonrisa, la más grande y franca del mundo.

—Tus besos me curan. Ahora me siento mucho mejor.

—Mentiroso...

—En mi vida he sido tan sincero, Luna. —Me miró con fijeza—. Ahora que estás aquí, me gustaría explicártelo todo. Yo nunca pretendí jugar contigo, nunca quise hacerte daño. Yo...

Me puso un dedo sobre los labios y sacudió la cabeza.

—No hace falta, Nahuel. —Sentí que me acariciaba con el brillo de sus ojos canela—. He comprendido. Y solo quiero que dejemos atrás cualquier sombra de duda. Vamos a construir un ahora.

—Lo estoy deseando. —La recorrí con avidez. Más allá del corte de pelo, había una Luna más segura, más madura, bajo su nueva apariencia. Una mujer preciosa cuya feminidad esperaba ser despierta. El solo pensamiento hizo que un fuego ardiera en mis venas, avivando una necesidad tan natural como primitiva—. El pelo corto imprime carácter —afirmé, por decir algo—, aunque creí haberte escuchado mencionar que jamás renunciarías a tus trenzas.

Se ruborizó de una forma deliciosa.

—Las ofrecí a modo de sacrificio. —Me contó que se las había entregado a su abuela a cambio de mi curación—. Pero no me arrepiento, cortarme el pelo ha sido una experiencia gratificante. He aprendido mucho y he dejado cosas atrás. Ha sido un acto de purificación.

Todavía teníamos las manos cogidas y un hormigueo exquisito atravesaba las mías de parte a parte.

—Esto de tener una enfermera para mí solo es un privilegio con el que no contaba.

—Hoy no estoy de servicio.

—Entonces tenemos todo el tiempo del mundo.

—Hay más personas que quieren verte, Nahuel —opuso.

—¡Que esperen! Solo quiero estar contigo. Eres mi sol y mi luna. Mi Luna. Lo eres todo para mí.

Charlamos un rato, fue inevitable tocar algunos temas peliagudos. Salió a colación el odioso vídeo y le reproché no haber confiado en su propio corazón. Su desconfianza la había apartado de mí, infligiéndonos un daño a ambos. Así que le pedí que nunca más dudara de que la quería.

—¿Creías que era un donjuán? He hecho auténticas locuras por amor. Cosas de las que ni siquiera sospechaba que sería capaz. Pero las he hecho por ti, Luna. Tú has sido la única. Te has metido bajo mi piel —admití, luchando conmigo mismo. La emoción bullía en mi pecho y tuve la impresión de que estallaría en cualquier momento. Podía llorar, reír, explotar de cualquier manera incontrolada y absurda—. Yo te amo y te deseo de todas las formas posibles.

La amaba... Todavía me sorprendía aquel sentimiento que experimentaba por primera vez. Lo había temido y evitado durante mucho tiempo, aunque ahora me alegraba de haberme dejado arrastrar por él.

Luna celebró mi declaración repartiendo una cascada de besos sobre mi rostro.

—Cuando salgas de este hospital y te quiten todas esas vendas que tienes, yo también te voy a decir cuánto te amo. O, mejor: te lo voy a demostrar —aseguró atrevida.

—Además del pelo has perdido la vergüenza —me burlé. Hizo un mohín—. Esta chica tan lanzada me gusta todavía más —me apresuré a añadir.

Con un gesto la invité a acercarse, ya que yo tenía limitado el movimiento y disfruté de un nuevo beso, esta vez más largo y acompañado de prometedoras caricias.

Unos golpes en la puerta interrumpieron de modo abrupto nuestro idílico momento, aunque la oferta de compartir un futuro lleno de besos continuaba en vigor.

—¿Dónde han dejado la escupidera? —preguntó Naim, una vez que Luna se despidió y la vimos salir, satisfecha y feliz—. Es para recoger las babas.

Por respuesta le dediqué una sonrisa complaciente.

—¿Cómo te sientes, hermano? —Saúl estaba radiante. Más atractivo y locuaz que nunca.

—Me siento mucho mejor, ¿sabes? Deberías probar el sabor de esos que llaman «besos curativos».

—Que Jon Buckland pierda tres dedos si tu hermano no ha probado los mejores besos del mundo —afirmó posesivo Naim—. Pero no quieras desviar la atención. Hoy hemos venido a jactarnos: no te imaginas lo que me alegra que hayas encontrado al fin quien te ponga mirando al suelo.

Le ofrecí una mueca soñadora.

—Pues sí, tengo que admitirlo: estoy enganchado a Luna. Y lo gritaría a los cuatro vientos. ¡Amo a Luna! —chillé—. Si reventar de amor es lo que se entiende por hincar las rodillas, las mías se clavaron en la tierra que ella pisa desde el instante en que sus ojos se posaron sobre los míos en aquella barbacoa familiar.

EPÍLOGO



El timbre de la puerta obligó a Luna a dejar a un lado la revista de enfermería que estaba leyendo. Se incorporó de un salto y en dos zancadas se hallaba junto al picaporte. Una oleada de excitación la recorría, como cada vez que se preparaba para enfrentarse a la mirada cristalina de Nahuel.

Con todo, su sonrisa se transformó en una mueca de desilusión al encontrarse ante un pícaro Román.

—¡Hola, cuñada! —En los últimos meses, sus visitas se habían multiplicado de forma sospechosa.

—¿Qué tal, Román? —Luna sostuvo la puerta entre los dedos, no tenía ganas de cháchara. En apenas una hora debía terminar de leer un par de artículos, ducharse, vestirse y maquillarse para su cita de los viernes con Nahuel.

—¿No me invitas a pasar? —preguntó Román mientras asomaba la cabeza para ver detrás de ella—. ¿Estás sola?

—Entra —murmuró con tono cansino.

—¡Mira que eres arisca! Debería ser oficialmente tu cuñado favorito. Después de todo, si no llega a ser por mí, ahora no estaríais disfrutando las delicias del amor, ¿no crees?

Luna sacudió la cabeza, divertida a su pesar. Aquella broma se había convertido ya en un clásico. Pero tenía prisa, no estaba para sutilezas, así que una vez que se sentaron lo apremió a hablar.

—Si he venido es porque a tu novio se le ha ido la pinza. —Rebuscó en sus bolsillos y sacó unas llaves, que agitó frente a los ojos de Luna—. ¿Sabes qué es esto? Son las llaves de su moto —se respondió él mismo—. El muy mamón... dice que ya no la va a necesitar. Que contigo tiene todo lo que soñaba.

Luna no pudo contener la sonrisa de boba que le inundó el rostro.

—Es un romántico.

—Un capullo, diría yo. Se ha vuelto blandito. —Torció los labios—. Hicimos un pacto de no agresión. Cuando salió del hospital me dio una de esas charlas... ¡Parece un misionero, joder! Prometimos respetarnos y hasta sellamos nuestro acuerdo con un abrazo... Mira, Luna —agregó en tono confidente—: lo que quiera que sea que le estás dando no le hace bien. Está alelado, irreconocible. ¡Hasta me ha dicho que he madurado!

Los dos rieron.

—Lo que le doy se llama cariño. No tiene ningún misterio.

Román enarcó una ceja.

—Yo creo que se siente algo culpable, ya sabes, por haberme quitado a mi chica.

—Yo nunca he sido tu chica, Román —afirmó Luna, repentinamente seria.

—Y no creas que no estoy tentado de aceptarla —reconoció él, volviendo al tema de la Harley—. Después de todo, estáis en deuda conmigo. Los dos. Pero lo veo un sacrificio innecesario. Nahuel depende de esa máquina, forma parte de su vida. No me parece sano que renuncie a ella, ni por ti ni por nadie.

La boca de Luna se abrió como por ensalmo y en sus ojos chisporroteó una furia contenida a duras penas.

—¿Qué te induce a pensar que yo le he pedido que se olvide de su afición por las motos? ¡Yo lo quiero tal cual es, jamás lo obligaría a escoger entre ninguna opción o yo!

La indignación había teñido sus mejillas de carmesí y Román se dijo, con sarcasmo, que aquella costumbre estaba demasiado arraigada en ella.

—Con tanto buen rollito me están dando ganas de potar.

En aquel momento la puerta se abrió, precedida por el sonido de la llave peleando contra la cerradura, e irrumpió Gilda.

—¿Y esta vez qué se te ha perdido por aquí?

—Yo también me alegro de verte —refunfuñó Román.

—¿He dicho yo que me alegre? —se encogió de hombros Gilda.

Luna reparó en cómo los ojos de Román seguían al detalle los movimientos de Gilda por todo el salón y reflexionó sobre el hecho de que a ella jamás la había mirado de aquella manera.

—Espero que no nos guardes rencor. Uno no elige de quién se enamora —expuso, lanzándole una mirada significativa—. Ocurre sin más.

Román se removió, nervioso.

—Nahuel es un tío con suerte, hay que reconocerlo. Espero que cuide de ti, porque en otro caso tendrá que vérselas de nuevo con estos. —Levantó los puños y Luna no pudo controlar una risilla.

—Espero que sigas su ejemplo y busques una chica a tu altura para ir pensando en sentar la cabeza.

—Ya le tengo echado el ojo a unas cuantas —bromeó Román. En aquel instante Gilda manipulaba un cacharro en la cocina, que vino a estrellarse contra el suelo ocasionando un fuerte estruendo.

—¡Ay! —se escuchó desde el salón.

—¿Te encuentras bien? —se interesó Luna.

—¡Sigo viva! ¡No llames a la ambulancia todavía! —se burló Gilda.

—Bueno, Román, vamos a ponerle una solución al asunto para que pueda continuar con mi vida. —Luna extendió una mano—. Dame esas llaves.

Román obedeció, aunque solo se marchó tiempo después, a regañadientes, después de inventar una docena de excusas para alargar la conversación.

—Es un plasta, pero está más bueno que una fondue de chocolate —dictaminó Gilda.

Estuvieron un buen rato comentando sobre Román y al final Luna pensó que posponer la lectura de la revista sería lo más práctico. Nahuel la esperaba, y urgía poner en orden aquella media melena que crecía rebelde.

Cuando la vio llegar, Nahuel hizo lo de siempre: correr hasta ella y estrecharla entre sus brazos.

—¡Qué ganas tenía de verte!

—Nos vemos a diario, Nahuel.

—Pero no todo el tiempo. —Su aliento le acarició el cuello provocando que un cosquilleo de anticipación se le extendiera por el resto del cuerpo—. Cuando no estoy contigo, la impaciencia me corroe. —Tenía una mirada tan ardiente que a Luna le pareció estar dando vueltas en un asador.

—Ya estás haciendo eso otra vez.

—¿Qué cosa?

—Hipnotizarme.

—¡Ah, no! En eso tú eres la experta. Porque desde que pusiste tus ojos sobre mí me dejaste noqueado.

—No te creo. —Una llamarada de emoción brillaba en los ojos oscuros de Luna.

—Te lo juro, Luna. Me tienes desesperadamente enamorado.

Aquella confesión le valió un beso, tan largo y profundo que Nahuel acabó con el pelo revuelto y la respiración irregular.

—Tenía unos cuantos planes —musitó Nahuel una vez que fue capaz de hablar—, pero todos son mejorables. —Le ofreció una sonrisa sugerente.

—Yo tengo una propuesta, pero incluye un paseo por la playa bajo la luz de la luna.

—La luna palidecerá frente a tu belleza.

—En serio, Nahu. Quiero que me lleves lejos. Subámonos a tu moto y pongamos rumbo al mar. A aquel rincón entre las dunas, donde fabricamos nuestro primer recuerdo.

Nahuel se puso repentinamente triste. Luna examinó su rostro y él tuvo miedo de que pudiera leer en el fondo de su alma el secreto que estaba resuelto a esconder.

—Para llegar hasta allí —retomó la palabra Luna—, vas a necesitar esto.

Las llaves de las que Román la había hecho depositaria tintinearón al ser sacudidas en el aire.

—¡Pero, Luna! —Nahuel la miró con el alma en los ojos. Lo invadía un torrente de emociones que apenas era capaz de manejar.

—No podía permitir que llegaras tan lejos. Ya sé que me quieres, me lo has demostrado de todas las formas posibles.

Nahuel la atrajo hacia sí para abrazarla con fuerza. Tanta que la obligó a permanecer allí, con la cabeza metida en su hombro, durante los siguientes minutos. Aquella noche prevalecía en ella una fragancia: la del melocotón dulce. Un aroma fresco a la par que tentador.

Los dedos de Luna acabaron resbalando por los pliegues de su camisa, y le quemaron la piel que, bajo la ropa, se le había erizado.

—Te apuesto la vida a que te querré siempre.

Nahuel deshizo el abrazo para mirarla sorprendido.

—¿Tú, con apuestas?

—¿Creías que son un patrimonio exclusivo de vuestra familia?

Nahuel celebró aquella ocurrencia comiéndosela a besos. Todavía jugaron un rato más. Después se subieron a la Harley y condujeron hasta dejar las luces de la ciudad atrás.

El murmullo de las olas y el inconfundible olor a sal marina sirvieron de preludeo a una noche a la intemperie donde Luna y Nahuel hicieron todo lo que estuvo en su mano para gastarse la piel.

Al amanecer, Luna despertó acunada por los brazos de Nahuel, que la contemplaba en silencio y con intensidad. Su sonrisa resplandeció en el aire soleado.

FIN



CALISTA SWEET, escritora de grandes historias de amor, publica con HarperCollins Ibérica (sello HQÑ) las novelas *No me digas que no* (2015), que alcanzó durante semanas el top de los libros más vendidos en Google, iTunes, Casa del Libro y Fnac, cosechando excelentes críticas, y *Y, de repente, un beso* (2017). Con *Solo una aventura* (Romantic Ediciones, 2016) resultó ganadora del I Premio Romántico, entre un total de 112 manuscritos. *Mi sol, mi luna* es su cuarta novela publicada del género.

De prosa ágil, sus novelas plantean situaciones y problemas actuales con grandes dosis de humor.

«Siempre fui una soñadora, y el hecho de llevar toda una vida leyendo novelas del género ayuda (...). Aporto nuevas historias, con chispa (...). Historias veraces, con un punto de comicidad, donde los sentimientos se erigen como protagonistas. Escenarios atractivos, valores complementarios como la familia, el amor por los animales, la amistad, la capacidad de superación, la necesidad de desterrar prejuicios. En definitiva, hablo de las cosas que a mí me conmueven, las que considero importantes».

(Entrevista Revista *Romántica 'S*, número 50)

<https://www.facebook.com/calistasweetescritora/>

<https://www.facebook.com/calistasweetescritoraromantica>

<https://twitter.com/CALISTASWEET8>

<http://donairegalante.wix.com/rnaranjoescritora>

Mi sol, mi luna
Calista Sweet

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Calista Sweet, 2018

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2018

ISBN: 978-84-08-18770-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Mi error fue amar al príncipe. Parte I

Moruena Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte II

Moruena Estríngana

Mariposas en tu estómago (primera entrega)

Natalie Convers

Acróbata

Romina Miranda

Nos dejamos llevar por una mirada

María Beatobe Landrove

La chica que miraba al cielo

Jonaira Campagnuolo

Y te quedas a mi lado

Judith Priay

Puzzle

Moruená Estríngana

Eres mi mejor sueño

Clara álbori

La chica de los hoyuelos. Cierre trilogía

Jonaira Campagnuolo

Anna

Nora Alzávar

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

